



ALEX WILKIE

# PANICO EN NUEVA YORK

El día en que el jurado dictó su sentencia condenatoria contra «el Jovencito», la gran ciudad de Chicago respiró más tranquila y se sintió más feliz. La Sala de Justicia estaba abarrotada de público, de un público curioso y ávido de emociones, que día tras día esperaba el desenlace de aquel proceso trascendental, con cuyo epílogo pensaba poner fin a las actividades de uno de los criminales más peligrosos del siglo.



Alex Wilkie

# Pánico en Nueva York

## Bolsilibros: Servicio Secreto - 37

**ePub r1.0**

**jala y xico_weno** 03.07.17

Título original: *Pánico en Nueva York*
Alex Wilkie, 1951

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2






PETER DEBRY

# Pánico en Nueva York

1ª. EDICIÓN

Abril - 1951

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

# PÁNICO EN NUEVA YORK

por

ALEX WILKIE





# CAPÍTULO PRIMERO

## «EL JOVENCITO»

El día en que el jurado dictó su sentencia condenatoria contra «el Jovencito», la gran ciudad de Chicago respiró más tranquila y se sintió más feliz.

La Sala de Justicia estaba abarrotada de público, de un público curioso y ávido de emociones, que día tras día esperaba el desenlace de aquel proceso trascendental, con cuyo epílogo pensaba poner fin a las actividades de uno de los criminales más peligrosos del siglo.

Los últimos momentos del juicio fueron verdaderamente alucinantes y angustiosos. La defensa batalló hasta lo indecible, con buenos tantos a su favor, por cierto. De un jurado «absolutamente puro» y menos amedrentado que aquél podría haberse esperado algo más. Pero la fama siniestra de aquel barbilampiño que sentábase sonriente entre su pareja de fornidos guardianes era un lastre difícil de superar, aun contando con los mejores argumentos meta-físicos de la quintaesencia del Derecho, representados por el léxico, las razones, la dialéctica y hasta el milagro de aquel *Mr*. Greenwich, el mejor abogado de todos los Estados Unidos.

«El Jovencito» había mantenido durante todo el juicio una actitud razonable. Ni apesadumbrado ni fachendoso, como en otras ocasiones. Contestaba con serenidad y se abstenía de faltar al respeto a la Sala y al Magistrado. Tenía, desde luego, su coartada; pero los indicios eran abrumadores, y, en general, se reconoció que no había en todo Chicago ningún elemento capaz de hacer aquel trabajo en la «Joyería
Mathew’s

» con la limpieza y la maestría que el golpe acusó en todas las fases de su portentosa ejecución.

La muerte violenta del vigilante nocturno era el caballo de batalla. Alegaba en último trance la formidable defensa de *Mr*. Greenwich:

—No existe una sola prueba que evidencie la culpabilidad de ese hombre que se sienta en el banquillo. Si lo condenáis, lo haréis bajo la presión de unos antecedentes y de una fama que os soliviantan el ánimo y estrujan vuestras conciencias, retorciéndolas en la duda, como si fueran trapos mojados que conviene airear. Pero noche tras noche, cuando pretendáis encontrar descanso a vuestras frentes doloridas, posándolas suavemente sobre la tibieza de las almohadas, la sombra de una duda os morderá, negándoos ese descanso que buscáis. Porque no se puede emitir un veredicto de «culpable» cuando esa duda os roe el corazón. Cuando no tenéis indicios verdaderos que respalden la suavísima determinación de enviar a un ser humano, para toda su vida, a un penal del Estado.

«El Jovencito» no tuvo nada que decir. Parecía un escolar, en vísperas de ser reprendido por alguna travesura intrascendente. Se levantó y sonrió a la Sala, con aquella sonrisa amplia y engañosa de niño bueno, tras la cual se ocultaba una poderosa y sombría personalidad.

—Digo que yo no planeé ni robé la «Joyería
Mathew's
». Eso es todo.

Luego sentóse, y el jurado se ausentó para deliberar. El Presidente suspendió la sesión, y la gente se retiró con una impresión penosa.

La nueva hazaña de «el Jovencito» había revuelto las tranquilas aguas de Chicago, libres por algún tiempo de aquella ley terrible que era la ley del gang. En realidad, la presencia en la capital del terrible bandido era como una especie de resurrección, pues había mucha gente que le daba por muerto o desaparecido. Desde la guerra anterior, el temible gángster no había dado señales de vida. Y ahora reaparecía, de la noche a la mañana, más pujante y audaz que nunca, haciendo gala de nuevos métodos.

Los periódicos de la tarde llenaron sus encabezamientos con la terrible sentencia dictada por el jurado, tras cinco horas largas de

deliberación.

«¡CULPABLE!... ¡¡CULPABLE!!... ¡¡¡CULPABLE!!!...

Las gentes arrebataron los diarios de las manos de los vendedores, con una íntima y morbosa satisfacción.

«El Jovencito» oyó sin inmutarse el trágico dictado que le apartaba de por vida de la sociedad de los hombres. Su sonrisa decayó unos instantes, pero fue algo tan fugaz que pasó completamente desapercibida. Luego los fotógrafos entraron en acción y tiraron, a su placer, todas las placas que tuvieron por conveniente. El condenado volvió a sonreír, como un huésped de honor que acude a una recepción oficial.

*Mr*. Greenwich, de mal humor, atiborró su cartera con los papeles que tenía sobre la mesa, y salió de la sala sin despedirse siquiera de su poderdante.

Los periodistas trataron de sonsacarle.

—¿Quiere decirnos alguna cosa, *Mr*. Greenwich?

—No tengo nada que decir —contestó, con altivez.

—¿Piensa apelar de la sentencia?

—Puede ser —replicó, y salió sin esperar a nuevas preguntas, dirigiéndose a su coche particular, que estaba aparcado junto a la acera.

—Bueno, esto se acabó —le dijo a una muchacha rubia y elegantemente vestida que estaba sentada al volante—. Hemos perdido el primer *round*, Paulette.

—No me gusta nada este asunto —contestó la muchacha, que pisó con fuerza el acelerador del pequeño descapotable—. ¿Dónde quieres que te lleve?

—A casa —contestó *Mr*. Greenwich—. Estoy rendido.

—Supongo —volvió a decir la muchacha, cuando el coche ya rodaba por la calzada— que se ha cometido una gran injusticia, ¿no es eso, Peter?

—Parece que sí, querida mía.

—¿Y cómo has podido consentirlo? ¿No eres tú el mejor abogado de América? —replicó, con la voz encendida por la emoción.

—No basta con ser un buen abogado, Paulette, para salir airoso de ciertas situaciones. Este asunto de Dan estaba muy embrollado.

—Pero tú me dijiste que no había pruebas contra él. ¿En qué quedamos? ¿Hizo Dan ese trabajo de la joyería, o no lo hizo?

—¿Y qué puedo yo saber, Paulette? Él dice que no, desde luego.

—¡Claro que no! —argumentó la muchacha, ligeramente enojada—. Yo estoy segura de que no lo hizo, ya que yo lo hubiera sabido antes que nadie. ¿Quieres explicarme cómo ha podido ocurrir el que le hayan declarado culpable?

—Mira, Paulette, estoy verdaderamente agotado, y me gustaría que cesases por el momento en esa manía de hacerme preguntas. ¿Por qué no paras aquí un instante y me acompañas a tomar un vaso de leche?

Paulette hizo lo que se le ordenaba y frenó el coche junto a la acera, en la puerta de «Pop’s». Un guardia se acercó en seguida.

—Hay que parar allí, a la derecha.

El abogado había echado ya pie a tierra, y la muchacha torció el gesto.

—Está bien —dijo, poniendo otra vez el motor en marcha.

Peter Greenwich la vio maniobrar, airadamente, y la esperó en la puerta de la granja, con una sonrisa en los labios.

—¿Por qué estás enfadada, de una manera habitual, de algún tiempo a esta parte? —le dijo—. Te pones fea cuando frunces el ceño.

—No creo que esté la cosa para bromas y risas —contestó ella, y echó a andar detrás de Peter, para pasar al interior.

El camarero les buscó una mesita discreta, creyendo, tal vez, que se trataba de una pareja de enamorados.

—Escucha, Paulette —le dijo, para animarla, una vez que estuvieron servidos los vasos de leche y los emparedados—; no hay que ser pesimista, porque la cosa no está perdida del todo. Nos queda la apelación ante el gobernador del Estado, y luego, si se pone la cosa mal, todavía podríamos irnos en alzada hasta el Supremo.

Los ojos de Paulette se iluminaron.

—¿Es cierto eso, Peter? ¿No me estás engañando?

—No; pero no quiero que concibas esperanzas vanas. Es un albur extraordinario este de la apelación. De cien casos, noventa y nueve

son confirmados irremisiblemente.

—Pero en el caso de Dan, es distinto —argumentó la muchacha, muy convencida—. Tú tienes buenos argumentos para la defensa.

—Indudablemente sí, existen buenos argumentos. Pero la pésima reputación de Dan puede con todo. El muchacho impresiona a los jurados con su cara bobalicona y su vieja historia de antes de la guerra. ¡Todavía se acuerdan en Chicago de «el Jovencito»!

—Pero dime —siguió preguntando Paulette, interesada—: ¿cuáles fueron, en definitiva, los argumentos del fiscal?

—Te diré… —empezó Peter, después de encender un cigarrillo y ofrecer otro a la muchacha, que lo rehusó—. En primer lugar, el asalto a la «Joyería Mathew’s» fue llevado a cabo con arreglo a la técnica, bien establecida, de «el Jovencito». No hay cómplices. Dan siempre actuaba solo, y ahora ha ocurrido lo mismo.

—¿Qué prueba eso?

—No prueba nada, desde luego. Bully-Bully y Jefferson están a la sombra y no han podido poner mano al asunto.

—Tampoco prueba nada esa circunstancia.

—No; nada hasta ahora. La noche del asalto fue visto «el Jovencito» en un club de la calle Kinzie, que está situado a poca distancia de la joyería. Y Se marchó a las dos de la mañana, según declaración del *maître*. El asalto se produjo a las dos y media, poco más o menos.

—¿Cómo salió Dan de ese club?

—Parece que salió por su pie… Quiero decir, que se marchó andando.

—Se sabe, no obstante, que tenía su coche aparcado en una calle lateral, que montó en él y se fue directamente a «Villa-Merche».

—Él dice todo eso, Paulette, que no es lo mismo.

—¿No han declarado los criados del «Villa-Merche»?

—Sí; pero hay una laguna de tiempo que no existe modo de salvar. El coche llegó a «Villa-Merche» hacia las cuatro de la mañana. Es demasiado tiempo.

—¿Qué ha dicho Dan para explicar eso?

—Dice que hacía una noche magnífica y que fue despacio, parando de rato en rato para contemplar las estrellas.

Paulette guardó un corto silencio.

—Está bien. ¿Cuál es la prueba definitiva para el fiscal? —preguntó.

—La caja de caudales… No hay más que unos dedos capaces de abrir la caja de caudales de
«Mathew's
»: ¡los dedos de «el Jovencito»! El fiscal ha hecho una bonita e impresionable reconstrucción. Según ella, Dan subió por la escalera de incendios y entró en el edificio a través de una de las ventanas posteriores de la casa. Luego sorprendió al vigilante y le disparó una ráfaga, con silenciador. Abrió la caja y la desvalijó. Volvió a salir y tomó su coche que estaba estacionado en cualquier parte.

—¿No hay timbres de alarma en
«Mathew's
»?

—Cuando «el Jovencito» va de visita a una casa, los timbres de alarma enmudecen. Así era antes, y hay que suponer que no ha olvidado el procedimiento.

—De todos modos —siguió insistiendo, tercamente, Paulette—, ¿qué hay de las joyas?

—Ése es el punto fuerte de nuestra defensa, Paulette. Las joyas no han aparecido; pero convendrás conmigo en que Dan, durante ese paseo romántico a la luz de la luna, pudo muy bien deshacerse de ellas.

—Estás, hablando como si fueras el fiscal, en lugar de ser el abogado defensor, Peter.

—Estoy hablando para ti, querida, al objeto de hacerte ver las dificultades que encierra el caso. Por una paradoja, a Dan no tienen que probarle que él fue el autor del asalto a la joyería; es él el que debe probar que no lo fue.

—¡Pero eso es absurdo!

—Completamente; pero es así.

—No creo que en un país civilizado pueda prosperar ese veredicto infame.

—Yo me esforzaré en que no prospere, desde luego; pero hay que tomar las cosas con calma. Queda mucho camino por recorrer.

—¿Cómo está Dan de ánimos?

—Bah, de eso no hay que hablar. ¿Le has visto abatido alguna

vez?

—Sin embargo, ahora no está la cosa boyante para él.

—Es un chico con buena filosofía. Ahora le trasladarán a la penitenciaría principal, pero ya nos ocuparemos de que no le falte nada. Y no le des más vueltas —agregó, sacando un dólar para pagar la cuenta—; las aguas sueltas vuelven siempre a su cauce: no olvides esto.

Paulette se levantó, de mal humor, y salió nuevamente del establecimiento.

—Definitivamente… —exclamó Peter Greenwich, una vez que estuvieron en la calle—, te agradeceré que me lleves directamente a casa. No puedo más.

Paulette fue por el coche y recogió a su amigo al borde de la calzada. Luego, el vehículo se perdió a lo largo de la gran avenida, haciendo sonar su poderoso claxon.

# Capítulo II

## UN Trabajo Para Paulette

Paulette no era una chica que se resignase, ciertamente, a contemplar los acontecimientos con los brazos cruzados. Sus aficiones periodísticas y su peregrinar a través de todos los continentes le habían dado un dinamismo especial, con el cual contaba para superar, en su caso, las más imponentes dificultades. Halló a Peter Greenwich, que era un hombre batallador e inteligente, completamente entregado ante la fuerza arrolladora de las circunstancias; pero ella pensó que todavía podía ser útil a su gran amigo Dan, «el Jovencito», situado en mala postura en virtud de unos imponderables estúpidos.

Al día siguiente, bien temprano, sacó su coche del garaje y se dirigió a la prisión local, donde ella creía, con fundamento, que aun estaría recluido «el Jovencito».

Pero una entrevista con el peligroso criminal no era cosa fácil, sobre todo después de la condena. Tuvo que alegar todas las razones imaginables, e incluso sacar su carnet de reportero inglés, que de ordinario le abría casi todas las puertas.

Empezó una peregrinación que iba desde la Magistratura a la Fiscalía y desde la Fiscalía a la Comisaría Principal del distrito.

No quería recurrir a los buenos oficios de Peter Greenwich, cosa que le hubiera valido mucho.

Al fin, a las cuatro de la tarde, logró una pequeña cartulina azul, con una serie de sellos y de firmas, que le daba derecho a siete minutos de comunicación con «el Jovencito», bajo la supervisión de un vigilante.

Dan no se mostró sorprendido, al aparecer, con su eterna sonrisa, detrás de las rejas.

—Te estaba esperando, Paulette —dijo—, y te agradezco que hayas venido.

—¡Oh, Dan, si supieras…! —empezó ella, ligeramente emocionada; pero él la atajó.

—Desde luego que lo sé, pequeña; pero no es cosa de perder estos minutos en lamentaciones. Tengo algo importante que pedirte. Quiero que te vayas en seguida a Nueva York.

—¿A Nueva York? —preguntó ella, angustiada—. Pero pensé que te gustaría, tenerme cerca. No quiero dejarte solo en esta situación, Dan.

—Yo sé lo que digo, pequeña; te irás a Nueva York… Hoy…, ¿a qué estamos hoy?

—A 20. Jueves.

—Eso es —corroboró Dan, con un asentimiento de cabeza—. Debes irte mañana mismo.

—Pero…

—Escucha, pequeña: déjame hablar. Luego haces lo que quieras, pero déjame que te explique. Decía que debes irte mañana mismo. Tomas el expreso de la mañana, el de las 9:45. Llegarás de madrugada a Nueva York, ¿comprendes? —Ella asintió, y Dan en este momento, lanzó una ojeada hacia el guardián de vista. Luego bajó la voz—: Bien: *ya te dirán allí lo que conviene más*.

Paulette captó la extraña consigna y se tragó, materialmente, una serie de explicaciones que estaba a punto de pedir.

—¿Es muy necesario todo eso, Dan? —preguntó.

—Muy necesario, pequeña.

—Bien, ¿y no puedo decirle…, despedirme, quiero decir, de Peter Greenwich?

—Oh, sí; claro que sí. Puedes decirle que te vas a Nueva York, sin explicar, naturalmente, las razones.

Ella asintió.

—¿No tienes que decirme nada más, Dan?

—No —replicó «el Jovencito», con negligencia—; no puedo decirte ahora nada más. Únicamente una cosa: no te preocupes por mí. Estoy perfectamente, y tengo la impresión de que todo esto acabará bien.

Luego, «el Jovencito» sonrió, para dar ánimos a la muchacha, que bien los necesitaba.

—Bueno —dijo Paulette, levantándose—, voy a hacer lo que dices.

—¡Eres una buena chica, Paulette! —replicó Dan, haciendo un gracioso mohín—. Siempre supe que podría contar contigo.

El guardián se levantó, dando por terminada la entrevista.

Paulette se fue directamente a casa de Peter Greenwich, y entró como una tromba en su despacho, sin hacerse anunciar siquiera.

—Bueno —dijo—; acabo de hablar con Dan, y me marcho mañana a Nueva York.

—¡Cómo! —exclamó el abogado, levantándose súbitamente de su asiento—. ¿Por qué has hecho eso, Paulette? —preguntó.

—¿Qué es lo que he hecho?

—Ir a ver a Dan sin consultarme.

—¿Hay algo de malo en ello?

—Sí, hay algo de malo, mucho de malo. No debes dar un paso en el «asunto Dan» sin que yo lo sepa y lo apruebe. ¡Podría perjudicarle tu oficiosidad!

—Ha sido una visita privada. ¿Es malo visitar a un amigo?

—Yo mismo te hubiera proporcionado esa visita. A estas horas tienes a toda la policía de Chicago detrás de ti. ¿Por qué has cometido esa ligereza?

—¿Qué me importa a mí la policía de Chicago, ni la de todo el orbe? ¿Soy una criminal que tiene que huir de los polizontes?

—Dime una cosa: ¿te ha pedido Dan que hicieras algo?

—No; claro que no —mintió ella—; se ha despedido de mí muy resignado. Dice que confía en ti y en la apelación. Por eso mismo yo me marcho a Nueva York.

Los ojos de Peter Greenwich se clavaron con fijeza en los de Paulette, claros y de mirar inocente.

—Escucha, querida —dijo, después de una pausa—: existe, como comprenderás, un plan bien establecido para lograr la libertad de Dan. Ese plan está montado por mí, que soy su abogado, y los detalles del mismo no pueden ser divulgados a los cuatro vientos. ¡Ni él mismo los conoce! Y ahora atiende a lo que te digo: si una persona cualquiera se interfiere, aunque sea con la mejor voluntad, en estos planes, puede echarlo todo a rodar. Dan es un poco

impulsivo e impaciente. Quiere trabajar desde dentro de la prisión, sin esperar a ver la luz del sol. Hay algo que le corroe y le molesta, pero sería una lástima que, por una bagatela, se fuese a meter en la boca del lobo. Y ahora, dime: ¿qué es lo que te ha dicho?

Paulette agachó la cabeza, en un mar de confusiones.

—Sé que eres leal con Dan, Peter, y te pido perdón. Acaso tengas razón. Me ha pedido que me vaya a Nueva York en el expreso de mañana, agregando que, al llegar allí, *me dirán lo que más conviene hacer*.

—¿Eso te ha dicho? —exclamó el abogado, con el rostro iluminado—. Está bien: ¡mañana nos iremos los dos a Nueva York! —Luego, agregó, metiéndose las manos en los bolsillos y empezando a recorrer el despacho a grandes zancadas—. ¡Ah, ese endemoniado muchacho!…

Al día siguiente, en la estación, algunos reporteros trataron de sonsacar a la pareja. Pero Peter Greenwich no les dio mucho campo para sus movimientos.

—¿Dicen que la señorita está prometida a «el Jovencito»? —preguntaron.

—Si fuera así —replicó—, ya les anunciaría mi boda a su debido tiempo.

—¿Piensa pedir la apelación, señor Greenwich?

—Por pedir no quedarán las cosas —contestó, secamente.

—¿Van a Nueva York en busca de influencias? —preguntó otro indiscreto, y Peter, que no pensaba subir tan pronto al vagón, dio un empujón a Paulette y la metió dentro.

—Vamos de juerga —contestó, y echó detrás de la muchacha.

—Todo esto es el resultado de tu visita de ayer tarde —le dijo luego, limpiándose el sudor de la frente—. Me temo que no nos dejen tranquilos en Nueva York, si estos imbéciles han telegrafiado nuestra salida.

Pero en Nueva York, afortunadamente, no había periodistas en el andén. Paulette estaba cansada y se metió en la cama apenas llegó al hotel, después de un largo recorrido de taxi.

Se despertó tarde y con la boca reseca. La camarera le había dejado el desayuno sobre una pequeña mesita, junto a la gran vidriera de la ventana. Empezó por tomar su baño y se dio luego una buena fricción de alcohol, para entrar en reacción. Y fue

entonces cuando, sobre la bandejita del desayuno, junto a la tetera que ya estaba completamente fría, divisó el pequeño sobrecito azul, que rasgó ávidamente. Había dentro una hojita de papel amarillo, que decía simplemente:

*«A las ocho de la tarde, en la calle Cuarenta y Siete, W-16*
*, entresuelo, centro, letra M».*

Nada más. Ni una firma, ni un dato orientador, ni un detalle que permitiese la menor sugerencia.

Llamó al *comptoir* por el teléfono interior, y preguntó:

—¿Quién ha traído este pequeño sobre para mí?

La gerencia hizo algunas averiguaciones, y, al cabo, le contestaron.

—Un «botones», señorita Paulette. Vino muy temprano; a eso de las ocho de la mañana.

—¿No podrían decirme, por el uniforme del chico, a qué centro pudiera pertenecer?

Nuevas averiguaciones, y después vino el informe:

—No, y lo lamentamos mucho, señorita Parecía el «botones» de algún club.

—Está bien; gracias.

Se vistió rápidamente y se dirigió con el sobrecito en la mano a la habitación de Peter Greenwich. Pero allí le aguardaba otra sorpresa, otra extraordinaria y sensacional sorpresa. Antes de que ella pudiera hablar, el abogado le tendió, abierto por la primera página, la edición mañanera del *Post*, cruzada por un gran titular que decía:

*«El temible gángster “el Jovencito” se evade, en circunstancias extraordinarias, de su prisión en Chicago».*

Paulette dejó caer, de sus manos temblorosas, el sobrecito azul.

—Supongo —balbució— que esto lo complica todo.

Pero Peter Greenwich estaba tranquilo, al parecer Hizo un gesto ambiguo, y replicó:

—Bueno, en cierto modo…, ¡esto estaba previsto!

Y luego desplegó la servilleta e invitó a Paulette a que se sentara para tomar una taza de leche con un poco de té caliente.

# CAPÍTULO III

## EL HOMBRE DE MANHATTAN

Peter Greenwich era de opinión contraria a la visita de Paulette a la calle Cuarenta y Siete, pero todas sus argumentaciones caían sistemáticamente en el vacío.

—Él dijo que en Nueva York se nos diría lo que más convenía hacer —replicaba la muchacha, a cada nueva objeción del abogado.

—Sí, eso dijo —convenía éste—; pero ahora «el Jovencito» está en la calle, y ten por seguro de que, si permanecemos aquí, no tardaremos en recibir noticias suyas. Será mejor que te quedes a ver qué pasa; aunque sólo sean cuarenta y ocho horas.

—No, no —discutía Paulette—; yo creo que debo ir a la calle Cuarenta y Siete. Esto puede formar parte de su plan, y lo estropearíamos todo al faltar a esa cita.

—Puede que tengas razón, querida. De todos modos, déjame esa dirección. Si no has regresado en el plazo de dos horas, iré a buscarte.

Paulette se vistió un trajecito sastre y se echó encima una gabardina de amplias solapas. Cargó su pequeña repetidora, de cachas nacaradas, y se la metió en el bolsillo derecho. Luego encendió un cigarrillo y se despidió de Peter, que no tenía intención de salir a la calle, y continuaba en batín, absorto en la redacción de unos documentos.

En la esquina de la manzana compró un periódico de la tarde y echó escaleras abajo, por la primera estación del *subway* que encontró a mano. La prensa daba detalles amplios, en aquella edición, de la misteriosa evasión de «el Jovencito».

La muchacha se enfrascó en la lectura de lo que para ella constituía el más apasionante de los folletines, hasta el punto de que pudo resistir, impávida, todos los empujones y pisotones que tuvieron a bien prodigarle en el coche repleto de público.

Cuando llegó al fin del trayecto todavía estaba abstraída, y estuvo a punto de pasarse de estación. Arriba tuvo que tomar un taxi para realizar la última parte de su recorrido. Al fin, el coche la dejó cerca de la Quinta Avenida, y a buen paso recorrió las dos o tres manzanas que la separaban de la calle Cuarenta y Siete.-

El número 16 de aquella calle era un edificio de escasa altura, viejo y disonante entre las grandes edificaciones que lo rodeaban. Paulette entró decididamente en el vestíbulo, subiendo las escaleras, sin hacer caso del «botones», que la invitaba a pasar al ascensor. Buscó en el entresuelo las indicaciones que señalaba su hojita, y al fin apretó el botón del timbre que se mostraba junto a una puerta de apariencia deteriorada y vulgar.

Estaba serena. Sabía que acudía a una llamada de Dan, y aquello la tranquilizaba. Vino a abrirle una mucama negra, que la hizo pasar al interior con grandes ceremonias. La salita donde fue introducida estaba amueblada con mal gusto, y Paulette se sintió molesta al comprobar que la atmósfera lió estaba muy aireada y que de todos los rincones se desprendía un olor poco agradable a suciedad. Después de más de diez minutos de espera, se abrió una puerta interior y apareció una mujer gorda y llamativa, vistiendo una bata de colorines, coronados sus pelos negros y lustrosos por una larga banda de seda roja.

—De modo que usted es Paulette —dijo, con mimo—. ¡Me la figuraba de otra manera!... Pero siéntese, haga el favor.

La muchacha sacó la hojita de papel amarillo, y preguntó:

—¿Sabe usted algo de este papelito?...

La dama del batín se apresuró a tomar la hojita de manos de Paulette, y la releyó varias veces, acercándola mucho a los ojos. Luego, dijo:

—Sí; claro que sí. ¡Es de Bambino!

—¿De Bambino? —preguntó, extrañada, Paulette—. Bien: ¿y quién es... Bambino?

—Ah, es un amigo, desde luego, señorita Paulette. No vive aquí, naturalmente; pero dijo que vendría. Ya debía estar aquí, porque

quedó en venir a las siete, con ánimo de estar presente cuando usted llegase.

Paulette consultó su reloj de pulsera.

—Son las ocho y diez minutos —dijo—. ¿Tiene idea de cuál pueda ser el objeto de esta llamada, señora…?

—Mme, Laura; puede llamarme así… Y no tengo idea de nada, señorita Paulette, puede creerme. Bambino me dijo, simplemente: «Vendrá una señorita que se llama Paulette Wander… Wonder…».

—¡Wanderlight! —terminó la muchacha.

—¡Exactamente! —Corroboró Mme. Laura, como quien hace un descubrimiento—. Me ordenó que la atendiese, y me dijo que si no venía…

La señora hizo repentinamente una pausa, pero Paulette la instó, con un gesto imperativo.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. No puedo perder mucho tiempo, señora.

—Ya lo comprendo, señorita. Y quisiera ayudarla… Pues Bambino me dijo que, si no venía, debía darle a usted su dirección de Manhattan.

—¿Vive ese hombre en Manhattan?

—Creo que sí, señorita.

—¿Y se figura el tal Bambino que yo puedo estar toda la noche de ceca en meca, a su capricho?

—Eso ya no es cuenta mía, señorita. Es muy posible que venga aún, porque se trata de un hombre muy serio, muy serio…

Paulette se levantó, con ánimo de salir inmediatamente; pero luego lo pensó mejor, y dijo:

—¿Quiere darme esa dirección de Manhattan?

—Desde luego que sí; voy a buscarla en seguida.

—Espere; lléveme al teléfono, si es tan amable como para eso —pidió Paulette—. Deseo una comunicación urgente.

—Lo que quiera, señorita, lo que quiera —contestó Mme. Laura, deshaciéndose en excusas. Luego la hizo pasar a una habitación contigua, en la que había un aparato telefónico sobre una mesita enana.

—Voy por esa dirección mientras usted telefonea.

Paulette marcó el número del hotel y pidió una comunicación con Peter Greenwich, que se puso inmediatamente al habla.

—Estoy en la calle Cuarenta y Siete, Peter —le dijo ella, después de unas palabras preliminares—; pero aquí no hay nadie. Resulta que el hombre con quien debía entrevistarme no ha venido.

—Ya te dije que habría cambio de programa —le contestó el abogado—. ¿Vas a regresar aquí directamente?

—No; claro que no —le contestó ella—; voy a ir ahora a Manhattan.

—¿Qué vas a hacer allí? —le preguntó Peter, intrigado.

—No lo sé; pero el hombre que debía hablar conmigo vive allí… Me van a dar su dirección.

—¡No apruebo tu conducta, querida! —le gritó Greenwich, a través del cable.

—¿Qué hay de malo en ello? Bambino dejó dicho que, si no acudía a la cita, debían darme su dirección. ¿No es esto una indicación clara de que debo ir allí?

—Es una indicación bastante obscura. ¿Quién es ese Bambino?

—No lo sé —contestó, echándose a reír francamente—. ¡Te lo diré luego!

—¡Escucha, escucha!… —le dijo todavía Peter, cuando ya se disponía a colgar el auricular—. ¡Dame esa dirección de Manhattan!

Pero Mme. Laura hacía, desde la puerta de la estancia, señas significativas. Paulette puso la mano sobre el micrófono, y la oyó decir:

—Encargó Bambino, muy seriamente, que nadie debería conocer esta dirección, excepto la señorita.

Paulette volvió a destapar el micrófono. Luego, dijo:

—Ya tendrás noticias mías, Peter. Ahora no puedo decirte nada más. ¡Hasta luego!

Y colgó bruscamente el auricular.

* * *

En aquel mismo instante, mientras Paulette repasaba con intrigada curiosidad la dirección que *Madame* Laura ponía ante sus ojos, algo estaba pasando en aquella casa que se reseñaba en la diminuta tarjeta, situada en una de las más angostas y lóbregas callejas de los polvorientos suburbios de Manhattan, abiertos al mismo estuario del rió.

«Bambino Batanello —rezaba la tarjeta—. Ebanista». Al pie, se leía: «Canopy Street, 26, bajos. S. Manhattan».

—Bambino Batanello —repitió Paulette—. ¿Qué aspecto tiene?

—Oh, es muy joven, señorita. ¡Y muy distinguido! ¿No es amigo suyo?

—No; no lo he visto jamás.

De haber sido Paulette una de esas personas videntes, que pueden ver con fidelidad las cosas que están ocurriendo a distancia, la escena que estaba ocurriendo en la Canopy Street la habría dejado perpleja, haciéndola meditar sobre la conveniencia del viaje que se disponía a emprender.

En efecto, un coche se le había adelantado y deteníase, en aquellos instantes, junto a las mismas orillas de la playa, apagando rápidamente la luz de los faros. De su interior salieron tres hombres, jóvenes al parecer, tocados con amplios fieltros obscuros y enfundados en gabardinas de buen corte. Después de cerrar el coche, el que parecía llevar la voz cantante, ordenó:

—Ya estamos aquí. Tú, vete por aquel lado, Sam, y nosotros iremos por éste. Métete en el portal de enfrente. Éste y yo nos ocuparemos de lo demás.

Echaron a andar. El llamado Sam separóse de sus compañeros y fue a dar un rodeo, al objeto de entrar en la Canopy Street por el lado opuesto. Los otros, siguieron andando hasta dar con la entrada sur de la calleja.

—Ésta es, muchacho; esperemos hasta ver a Sam.

La Canopy Street no era una calle larga, y la sombra del compañero apareció bien pronto, caminando a paso acelerado por la acera de la derecha.

—Vamos allá.

Los dos hombres empezaron a andar, y bien pronto llegaron todos frente a una casucha de pobre apariencia, situada en un alto, que había que ganar subiendo cuatro o cinco escalones de piedra deslustrada.

Sam se metió en el portal de la casa de enfrente. La calleja estaba solitaria y mal alumbrada. Los otros dos subieron, decididos, y empujaron la puerta de cristales que daba a la calle.

El portal estaba en semipenumbra. A la derecha y al fondo de un pequeño pasillo había una puerta, sobre la que rezaba, en una

pequeña placa de metal: «B. Batanello». El hombre que iba en cabeza llamó discretamente con los nudillos, y al poco se oyó preguntar, desde dentro, a una voz varonil:

—¿Quién es?

—Soy yo, Bambi —contestó el otro, sin alteración—; abre la puerta. ¡Es algo importante!

Bambino Batanello vino a abrir en mala hora, vistiendo un pijama rayado, de buena seda natural.

—¿Qué hay? —preguntó, al ver a los dos hombres—. ¿Novedades?

—Muchas novedades —contestaron los recién llegados, pasando al interior, sin esperar la invitación del dueño. Luego repararon en unos cuantos tanques de pintura que había por el suelo, y el jefe de la misteriosa pareja, preguntó:

—¿Qué es esto? ¿Estás embelleciendo el nido?

—Sí; pienso decorar todo esto de nuevo —replicó Batanello, sin apartar la vista de sus visitantes.

—Te van a sobrar todas las decoraciones, Bambi… —dijo, con gesto sombrío, el que llevaba la voz cantante—. Siento que me haya tocado a mí este desagradable cometido —agregó, haciendo una seña a su compañero, que sacó con gesto glacial una pistola ametralladora.

Los ojos de Batanello se desorbitaron. Comenzó a retroceder, con la angustia pintada en el rostro.

—¡No… no… no hagáis eso!… —gimió.

—¿Qué piensas que hay que hacer contigo, muñeco? —le contestó, con sorna, el que lo encañonaba—. ¿Comprarte un dulce?

—¡Yo no hice nada! ¡Yo no dije nada! Y sé muchas cosas que pueden interesaros… ¡No, no!

—Nada tuyo nos interesa ya, perro sarnoso —le escupió el más imperativo de los dos hombres, que contemplaba la escena con los brazos cruzados, mientras su compañero avanzaba, con el dedo crispado sobre el gatillo, apuntando al corazón del desgraciado Batanello—. Tú has levantado la liebre. Por causa de tu infame delación tenemos al
F. B. I.
pisándonos los talones.

—¡Yo no he dicho nada! —gimió Batanello, viéndose perdido—.

¡Nada!

—¡Tú lo has dicho todo, canalla inmundo! Ahora ya sabe todo el mundo que hay una bomba atómica en Nueva York, y otra en Chicago, y otra en Boston. Nuestro plan está descubierto, y los detectores andan día y noche a la caza de los artefactos. ¡Con mil vidas no pagarías esta traición infame!

—Pero eso no es verdad, no… —gimió Batanello, cayendo de rodillas en el último rincón.

—Ahora ya no hablará más esa boca de sapo inmundo —terminó, con acento siniestro, el hombre del fieltro obscuro. Y, luego, ordenó a su camarada—: ¡Dispara de una vez Toe!

Una serie de explosiones apagadas, como un jadeo estertoroso, se dejaron oír. La estancia se llenó de humo y de olor a pólvora, mientras el infeliz Batanello se desplomaba, llevándose las manos al vientre, en un gesto de dolor.

—Esto está hecho —dijo el hombre de la pistola ametralladora, por todo comentario—. Creo que podemos irnos.

—Sí; vámonos.

Apagaron la luz y encajaron suavemente la puerta. Luego salieron a la calle, sin tropezarse con persona alguna. Recogieron a Sam y echaron a andar en dirección a la playa.

Media hora después llegó Paulette, y tuvo que enfrentarse con uno de los trances más amargos y dolorosos de su vida. Hizo parar su taxi a la misma puerta de la casa, ignorante de lo que la esperaba. Encontró la puerta entornada, y, como nadie respondía a sus llamadas, penetró en el interior, a obscuras, teniendo la desgracia de tropezar con uno de los tanques de pintura. Se llenó las medias y los zapatos de pintura azul, aceitosa, difícil de remover. Por si fuera poco, al descubrir el cadáver de Bambino Batanello después de localizar la perilla de la luz, se inclinė sobre él, horrorizada, y se manchó de sangre las mangas de la gabardina.

Luego, quiso huir. Pero en la puerta de la habitación, mirándola con ojos inquisitivos, había una mujer.

—He venido a ver a este hombre, y me he encontrado con esto… —musitó—. Creo que debe llamar a la policía. —Luego, al ver que la otra seguía mirándola, sin replicar, se marchó airadamente, al tiempo que decía:

—¡Buenas noches!

Al llegar al hotel, dejó sobre la alfombra del vestíbulo indelebles huellas de pintura.

Se acostó descorazonada, sollozando, sin pasar, siquiera, por la habitación de Peter Greenwich.

# CAPÍTULO IV

## PAULETTE, EN APUROS

No pudo conciliar el sueño. A las seis de la mañana se levantó, se echó sobre los hombros una bata de noche, y cruzó el pasillo, hasta llegar a la habitación del abogado. Tuvo que llamar varias veces, con los nudillos, sin que nadie le diera respuesta. En vista de eso, puso la mano en el pestillo y lo hizo girar. Entró en la habitación y se llegó hasta la cama de Peter, con ánimo de despertarlo. Pero se llevó una enorme sorpresa al comprobar que la cama estaba vacía, sin deshacer siquiera. Estaba bien claro que Peter Greenwich no había dormido en el hotel; pero, en tal caso, ¿dónde podría estar?

Se daba perfecta cuenta de que estaba metida en un mal paso a causa de su ligereza. La policía no tardaría en venir a interrogarla, y, aunque ella pudiera explicar satisfactoriamente las cosas, tendría que soportar molestias y pérdidas de tiempo, que tan precioso le era en aquellas circunstancias. Si Peter Greenwich estuviera allí, en el hotel, pudiera haberle pedido consejo; pero ahora se encontraba indefensa y desvalida, sin saber qué partido tomar.

Volvió a su habitación. Sobre una silla, arrollada, estaba la gabardina comprometedora. Y los malditos zapatos, llenos de pintura azul. Solamente faltaba que la detuvieran a ella también…

Aquel pensamiento la asustó, y empezó a trabajar dentro de su cerebro, con fuerza arrolladora…

¡Claro que la detendrían!… Y dentro de pocas horas, de pocos minutos tal vez. ¿No había venido hasta el mismo hotel en el taxi que la llevó a la Canopy Street? El chófer daría su dirección; la habría dado ya… Luego, aquella mujer, y las huellas de pintura en

la alfombra del vestíbulo. ¿Qué hacía allí? ¿Esperar a que vinieran para prenderla? Tenía que huir, esconderse, hasta que se pusieran las cosas en claro. Ésa era la solución.

Sin detenerse a meditarlo mucho más, se quitó la bata y se vistió rápidamente un traje de calle, sin cuidarse de reparar los estragos del maquillaje. Luego, a punto ya de salir, reparó nuevamente en la gabardina acusadora y en las medias y los zapatos llenos de pintura azul. Sacó del armario una bolsa de lona, con cierre de cremallera, y embutió como pudo las prendas dentro de ella, todo con una precipitación y un miedo que iba en aumento progresivo, a medida que pasaban los minutos.

Después de lanzar una última ojeada a su habitación, se dispuso a partir; pero en aquel momento sonó el timbre del teléfono que tenía sobre la mesita de noche. Su primer impulso fue rehusar la llamada y salir, como tenía proyectado. Pero recordó que, de todos modos, tendrían que verla al atravesar el vestíbulo del hotel. Además, aquella llamada, ¿no podría ser algo interesante para ella?… ¿De Peter Greenwich, tal vez? Volvió hasta la mesita de noche y descolgó el auricular, con recelo.

—Ha venido a buscarla un caballero —le dijeron, desde abajo—; dice que es muy urgente, señorita Paulette.

—¿Un caballero? —preguntó, alarmada y llena de una mortal angustia—. ¿Quiere preguntarle su nombre, por favor?

La empleada de la centralilla hizo una breve consulta, al parecer, y, luego, replicó:

—Dice el caballero que viene de parte de un tal… Dan.

El corazón de Paulette dio un brinco, dentro de su pecho, como una codorniz enjaulada. Se quedó sin habla, por unos segundos. Luego, dijo:

—Está bien; bajo en seguida.

Se dejó caer sobre uno de los sillones de su habitación. No convenía bajar en el acto, para no dar la sensación de que estaba lista para salir a tan tempranas horas de la mañana. Sentía un íntimo contento al saber que «el Jovencito» estaba sano y salvo en Nueva York. ¡Oh, qué gran hombre era Dan! Por un momento se olvidó de sus propias preocupaciones para maravillarse ante la astucia y la genialidad de aquel hombre, que, condenado a cadena perpetua, lograba salir de una prisión del Estado y presentarse en

Nueva York de manera tan expeditiva. Ahora sentíase más segura, pues Dan, sin duda alguna, la ayudaría a salir del mal paso en que estaba metida.

Sus nervios no le consintieron mayor espera. Tomó la bolsa de lona y salió decidida, echando escaleras abajo. El vestíbulo estaba desierto, y solamente el encargado del escritorio y la telefonista estaban en sus puestos. En un sillón, absorto en la contemplación de una revista ilustrada, había un hombre, joven, bien vestido, que se levantó, al verla bajar, y se dirigió a ella con el sombrero en la mano.

—¿La señorita Paulette Wanderlight? —preguntó, con una amable sonrisa.

—Yo soy —contestó ella, y alargó su mano, para corresponder al ademán del desconocido.

—Me llamo Ralf… —replicó el visitante—. Ralf Browny, y soy amigo personal de Dan. Acaba de llegar. Me rogó que viniese a buscarla, y no me he podido negar. Parece que quiere verla con urgencia. He traído un coche, desde luego.

Ralf Browny se quedó mirando a su interlocutora, para comprobar la reacción de aquellas palabras, Paulette, preguntó:

—¿Dónde está Dan en estos instantes?

—Algo lejos de aquí, señorita —contestó el otro, con un gesto vago—. Tardaremos una hora larga en llegar.

La indecisión de Paulette no fue muy larga.

—Está bien —dijo—. ¡Vamos allá!

El coche que había traído Ralf era un poderoso «Buick», de último modelo, y las calles de la gran ciudad desaparecían en un huir vertiginoso El conductor era experto y sabía huir de las calles del centro, buscando las rondas y las transversales, de menor tránsito. De todos modos, la hora no era tampoco de las que marcan en la gran ciudad una aglomeración de tráfico.

Pronto estuvieron fuera del centro comercial de la gran urbe, y el coche enfiló una gran avenida bordeada de tilos, en cuyos linderos se levantaban una serie de preciosos chalets, de los estilos más diversos.

Paulette no había desplegado los labios desde que se metiera en el coche, ocupando el asiento delantero, junto al conductor. Abstraída, miraba por la ventanilla lateral, procurando captar los

detalles callejeros, que, en aquella hora y bajo tales circunstancias, cobraban para ella una significación especial. De una casa salían en aquellos instantes dos niños rubios y sonrosados, con la cartera al hombro, camino del colegio. Paulette pensó que, para ellos, los problemas diarios de la vida eran mínimos, sonrosados como ellos mismos, inefables y prácticamente inexistentes. Uno de los chicos se parecía enormemente a Dan. También Dan, «el Jovencito», habría ido alguna vez a la escuela, con una cartera al hombro. Y ahora…

—¿Está preocupada por algo? —le preguntó, de pronto, Ralf, que la iba observando con el rabillo del ojo.

—No, no… ¿Por qué? —contestó ella.

—Va muy callada.

—Usted también va callado —replicó.

—Es verdad; tenía ganas de salir del centro de la ciudad. Ya nos queda mucho menos.

—¿Conduce siempre a esta velocidad? —le preguntó, deseosa de disipar la impresión de rigidez que pudiera haber producido en el muchacho.

—No; pero ahora tengo prisa. Dan estará impaciente.

—Sí; es natural —dijo ella—. ¡Yo también lo estoy!

Durante media hora más cambiaron entre ambos preguntas y respuestas en un diálogo intrascendente. Al fin, sin aviso previo, el coche aminoró la marcha y se metió por una senda arenada, que terminaba en una especie de garaje o cobertizo, abierto de par en par. Ralf frenó, ya dentro del local.

—Bien —dijo—; ya hemos llegado. Espero que, pase lo que pase, no me guarde nunca rencor.

—¡Cómo!… —inquirió, intrigada, pero Ralf había bajado ya y estaba cerrando la puerta del garaje. Luego, indicándole una puertecilla que se abría al fondo del mismo, agregó:

—Por aquí, haga el favor.

Paulette echó a andar detrás de su acompañante. Por aquella puertecilla salieron a un bonito jardín, y luego, penetrando por una puerta encristalada de arriba a abajo, pasaron al interior de una casa amueblada con lujo y distinción. Ralf condujo a Paulette hasta una puerta que estaba al final de un pasillo, sobre la que golpeó con los nudillos, con una cadencia especial. Un hombre acudió, después de un corto espacio de tiempo.

—Aquí está la señorita —dijo Ralf, señalando hacia Paulette.

El otro mantenía la puerta encajada, pero Ralf le dio un brusco empujón, al tiempo que gritaba:

—¿Qué haces, pedazo de ganso? ¡Anuncia en seguida a la señorita!

El otro cedió, por fin, y Paulette pudo pasar a una especie de despacho, en el que reinaba cierto desorden. Sobre la mesa había varias botellas, unas copas, y dos botellas de sifón. Junto a un montón de cartas se veía una caja de cigarrillos rubias Paulette, de una ojeada, se dio cuenta de todos aquellos detalles, y luego, al mirar a su acompañante, notó que éste bajaba la vista, con un gesto que le pareció desolado.

Pero no hubo mucho tiempo para reflexiones. El hombre que había partido con la consigna de anunciarla, volvió a los pocos instantes, y con un gesto la invitó a pasar. Ralf se despidió de ella, con una sonrisa triste.

—¡Hasta pronto, señorita Paulette! —dijo.

Echó a andar detrás de su nuevo guía, que la hizo pasar a otra habitación, y a otra más. Luego, el sujeto llamó con unos golpes suaves sobre una tercera puerta.

—Adelante —se oyó decir a una voz, y Paulette fue introducida en el nuevo departamento.

Junto a una chimenea, en la nueva estancia, había tres hombres sentados en sendos butacones. Uno de ellos estaba absorto en la tarea de labrar, con una navajita de canchas doradas, un pequeño tarugo de madera, del cual pretendía obtener, por lo visto, alguna talla especial. Los otros dos leían revistas y periódicos. Ninguno de los tres hombres, al entrar ella, se dignó abandonar su ocupación momentánea, por lo que tuvo que exclamar, algo molesta:

—¡Buenos días!

Uno de los que estaban leyendo un periódico, levantó la vista y la clavó en la visitante.

—Buenos días —contesto—. ¿No quiere sentarse?

Paulette no era chica de ánimo corto, ni mucho menos. La situación era embarazosa, y en el fondo de ella latía algo raro, que no le daba buena espina. Pero en aquellas situaciones era donde su genio y su audacia se ponían de manifiesto. Nada de cortedades ni de apocamientos. Sin dignarse contestar a la invitación que le

estaba haciendo el hombre del periódico, replicó:

—Lo menos que pueden hacer tres caballeros, cuando una señorita entra en una casa adonde ha sido llamada, es levantarse, saludarla, interesarse por el viaje, etc., etc. ¿Con quién estoy tratando?

El hombre de la navajita dorada, sin dejar de hacer astillitas, se echó a reír, con una risita sorda. Luego se puso repentinamente serio, y exclamó, dirigiéndose a los otros dos:

—¡La chica tiene razón! ¡Levantaos de ahí, gandules!

Él no se movió, pero los otros dos dieron un salto. Paulette volvió a tomar la palabra:

—Me han dicho que Dan estaba aquí; que me necesitaba con urgencia. ¿Puede saberse lo que hay de cierto en ello?

—¡Dan, mi gran amigo Dan!… —exclamó el tipo de la navajita dorada, que ni un solo instante había cesado de sacar astillas a su taruguito de madera. Luego, agregó—: ¿Ve usted esto? Hago unos barquitos preciosos, con sus cámaras y salas de máquinas, sus hélices y aparejos. Y todo con esta simple navajita.

—Bueno —le interrumpió Paulette, impacientándose—; ¿quiere contestar a mi pregunta? ¿Es que está Dan en esta casa?

—No, no; no está ahora aquí —replicó, con cierta desilusión, el obcecado tallista—; pero siéntate —continuó, empleando el tuteo, sin mucha ceremonia— voy a hablarte de él, precisamente. De Dan.

Con un gesto despidió a los otros dos, que salieron presurosamente de la estancia. Paulette cogió una silla y se sentó junto a aquel ser extraño, paliducho y feble, que cifraba toda su atención en ir modelando el casco de una embarcación en el tarugo de madera que tenía entre las manos.

—Tengo algo que proponerte, muchacha, y por eso te he llamado. Algo relacionado con Dan, desde luego.

—Pero ¿no está Dan en esta casa? —preguntó de nuevo, enojada.

—No —respondió el hombre, cínicamente—. ¡Qué más quisiera yo!…

—Entonces, ¿por qué me ha hecho venir, tomando su nombre?

—Porque sé que le tienes mucho afecto y que le esperas. A propósito: ¿no sabes nada de él?

Paulette se mordió los labios.

—Esto es una treta inicua —dijo—. ¿Podríamos abreviar la entrevista?

—Bueno, como tú quieras. Escucha: Dan ha sido siempre un gran amigo mío —empezó diciendo el misterioso personaje de la navajita—. Hubo un tiempo en que trabajábamos juntos, y nos iba bien. Un día, de esto hace ya bastantes años, Dan y yo tuvimos un pequeño disgustillo por un asunto sin importancia. Entonces él se marchó y empezó a trabajar por su cuenta. Hizo mal, niña, no te quepa duda. Luego vino la guerra, y durante mucho tiempo no supe nada de él. Me dijeron que se había batido como los buenos, allá en una isla del Pacífico. Y nunca lo puse en duda, porque «el Jovencito» es valiente de verdad. Bueno, para abreviar; he pensado, después del asuntillo de Chicago, que me gustaría echar una parrafada con él. Porque ocurrió algo en aquélla joyería de Chicago, ¿entiendes, niña?, algo inevitable. En fin, yo querría darle ciertas explicaciones, antes de que tome las cosas en otro sentido y piense que es mejor armar camorra. En una palabra: «el jovencito» te tiene gran aprecio y vendrá a buscarte. Vendrá aquí, tarde o temprano. Y eso es lo que yo quiero, precisamente… Naturalmente, aquí estarás bien, niña; nadie te molestará en lo más mínimo.

Paulette palideció al darse cuenta de toda la trágica significación de aquel discurso.

—¿Quiere eso decir que estoy… prisionera? —preguntó.

—¿Prisionera?… —El de la navajita, que había vuelto a su labor con redoblado afán, hizo un gesto de repugnancia—. ¿Por qué empleas esa palabra tan fea, niña? Parece cosa de guerra. Prisionera, prisionera… No. ¡Qué vas a estar prisionera! Eres mi huésped, nada más.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que venga «el Jovencito». En cuanto deje cerrado un trato con él, ya puedes largarte.

—¿Y si no viene?

—Vendrá —replicó el otro, con profunda convicción.

—Suponga usted, que no sabe que estoy en esta casa…

—Yo se lo haré saber, no te preocupes.

—¿Y no sería mejor que yo fuera a buscarlo, y lo trajera aquí, personalmente? —preguntó Paulette, aun a sabiendas de que la proposición iba a ser rechazada.

—Lo malo es ese disgustillo —dijo el hombre de la navajita—, ¿entiendes, niña? Así es mejor. Y no te preocupes; te voy a enseñar ahora cómo se le da la curvatura a la quilla. Fíjate: hay que ahondar aquí, en este lado del centro, hasta llegar a la rasante de la banda.

Uno de los hombres que se había marchado pocos momentos antes volvió a entrar en la sala, trayendo en las manos un montón de periódicos de la mañana. Venía ligeramente agitado, tratando de mostrar al tallista de buques los grandes titulares que campeaban en tipos sensacionales.

—¡Fíjate en esto, Baxter, porque merece la pena!

Y leyó:

*«¿Existe realmente una bomba atómica, en Nueva York, dispuesta a hacernos saltar por los aires?».*

Luego seguía la sensacional información, que fue escuchada en religioso silencio por la muchacha y por el propio Baxter, que había cesado, por una vez, de sacar astillas a su taruguito:

> *«Los detectores "Geiger" demuestran, hasta la saciedad, que existe en Nueva York un artefacto atómico, del cual pende, como de un cabello, la vida de todos los ciudadanos de la gran urbe. En el más diabólico y extraordinario de todos los juegos, el enemigo nos bombardea en "frío", de una manera "previa", situando entre nosotros las bombas que habrán de reducirnos a pavesas. Una en Nueva York, otra en Chicago, otra en Boston… ¿Por dónde han entrado estos artefactos y con qué complicidades y complacencias? ¿De dónde proceden? ¿Qué mano criminal oculta y ampara la custodia de tales cargas de uranio, dispuestas a aniquilarnos? La nación entera debe levantarse contra este inminente peligro del interior. ¡Hay que descubrir y neutralizar los infernales artefactos, antes de que sea tarde! La noticia es ya del dominio público y el terror comienza a invadir a las masas alocadas, que en estos graves instantes precisarían de una*

*estoica serenidad…».*

Baxter dio un agudo y prolongado silbido.

—Trabajo de Bambi, ¿no es eso? —preguntó.

—Sí —contestó el otro—; pero anoche pagó la cuenta…

—¿Ah, sí? ¿Cómo no se me ha dado conocimiento?

—Aquí viene también —agregó el que leía el periódico, volviendo un par de páginas del mismo—; lo mató una muchacha rubia, bonita, que llegó en un taxi, vistiendo una gabardina clara. Se llenó los zapatos de pintura azul, y es posible que lleven manchas de sangre en la gabardina. Se alojaba en el «Hotel Claridge», de la calle Doce.

Al llegar a este punto, el que estaba leyendo levantó la vista del diario y la clavó en Paulette, que seguía erguida, impertérrita, tratando de contener la profunda emoción que la embargaba. Baxter arrojó la navajita sobre la mesa, y luego se echó a reír, con todas sus ganas, retorciéndose en verdaderas contorsiones histéricas. Al fin, agregó, señalando a la bolsa de Paulette, que ésta había dejado sobre una silla.

—¡Abre esa bolsa, Jim! ¡Me juego el barquito a que encuentras dentro una gabardina y unos zapatos!

# Capítulo V

## Pánico EN Nueva York

La sensacional noticia, recogida por las ediciones mañaneras de los periódicos, no tardó en sembrar entre las masas ingenuas y sencillas de la población una verdadera psicosis de terror.

Nueva York, la gran metrópoli cosmopolita, grandiosa y única en tantos aspectos, estaba amenazada de muerte, sentenciada a una total destrucción, que podría sobrevenir en cualquier instante. Aquellos soberbios rascacielos, orgullo de la arquitectura mundial, aquellas avenidas famosas en todo el mundo, aquella urbanización imponente, podía volar, atomizada, a la menor señal dada desde cualquier rincón alejado del planeta. En la magna catástrofe perecerían millones y millones de personas inocentes, niños, ancianos, mujeres… El hombre había ido demasiado lejos, tal vez, al desencadenar de su sueño milenario a las fabulosas fuerzas de la materia; y ahora, toda su obra de siglos, toda su civilización y su cultura, amasada con sangre de generaciones y generaciones, amenazaba con venirse a tierra, estrepitosamente, en virtud de su propia soberbia y ambición.

Los periódicos daban detalles alucinantes. Según sus informaciones sensacionalistas, existían ya tres bombas atómicas en los Estados Unido, dispuestas a realizar su colosal obra destructora. ¿Cómo habían entrado en el país aquellos artefactos? ¿Dónde se ocultaban? Fue inútil que el Departamento de Estado diera un mentís oficial, asegurando que la especie era absurda y carecía de fundamento. A la prensa libre, de una nación libre, no se la podía amordazar. Los detectores «Geiger» acusaban la presencia de una

bomba de uranio en Nueva York, y los equipos de técnicos estaban afanosamente dedicados a la búsqueda del artefacto. Se preparaba el éxodo, la desbandada de los poderosos hacia el oeste del país. Los sindicatos ferroviarios amenazaban con la huelga general.

Cerca del cruce de la calle Nassau, en el Centre Street, al final del mismo Broadway, se levantaba un edificio de piedra gris, achatado y feo, con aspecto de convento o iglesia anglicana. Pero esto era en su aspecto exterior, porque de puertas adentro la sensación que recibía el visitante era muy otra.

Los largos pasillos, en efecto, estaban llenos de un público que iba y venía en un afanoso trajinar, llevando legajos o libros en sus manos, y denotando, por su gesto y actitudes, que no estaban en plan de perder el tiempo. Entre los que pasaban arriba y abajo, utilizando con profusión las escaleras y los ascensores, había muchos hombres uniformados. Por todas partes había puestos de riguroso control, y cualquier extraño o entrometido hubiese encontrado serias dificultades para moverse en aquellos interiores.

En el piso bajo, y casi en el mismo vestíbulo de entrada, había una centralilla telefónica, atendida por una señorita. La empleada de la misma mostraba una actividad inusitada, poniendo y quitando palancas, pidiendo comunicaciones y, en general, atendiendo a todo el movimiento telefónico del gran edificio.

Tres hombres, vestidos de paisano, se acercaron al mostrador que separaba a la telefonista del público.

—Somos del «Bureau». ¿Quiere anunciarnos?

—Un momento —dijo la señorita, sin mirarles siguiera; luego, pronunció unas cuantas frases de esas que son ya tradicionales al pie de un cuadro de distribución: «¿Hablan?…», «¡Un momento!…», «¡El número tal, comunica!…». Uno de los hombres se impacientó:

—¿Es que no quiere anunciarnos, señorita? ¡Tenemos prisa!

La telefonista levantó ligeramente su vista hacia los hombres, que se apoyaban con negligencia sobre el mostrador.

—¿Del «Bureau»? —preguntó.

—Del «Bureau».

—¿Inspectores?

—Inspectores —repitió el que estaba contestando.

La empleada rebuscó en un montón de papeles que tenía sobre la mesa, y seleccionó, por fin, una cuartilla.

—¿Sus nombres? —volvió a preguntar.

—Inspectores Burman, Lawrence y Connington.

—Exactamente —asintió la muchacha, al comprobar que aquellos nombres estaban escritos sobre la cuartilla que tenía en las manos—. ¡Suban, por favor! ¡*Mr*. Hoddier les espera hace más de diez minutos!

Los tres hombres echaron a correr, materialmente, y tomaron uno de los ascensores que prestaba el servicio a los pisos altos. Se quedaron en el piso quinto, y avanzaron luego, a buen paso, por un largo pasillo. Al final de éste había una puerta de cristales, que ostentaba un rótulo en letras negras. «Hoddier», decía, sencillamente, aquel rótulo. Y debajo, en tipo más menudo, «Prívate».

Sin mucha ceremonia, el hombre que iba en cabeza empujó aquella puerta de cristales, y los tres visitantes pasaron a un amplio y lujoso despacho, atendido, igualmente, por otra señorita.

—Somos los inspectores Burman, Lawrence y Connington —dijeron, quitándose respetuosamente el sombrero.

La señorita, sin contestar una sola palabra, bajó la palanca del altavoz interior, y dijo, simplemente:

—¡Los inspectores, *Mr*. Hoddier!

Se oyó contestar a una voz seca y autoritaria:

—¡Que pasen!

Los tres hombres, a un gesto de la señorita, se dirigieron hacia otra gran puerta, que estaba situada al fondo; uno de ellos puso la mano en el pasador y abrió decididamente aquella puerta.

La estancia que se presentó a los ojos de los recién llegados tenía un aspecto especial. Diríase que era una academia de enseñanza, por los muebles que contenía y por su distribución especial. Una serie de pupitres bipersonales se alineaban, efectivamente, ante una grada en la que había una gran mesa de despacho.

A un lado y otro de dicha mesa había grandes pizarras, y sobre el testero lateral un planisferio del mundo, en gran relieve, y un mapa de la ciudad de Nueva York. Grandes testeros, repletos de libros y de legajos, llenaban por todos lados las paredes de aquella peculiar estancia.

Detrás de la mesa, ocupando, por decirlo así la cátedra de aquella aula, estaba sentado un hombre de pelo canoso y gafas de

concha, vestido irreprochablemente. En los pupitres había sentados hasta una docena de oyentes, hombres todos, entre los veinticinco y los treinta y cinco años, que parecían escuchar, con respetuoso silencio, las palabras del que ocupaba la presidencia y parecía estar en el uso de la palabra.

Al entrar los tres recién llegados, el hombre que estaba en la mesa presidencial se puso en pie. Los que se sentaban en los pupitres imitaron en seguida el gesto. Hubo unos segundos de embarazoso silencio. Luego, el caballero del pelo blanco descendió de su grada, y dijo, después de consultar su reloj:

—¡Son las siete y diez minutos! Esta reunión estaba convocada para las siete en punto.

Uno de los llegados, replicó:

—El avión de San Francisco ha llegado con retraso, señor.

—Está bien, Burman —replicó el personaje—; supongo que no podemos hacer nada, momentáneamente, para regularizar el horario de las compañías aéreas. ¡Siéntese, por favor! —Luego, agregó—: Y usted, Connington, ¿qué tiene que decirme para explicar su retraso?

—Recibí la orden a las cinco y media, señor. He venido a más de cuarenta millas por hora.

—Los coches modernos pueden alcanzar mayores velocidades, Connington; es cuestión de apretar un poco más el acelerador. ¡Puede sentarse!

Luego, añadió, dirigiéndose al tercer hombre:

—En cuanto a usted, Lawrence, no le pregunto, porque sé que estaba con permiso en Europa, y, al fin y al cabo, en atención a la distancia, diez minutos pueden considerarse dentro del límite tolerable de retrasos circunstanciales… Y ahora, presten atención, porque voy a repetir, en obsequio a ustedes, algo de lo que ya había dicho a los inspectores aquí presentes.

El caballero del pelo canoso volvió a ocupar su asiento detrás de la mesa. Era un hombre enérgico, de ademanes resueltos y casi extraordinarios. De toda su personalidad se desprendía esa vitalidad vigorosa que subyuga y que es propia de algunos seres excepcionales, hechos, sin duda alguna, para mandar a los demás. Tenía una frente despejada y surcada ya por algunas arrugas transversales. Sin ser calvo, acusaba unas grandes entradas, y

llevaba el pelo, por detrás, cortado a la manera teutónica. Su voz era opaca, potente, persuasiva. Dijo:

—Ya es del dominio público la grave crisis por que atraviesa el país. La crisis está solamente en sus comienzos, y nadie puede decir si seremos capaces o no de superarla. Resultan inútiles las lamentaciones y las interrogantes. El caso es éste: existe una bomba atómica en los Estados Unidos, en Nueva York concretamente. Quizá haya otra en Chicago —aunque no está bien establecido—, y otra en Boston, que tampoco está perfectamente determinada. ¿Cómo ha podido ocurrir tal cosa? ¡Nadie podría decirlo! Han entrado los artefactos, probablemente desarmados y en piezas sueltas. La idea que los ha situado en los emplazamientos que hoy ocupan es sencillamente genial y tiene una finalidad tan elocuente como obvia. Nuestro enemigo potencial nos «bombardea con anticipación». No quiere esperar a la guerra para correr el riesgo problemático de enviar sus escuadras aéreas, cargadas de explosivos atómicos, que llegarían o no a nuestro solar. Los sitúa de una manera previa, con demoníaca antelación. Con una veintena de bombas atómicas, estratégicamente situadas, el potencial norteamericano volaría por los aires en pocos segundos. El nuevo «Pearl Harbour» sería ahora mucho más dramático y definitivo.

»Pues bien —continuó el hombre, después de una pausa—; la realización de ese plan, que ha debido nacer en algún cerebro tan satánico como privilegiado, ha comenzado ya, y al parecer con éxito. Y no es el daño que esa bomba escondida pueda hacernos, con ser enorme y casi mortal; es la desmoralización, el pánico, la psicosis de angustia y de horror que ha provocado la noticia lo que puede hacernos un irreparable mal. Las gentes han empezado a abandonar la población, los trabajos vitales, los mandos y los servicios. ¿A dónde puede conducirnos tal estado de cosas? Y, en realidad, no se puede pedir otra reacción a masas que son humanas y que se mueven a impulsos puramente psíquicos y musculares. Habrá que declarar el estado de guerra y militarizar a la nación entera, empleando la ley marcial para contener el pánico.

En la sala se produjo un apagado murmullo, como señal evidente de la impresión que las palabras de *Mr*. Hoddier producían.

—Nuestra misión —continuó— es, sencillamente, histórica y

providencial. Tenemos que conseguir, a toda costa y en el menor plazo posible, estos dos objetivos. Primero: hallar y neutralizar las dos o tres bombas atómicas que puedan existir ya en los Estados Unidos, en clandestinidad. Segundo: impedir que el enemigo pueda situarnos, por el mismo procedimiento, otros artefactos más de la misma naturaleza.

»No querría despertar vuestra vanidad al deciros que, me consta, el país confía y espera un milagro de vosotros. Quizá nos valora a todos en más de lo que somos y podemos, pero el hecho es así. Por todos los Ministerios, por todos los departamentos estatales, he oído pronunciar el mismo grito de angustia: "¡El
F. B. I.
!... ¡El
F. B. I.
!...". Y ahora América entera nos mira a la cara. ¿Qué haremos para corresponder a ese fervor con que la nación toda nos considera y nos mima? Mirad estas manos —añadió aquel hombre, en el más patético de los tonos, y todos se conmovieron profundamente ante sus palabras—: a cambio de esos artefactos que nos amenazan desde la clandestinidad, yo las pondría ahora mismo, sin una vacilación, en un tajo de carnicero.

Luego *Mr.* Hoddier se levantó y se fue a la pizarra, entrando de lleno en una serie de explicaciones técnicas. Durante más de media hora estuvo escribiendo fórmulas y haciendo diseños, empeñado en una verdadera conferencia de divulgación atómica. Explicó a los inspectores lo que era un artefacto atómico y su funcionamiento empírico. Describió las distintas partes de la bomba, en su estado de aparcamiento parcial, y su montaje. Luego se extendió sobre el fenómeno explosivo, el «agua pesada», la reacción en cadena. «La bomba, como es lógico, tendrá que ser "cebada" —dijo— en el último instante. Tiene que estar depositada en algún lugar, al cuidado de alguna mano experta. Ahora bien: ¿qué podemos hacer para localizarla y destruirla? Tenemos para ello dos armas insustituibles y que deben complementarse. Estas dos armas, son: la investigación y los detectores. Nuestros detectores de último modelo nos dieron la primera voz de alarma, hace unos quince días, cuando en uno de nuestros laboratorios de investigación local se señaló, de manera sensacional, la presencia de uranio radioactivo en la ciudad.

Inmediatamente se emprendió una investigación a fondo y pronto tuvimos una confirmación extraoficial y privada de la terrible sospecha. Pero nuestro confidente ocasional, como no podía menos de ocurrir, fue eliminado violentamente. Existe una mujer en el caso».

La conferencia de *Mr*. Hoddier duró todavía dos horas más. Sus últimas palabras, ya bien avanzada la noche, fueron:

—No quiero terminar esta conferencia a los señores inspectores sin hacerles saber que tenemos un hombre excepcional dedicado a la tarea común de este importantísimo servicio. La identidad de este hombre no puede ser revelada, por razones especiales. Su documentación está extendida a nombre de «agente X-III». Si alguno de ustedes, o de sus agentes subordinados, se encuentra alguna vez y en alguna circunstancia, frente al agente X-III, ya sabe, desde este momento, que debe prestarle toda la asistencia posible. Y nada más por esta noche —agrego—. ¡Mañana volveremos a reunimos, a primera hora de la mañana! ¡A las siete en punto!

Luego, los hombres, a una indicación de *Mr*. Hoddier, fueron saliendo por grupos aislados.

La noche estaba tormentosa y el cielo tenía un encendido color rojizo.

Burman dijo a sus amigos:

—Esto tiene muy mal cariz, ¿no os parece?

—Un pésimo cariz, amigo —le respondió Connington—. Propongo que vayamos a distraer el ánimo echando un trago en cualquier parte.

—Yo tengo un hambre feroz —confesó Lawrence.

—Entonces, está decidido —volvió a decir Connington—: vamos a cenar al «Gato de Oro», y podemos jugarnos el gasto a los dados, ¿os parece?

—Convenido —dijeron los otros dos, y Burman hizo señas a un taxi que pasaba a poca marcha.

# CAPÍTULO VI

## ¡ BAB COB !

Peter Greenwich tuvo que contestar a innumerables preguntas, y hubo un momento en que, a pesar de su hábito y costumbre, se sintió poco menos que abrumado. La suerte de Paulette le preocupaba, aunque en el fondo estaba convencido de que la muchacha no había hecho más que caer en una trampa estúpida, de la que, asustada, estaba intentando salir por el procedimiento de poner tierra por medio. De haber conocido, al detalle, lo sucedido, podría haber hecho ante la policía una defensa más contundente; pero Paulette se había marchado con un desconocido, sin dejarle una mala línea o explicación cualquiera.

Lo sentía por Dan, que se pondría ahora furioso contra él, como si Paulette tuviera que ir colgada de sus faldones, igual que una niña pequeña.

Para tomar un poco el aire y tratar de que su imaginación se despejara, se echó a la calle, sin rumbo determinado.

El tema de la bomba atómica era el que dominaba todos los corrillos y reuniones callejeras. Las más fantásticas especies circulaban por doquier, y las escenas de histerismo se sucedían y llenaban hasta el completo las clínicas y hospitales. Habían quien señalaba, de una manera fija, el instante de la explosión. Y un periódico de la tarde, en su afán de sensacionalismo, había dado lugar a que sus ediciones fueran recogidas por la policía, al

encabezar sus titulares con sentencias como ésta: «¡Dentro de setenta horas Nueva York será atomizado bárbaramente!».

Con verdadera indignación arrojó a un cesto callejero los diarios que acababa de comprar, y que en parecidos tonos se gozaban en mantener viva entre las gentes la peligrosísima psicosis de pánico. Luego entró en una tabaquería y compró cerillas y un par de paquetillos de tabaco rubio. Al salir, vio que se le acercaba una niña harapienta, con un ramito de nardos.

—¿Los quiere, señor? —preguntó la niña, con un mohín.

—No; no quiero flores —contestó, tratando de seguir su camino. Pero la niña volvió a plantarse, con una carrerita, delante de él.

—Sin embargo —dijo la pequeña—, son para usted. Y no le costarán nada —añadió, bajando misteriosamente el tono de voz.

Peter Greenwich se quedó mirando con interés a la niña pecosa, que seguía ofreciéndole el ramito.

Maquinalmente tomó las flores de manos de la pequeña y sacó veinte centavos, con ánimo de gratificarla. La niña, no obstante, echó a correr, dejándole con el dinero en la mano.

Fue a oler las flores. Y, de pronto, al acercar el ramito a sus ojos, descubrió algo que le hizo acelerar el paso, tratando de disimular. Entre las flores había un papelito doblado. Peter Greenwich miró a uno y otro lado, para cerciorarse de que no era seguido ni observado; luego, sacó el papelito y lo desenrolló con precaución, junto a un escaparate iluminado. El papelito decía:

*«Ven a Las Siete Lunas Rotas. —D.».*

Peter Greenwich dio un silbido y empezó a hacer añicos el papelito, esparciendo luego a voleo los diminutos pedazos. «¡Las siete lunas rotas! —repitió, mentalmente—. ¿Dónde puede estar eso?». Se creía un experto conocedor de la ciudad inmensa, pero de momento no era capaz de localizar la situación del establecimiento. Siguió caminando hasta llegar a la esquina de la manzana, y allí penetró en un bar y pidió la guía de teléfonos. Después de una ligera consulta consiguió averiguar lo que quería. «Las Siete Lunas Rotas» era un restaurante de Chinatown, que no debía de ser de gran categoría, a juzgar por su emplazamiento. Tuvo que hacer un largo recorrido en taxi antes de llegar al lugar en cuestión. El local era amplio y estaba bien alumbrado; pero el ambiente y el público que

lo frecuentaba era de una naturaleza bastante peculiar.

Vino un camarero chino a pedir su orden.

—¿Quiele la calta, señol?

—Sí, quiero la carta —replicó—; pero no debo cenar solo, sino con un amigo que me ha dado cita aquí. Se llama Dan.

Se quedó estudiando la reacción del camarero, que contestó, con displicencia:

—No conoce nadie de ese nomble, señol.

—Puede que tu patrón lo conozca. Dile que he venido llamado por «Dan». Nada más. Soy Peter Greenwich, el abogado.

—Ah —dijo el chino, haciendo una graciosa reverencia—; su señolía abogado… Padle mío también abogado en Shanghai.

—Ya sabes —le instó Peter, cortando los recuerdos inoportunos del camarero—: ¡quiero ver a Dan!

La gestión encomendada al chinito dio pronto sus frutos. El patrón en persona vino a la mesa en que estaba sentado.

—Si quiere subir conmigo, puede esperar arriba a su amigo, señor Greenwich —le aconsejó—. ¡Dan siempre cena en privado!

El abogado se levantó. A través de una espesa nube de humo y del ruido de las conversaciones, siguió al dueño del establecimiento, que le llevó al fondo de un pasillo y le hizo subir luego por una escalerita de caracol. En la parte alta había unos saloncitos reservados, y el dueño de «Las Siete Lunas Rotas» se dirigió a uno de ellos y llamó con los nudillos.

—Adelante —respondió una voz, que a Peter le sonó a conocida.

Entonces el dueño se retiró, prudentemente, con una sonrisa, y el visitante abrió la puerta.

Alrededor de una mesa había tres hombres, jugando a las cartas. Peter no conocía a ninguno de ellos. Preguntó:

—¿Se puede ver a Dan?

—¿Quién es usted? —le preguntó, fríamente, uno de los jugadores.

En aquel momento se abrió otra puertecilla, que estaba al fondo, y en el marco de la misma se dibujó la sonriente figura de «el Jovencito».

—¡Menos mal que te echo la vista encima! —exclamó, tendiendo la mano hacia el recién llegado, al que hizo pasar al interior de su reservado.

—¿Qué es esto? —preguntó Greenwich, con asombro—. ¿Acabas de llegar, y ya has organizado tu *gang*?

«El Jovencito» se echó a reír, con su risita característica.

—Son amigos antiguos —contestó—; ahora los voy a necesitar, porque vamos a tener jarana.

—Creí que estabas al margen de todo eso, Dan.

—Tengo que ajustar algunas cuentas, Peter. La de las joyas, por ejemplo. ¿Dónde están las joyas de la «Mathew's»? No puedo consentir que me cuelguen impunemente un muerto por robo y homicidio. Sobre todo el homicidio. ¿Es que crees que soy un imbécil?

—Bueno… —replicó el abogado, algo confuso—; pero estás en la calle. ¿No hemos quedado en que…?

«El Jovencito», le atajó.

—¡Deja eso, deja eso, Peter! —dijo—. ¡Son cosas aparte!… Si yo sé el juego de los demás, ellos no tienen por qué conocer el mío. Han jugado sucio, y eso es todo. ¡Y nadie juega sucio conmigo, no lo olvides!

Peter Greenwich se rebuscó en los bolsillos, para ver si llevaba algún periódico, pero luego recordó que los había tirado al cesto.

—Escucha, Dan: la existencia de una bomba atómica en la ciudad tiene aterrorizado a todo el mundo. Tenía aquí un montón de periódicos, pero los tiré, asqueado. Las últimas informaciones dicen… Bueno, es un asunto muy feo. Quiero decir que, por el momento, podrías muy bien olvidarte de las joyas de la «Mathew's», y de lo del vigilante. Además, Paulette está metida en un mal paso. ¡Ha desaparecido!

—No te preocupes —contestó, lacónicamente, «el Jovencito»—. ¡Yo sé dónde está la muchacha!

Peter dio un salto en la silla. Preguntó, con incredulidad:

—¿Es posible? ¿Está contigo, entonces?

—No; desgraciadamente no está conmigo. Pero acaso sea mejor. ¡La secuestró Baxter!

—¿Con qué objeto?

—Ya puedes figurártelo: para pedirme rescate.

—¿Dinero? ¿A ti?

—No se trata de dinero; Baxter no se atrevería nunca a hacer eso. Quiere algo más: ¡mi colaboración!

—Vaya, vaya —exclamó Peter Greenwich, y volvió a dar su silbido especial—. Conque esas tenemos… Pues, ya ves; yo estaba preocupado por la chica. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé aún. Baxter amenaza con entregar a Paulette a la policía, acusada del asesinato de Bambi. Esto creo yo que es un *bluff* y nada más. No lo haría nunca, porque el tiro podría volverse contra él mismo, sobre todo en unas manos tan hábiles como las tuyas. De todos modos, le daría a Paulette muchas molestias. Sería mejor ir allí y ajustar cuentas con Baxter, de una vez. ¡No podré empezar a trabajar hasta que todo esto quede resuelto!

Peter Greenwich se levantó y dio unos paseos por la habitación. Luego se sirvió un *whisky*, de una botella que estaba en una mesita lateral, metida en un cubo de hielo. Al cabo, dijo:

—Voy a preguntarte dos cosas, Dan, y luego te daré mi opinión. La primera es ésta: ¿cómo has recibido toda esa información? Me refiero a eso de que Paulette está con Baxter, y todo lo demás.

—¡Cómo! —exclamó «el Jovencito», regocijado—. ¡He hablado con la misma Paulette por teléfono! Me dijo que estaba muy bien, y por eso me quedé tranquilo. Por otra parte, me consta que Baxter no se atrevería nunca a tocarle un cabello.

—¿Qué te dijo Paulette, concretamente?

—Que Baxter quería ponerse al habla conmigo, y que no la dejaría salir hasta que yo me aviniera a razones.

—Está bien —convino el abogado—; ahora, otra pregunta, y es la segunda de las que quería hacerte. ¿Qué clase de tratos quiere Baxter contigo?

—Eso, no lo sé —contestó, sinceramente, «el Jovencito»—. Seguramente está impresionado por lo de mi último golpe y por la subsiguiente fuga del penal. Piensa que voy a trabajar de nuevo y que acaso quiera pisarle el terreno en ciertos aspectos. En el fondo, me tiene miedo. Supongo que quiere delimitar los terrenos y hacer una especie de *statu quo*. Sus triunfos son, por el momento, la chica, y quizá alguna otra cosa. Por todo esto me conviene tener organizado mi pequeño grupo, ¿entiendes? Hay que dar una sensación de poderío —terminó «el Jovencito», y se echó a reír, levantándose para servirse también una copa de *whisky*.

—¿Y si lo que trata es de eliminarte, sencillamente? —preguntó Peter, con acento de sospecha.

—Le va a costar trabajo —aseguró Dan, y luego llamó al timbre para que viniera un camarero y les sirviera una cena fría allí mismo.

Durante la cena, Dan y Peter hablaron de cosas intrascendentes. Peter relató la visita de Paulette a la calle Cuarenta y Siete, y el último aviso telefónico recibido desde casa de Mme. Laura, antes de salir para Manhattan. Luego, al ver que ella no regresaba, se había lanzado a hacer investigaciones por su cuenta, tratando de encontrar alguna pista. Estuvo casi toda la noche fuera, y al regresar se enteró de que Paulette había estado en el hotel y había salido de nuevo, acompañada por un hombre. Al día siguiente vino la policía, en busca de la muchacha, y tuvo que contestar a muchas impertinencias.

—Y a propósito de policía —dijo—; a estas horas estarán detrás de ti, como lebreles. ¿Has pensado en eso?

—Sí; pero tienes que tener en cuenta que yo tengo muchos amigos en la policía metropolitana. Por ejemplo, a Flannigan, el teniente. ¡Le he invitado a cenar aquí, esta noche!

Peter se quedó atónito, mirando a su amigo con ojos desorbitados.

—¿Estás loco? —preguntó—. ¿O es que quieres reírte de mí?

—Nada de eso. Te digo que va a venir.

—Pero… ¡no te entiendo, Dan! ¿Crees que, por muy amigo tuvo que sea Flannigan, te va a tratar con miramientos después de tu brillante fuga desde el penal de Chicago?



[illegible]

—Flannigan —replicó, tranquilamente, «el Jovencito»— es un gran aficionado a las charadas y jeroglíficos. Y tengo algo que me gustaría enseñarle, y que él, de todos modos, verá con gusto. —Al decir esto, Dan se rebuscó en los bolsillos y sacó una hoja de papel de fumar, que conservaba, cuidadosamente guardada, en una carterita—. Mira esto, Peter. Había un hombre, que ya no existe, y que tuvo la suerte o la oportunidad de posar sus ojos sobre ese terrible artefacto atómico del que hoy pende la vida de Nueva York. Ese hombre era Bambi. Pagó con la vida un buen servicio hecho a la

nación, que algún día habrá que recompensarle debidamente. Pues bien: sobre ese artefacto de destrucción y muerte hay grabada, en letras doradas, una palabra: ¡ésta!

Dan tendió la hojita de papel de fumar a su amigo el abogado Peter Greenwich. Sobre la hojita se leía:

*«BABCOB»*

Peter estuvo mucho tiempo absorto en la contemplación de aquella palabra. Luego, devolvió la hojita a Dan, diciendo:

—¡No comprendo una palabra!

—Ni yo tampoco —confesó, tristemente, Dan—. Por eso he invitado a Flannigan, que es un experto.

—Pero el teniente, a pesar de todo, te pondrá las esposas —comentó, con convicción, el abogado.

—Ya veremos eso —dijo Dan, con tranquilidad—. Puede que sí y puede que no. Pero la cosa merece que arriesguemos algo.

En aquel momento el camarero entró con una gran bandeja, en la que traía la cena pedida. Dan, le ordenó:

—Estoy esperando al teniente Flannigan, de la policía metropolitana.

El camarero se estremeció, palideciendo, y dijo:

—El señol quiele que yo avisal, pala salil a otla calle, pol salida secleta…

—No, no —dijo Dan, haciendo un gesto de gran señor—. El señol quiele que tú venil aquí con teniente policía, polque teniente es amigo del señol y tiene cena conmigo… —contestó, imitando el lenguaje del chinito.

El criado tardó un buen rato en comprender aquello. Y cuando estuvo percatado del todo, salió, haciendo aspavientos, como si acabase de tratar con un loco peligroso.

# Capítulo VII

## EL Remanso

—El artefacto atómico —empezó diciendo Míster Hoddier, y en la sala se dejó oír un apagado murmullo— se ha puesto en movimiento.

Con ademán enérgico el secretario general de todas las fuerzas locales del «Bureau» se levantó y se dirigió hacia el gran plano en relieve de la ciudad. Al pie del citado plano, que ocupaba casi por completo uno de los testeros laterales de la sala, había un tablero de mandos eléctricos. *Mr*. Moddier pulsó alguno de aquellos botones, y el plano se iluminó en un determinado sector, con profusión de pequeñas bombillitas de colores, que señalaban los límites de las calles, los distritos y hasta las manzanas de casas. Tomó un largo puntero de señales, y dijo, como el profesor que explica una lección:

—Nuestros detectores localizaron aquí, hace cuarenta y ocho horas, el emplazamiento del artefacto. Se realizó la fracasada «Operación Norma», tomando para su ejecución las mayores garantías posibles. Ya saben todos lo que pasó allí. Se acordonaron las calles, y los «Equipos Geiger» se lanzaron decididamente a la caza de la bomba misteriosa. Ustedes mismos, con sus brigadas de agentes subalternos, tomaron los edificios y realizaron la investigación, siguiendo paso a paso las indicaciones de los «Geiger». Y, de pronto, ¿qué es lo que ocurrió? Cuando ya la pieza parecía estar en nuestras manos, los detectores empezaron a fallar, acusando cambios bruscos y desorientadores. Terminamos en un caos, abrumados por mil indicaciones distintas, que nos hicieron perder tiempo y energías de manera inútil. A las diez de la noche,

de una manera lamentable, la «Operación Norma» había concluido sin resultado alguno.

Volvió a dejarse oír un hondo murmullo entre los pupitres, llenos por los inspectores, que escuchaban atentamente las palabras de *Mr*. Hoddier. Luego, éste continuó:

—No ha podido comprobarse nada anormal en los inmuebles que componen el sector «N», objeto de la operación. Se han investigado los antecedentes de todos los que habitan esas casas, de una manera minuciosa. Existen en verdad muchos escondrijos para esconder la bomba; pero ¿en qué sector de la ciudad no existen tales posibilidades? ¡Cualquiera es bueno, porque Nueva York es una gran urbe, difícil de controlar y de escudriñar, como ustedes saben mejor que nadie! El hecho concreto es éste: los detectores señalaron en el sector «N» la presencia de una carga de uranio-51; luego, en un momento determinado, parecieron volverse atrás, y nos dieron mil indicaciones distintas, que nos condujeron al fracaso. Y ahora oigan el informe técnico: existen dos posibilidades: o los detectores son accionados por ondas radioactivas, de naturaleza desconocida, que tratan de enmascarar el emplazamiento del artefacto… o el artefacto se mueve.

Volvió a oírse aquel contenido murmullo, indicador del apasionamiento e interés con que eran seguidas las palabras del *Mr*. Hoddier.

—Ambas hipótesis son admisibles, pero yo me inclino por la última, y les explicaré las razones. La emisión de ondas radioactivas para perturbar la indicación de los «Geiger» exigiría una estación emisora, que podría a la vez ser «localizada». No se ha comprobado la existencia de tal estación emisora. En caso de existir, su naturaleza debe ser algo especial y totalmente desconocida de nuestros especialistas. Necesitaría técnicos y personal que la atendieran. En cambio, para que la bomba se mueva, los elementos necesarios son bien simples: ¡basta un coche o un camión, preparado al efecto! El artefacto atómico debió salir del recinto acordonado en algún vehículo, y entonces los detectores empezaron a fallar. La «Operación Norma» debió hacerse teniendo en cuenta esta contingencia, pero solamente se atendió al hallazgo del emplazamiento estático de la bomba, descuidando de manera lamentable el tránsito rodado.

*Mr*. Hoddier volvió a pulsar los botones del cuadro de mando, y toda la gran maqueta de la ciudad se iluminó con gran intensidad.

—Después de nuestro último fracaso, vean: ¡éste es el escenario que se presenta a nuestra próxima operación! ¡Toda la ciudad! Y acaso haya que salir de ella. Los detectores siguen acusando el fenómeno provocado por nuestra «Operación Norma». La bomba, desde aquel instante, se mueve. Se mueve por las calles de Nueva York, de día y de noche, en un peregrinaje incesante. Su cacería, en estas condiciones, resulta dificilísima, pero no imposible. En cualquier vehículo de esos que pasan ahora por la calle, en cualquier coche o camión de los que llenan las avenidas y calzadas de la ciudad, va oculto el terrible artefacto atómico. —La voz de *Mr*. Hoddier se hizo opaca y cobró un extraordinario vigor al exclamar, a continuación: —¡En pie, cazadores valerosos del
F. B. I.
! ¡Hay que capturar la pieza maldita, la alimaña terrible, millones de veces más venenosa y mortífera que todos los dragones y monstruos de la Prehistoria! Se os presenta una ocasión única y providencial. En cualquier instante, esa alimaña infernal puede sacar sus garras apocalípticas— de las que nosotros mismos, en un ingente pecado tal vez, la dotamos y morder sobre la carne de nuestros hijos, de nuestras mujeres y nuestros amigos. Yo os concito para que unáis vuestros esfuerzos y vuestro interés en la nueva operación proyectada para dar cima a esta cacería sensacional: ¡la «Operación Diana»!

Cuando *Mr*. Hoddier se dirigió a la gran pizarra, para empezar a trazar los detalles de la sensacional operación, los inspectores que se encontraban reunidos en el salón se pusieron automáticamente en pie. La emoción que reinaba entre ellos era extraordinaria. El jefe de aquellos hombres intrépidos y esforzados estuvo hablando durante más de tres horas, sin que ninguno de los puntos o detalles relacionados con el nuevo plan quedara sin tocar. Al final, preguntó:

—¿Tiene alguno de ustedes algo que sugerir, que preguntar o que proponer, en relación con la «Operación Diana» que se acaba de detallar?

Nadie contestó una palabra. Entonces, *Mr*. Hoddier, antes de dar por terminada la conferencia, tomó nuevamente la tiza y escribió

sobre la pizarra:

*«Babcob»*

Y añadió:

—Ruego a los señores inspectores que se fijen en esta extraña palabra y tomen nota de ella cuidadosamente. El artefacto atómico que amenaza a la ciudad de Nueva York tiene grabado en letras doradas ese cabalístico vocablo. Cualquiera de ustedes que en cualquier parte lo oiga, lo lea o, simplemente, lo infiera, debe dar cuenta de ello, instantáneamente, a esta Jefatura. Y ahora, nada más.

Los inspectores del
F. B. I.
, después de la larga conferencia, fueron retirándose en grupos, como siempre ocurría, esta vez animados por acaloradas y vehementes discusiones.

* * *

A la salida de Bronx, por la carretera del Norte, estaba situado el parador más tranquilo y pintoresco de todos los alrededores de la gran urbe neoyorquina.

Se trataba de un edificio de madera, de notable antigüedad, mil veces restaurado, pero que conservaba, en medio de las modernas edificaciones de los alrededores, todo su sabor tradicional. Respondía el negocio al bien elegido nombre de «El Remanso», y decimos bien elegido porque el lugar, situado en un pequeño altozano, era efectivamente una especie de remanso de paz, en la periferia tormentosa y agitada de la ciudad más dinámica y activa del mundo.

El parador estaba regido por una vieja familia italiana, la familia de los Rinaldi, y era ya proverbial que, en todo tiempo, un Rinaldi regordete y untuoso, con esa oficiosidad pegajosa que es propia de todas las gerencias italianas, estuviese detrás del llamativo escritorio de «El Remanso», dispuesto a atender con solicitud a los parroquianos que iban allí en busca de un
*week-end*

tranquilo y apacible.

El parador en sí ocupaba el centro de una regular meseta, cerrada por un alto muro. Esta meseta estaba convertida en el más maravilloso jardín de todos los Estados Unidos, y acaso era éste, de manera principal, el motivo del próspero estado del negocio. Con frecuencia, las casas cinematográficas acudían allí para filmar, en aquel precioso jardín, sus exteriores románticos. Entonces «El Remanso» se llenaba hasta el completo, y Pietro Rinaldi, el actual gerente y propietario del negocio, se veía y se deseaba para servir y dar acomodo a todo el mundo.

La llegada de un gran coche negro, con tres hombres mal encarados y casi violentos —sin mujeres, por supuesto, cosa que a maese Pietro le ponía ya en escama— no fue del agrado del patrón de «El Remanso»; pero se guardó mucho de hacer manifestación externa de su desagrado.

El coche había sido visto por Pietro Rinaldi desde mucho antes, al avanzar por la carretera; que era visible desde las ventanas del parador casi a una milla de distancia. Pietro le había dicho a Giovanna, su hija mayor, preciosa muchacha morena de unos quince años:

—Parece que viene gente, *bambina*.

—Alguna parejita —había contestado la niña.

Pero no era una parejita, sino tres elementos de mal aspecto, con pocos modales y tono destemplado, los que entraron pisando fuerte en el entarimado del vestíbulo.

—¿Cuánta gente hay en el parador, Rinaldi? —preguntó uno de ellos, a boca de jarro.

—¿Gente?… —respondió el italiano, extrañado—. ¡Oh, no hay ahora mucha gente, señores míos! Peí o, aunque la hubiera, «El Remanso» hace siempre honor a su nombre. Es un sitio tranquilo, pacífico…

—He preguntado que cuántos huéspedes hay en la casa, ¡Pietro! —replicó el que había hecho la pregunta anterior, apretando los labios—. ¡No tengo ganas de música! ¿Dónde está ese libro-registro?

Pietro Rinaldi se dio cuenta de que sus interlocutores no eran gente blanda, precisamente, a los que le podría llevar la contraria. Tomó el libro que estaba en uno de los anaqueles laterales del escritorio y lo alargó al que preguntaba. Se atrevió a decir:

—¿Qué es lo que necesitan? ¿Habitación? ¿Comida?

—Queremos dos cosas, Rinaldi. Primero: que si hay alguien en el parador se largue inmediatamente…

—¿Cómo? ¿Largarse… del parador? —preguntó Pietro, completamente desconcertado—. ¿Qué significa esto?

—Significa que necesitamos «El Remanso» para nosotros, durante unas horas. ¡Se te pagará hasta el último céntimo! ¡Y adelantado! —añadió el hombre, sacando un billete de quinientos dólares y arrojándolo sobre el mostrador.

Pietro Rinaldi no se atrevió a tocar aquel billete. Contestó sencillamente, con creciente preocupación:

—No es eso, caballeros. No se trata de dinero. Pero, si no he entendido mal, ¿ustedes quieren toda, toda la casa?

—¡Sí, queremos toda la casa! —replicó otro de los visitantes, con una voz de bajo profundo que al patrón italiano le causó un pavor repentino, por creer que se parecía mucho a la de Boris Karlof—. ¿Qué te ocurre en las entendederas?… ¡Vamos, a ver qué huéspedes hay aquí!

Pietro replicó, tragando saliva:

—Arriba hay dos matrimonios.

—Tienen diez minutos para hacer las maletas —dijo, fríamente, el hombre que había hablado primeramente.

—Pero estarán durmiente —objetó cándidamente Pietro.

—¡Que se despierten! —Escupió el de la voz de bajo—. ¿Qué más gente hay en la casa?

—Hay también una señora inglesa.

—¡Afuera los ingleses! ¡A la calle! —le dijeron, al horrorizado Pietro.

—Mas, yo no puedo…

—Está bien; lo haremos nosotros —dijeron los hombres, y dos de ellos echaron escaleras arriba.

Maese Rinaldi gritó, acongojado:

—No, no… por favor… ¡Yo iré!

Salió del mostrador, agitado y tembloroso. La *bambina* había huido, a las primeras escaramuzas. Suplicó el hombre:

—¿Quieren tener la amabilidad de darme alguna explicación? ¿Qué debo decirles a mis huéspedes?

—¿Es que no se da cuenta todavía, desgraciado? —exclamó, en

una feliz idea, el tercero de los visitantes, que hasta aquel momento no había desplegado los labios—. ¡La bomba atómica va a estallar dentro de una hora! Estamos desalojando toda esta parte, porque va a ser la más castigada. No hay que sembrar el pánico, pero hay que conseguir que la gente huya y se ponga a salvo. De modo que ¡vamos!, ¡de prisa, que no hay tiempo que perder!

Pietro Rinaldi se quedó de una pieza, atónito, incapaz de todo movimiento. De sus ojos grandes y saltones, parecidos a los de un buey, se escaparon dos grandes lagrimones. Los hombres tuvieron que hacer grandes esfuerzos para no reírse.

—¿Qué piensa? —Le volvieron a decir, y el hombre, preso de una terrible emoción, echó escaleras arriba.

—Id a dar un vistazo a todo eso —dijo uno de aquellos hombres a los otros dos—. Yo voy a llamar por teléfono.

Se dirigió a la cabina telefónica, mientras los otros entraban y salían por todas las habitaciones del bajo, explorando hasta los últimos rincones. Marcó un número y alguien se puso en el aparato.

—¿Quién está al habla? —preguntó—. ¡Aquí es Joe! Dile al jefe que hemos llegado y que esto está tranquilo y bien… —Hubo una pausa; luego le preguntaron algo y él contestó—: Sí; dentro de media hora podéis venir. No habrá novedad. Los muchachos están buscando una sala a propósito para la conferencia… Muy bien, muy bien… ¡Estaremos atentos a la llegada!

Los otros dos volvieron, después de su inspección.

—¿Qué hay del personal de la casa? Cocínelo, camareras, etc… —preguntaron.

—¿Dónde están? —inquirió el que ordenaba.

—En la cocina, asustados, por lo de la bomba atómica. Quieren marcharse también.

—Vete allí, Sam, y procura decirles que lo de la bomba es un cuento. Inventa una historia cualquiera, por ejemplo: que el presidente de la República tiene que venir a celebrar una conferencia secreta con el secretario general de la
O. N. U.

Sam, al que ya conocemos por su actuación en el asesinato del desdichado Bambi, se volvió a marchar.

Maese Pietro volvió a bajar por las escaleras, preso de una angustia que, con seguridad, había contagiado a sus huéspedes.

—¡Es una cosa horrible! —suspiró—. ¡Qué va a ser de nosotros! ¿Supongo que yo y mi hija hablemos de abandonar también el edificio?

El que había hablado por teléfono, en el que reconocemos a Joe, el autor directísimo de la brutal muerte de Bambino Batanello, arrastró a Pietro a un rincón y trató de hablarle con suavidad.

—Escuche, Rinaldi —le dijo, tratando de suavizar el tono—, no es preciso que usted se vaya, ni la servidumbre tampoco. Si me promete ser discreto y no divulgar lo que voy a decirle, le haré una confidencia.

El hombre miró al que le hablaba, con un destello de esperanza en sus ojos.

—Puede confiar en mí, señor.

—Está bien. Quiero decirle, para su tranquilidad, que no hay nada de bomba atómica. Se trata de una conferencia internacional, de alta política, y es necesario que no haya testigos de vista, ¿comprende?

Pietro Rinaldi suspiró con profundo alivio.

—¡Ah, señor, cuánto bien me hace esa noticia! Los huéspedes se irán en seguida, desde luego.

—Eso está bien. Se le pagará religiosamente, ya se lo dijimos antes.

—¡Oh, por Dios, señor, no hay que hablar de eso! ¿Qué día está señalado para esa conferencia?

—¿Qué día? —contestó Toe, regocijado—. ¡Se celebrará dentro de media hora! ¿Tiene algún cenador decoroso en su bonito jardín?

—Sí, claro que si —respondió el italiano, extremando la solicitud—. Hay varios cenadores, a elegir. ¿Es que se van a reunir allí esos personajes?

—Probablemente, sí —replicó Joe—; y ahora vamos a ver esos cenadores. —Luego se dirigió a sus compinches, diciendo—: Id ahora a la cocina Hay que preparar cosas para los muchachos Comida y vino, desde luego…

—La *bambina* se ocupará de todo, señor —aseguró Pietro, que había oído la última observación—. ¡Quedarán bien servidos, a satisfacción del más exigente!

—Confío en ello —respondió Joe, con un gesto indefinido, echando a andar hacia el jardín.

# Capítulo VIII

## Baxter Hace Una Proposicion

Primero fueron tres grandes coches, que llegaron espaciados, y penetraron, decididamente, por la arenada senda que conducía hasta las gradas de piedra de «El Remanso». De aquellos coches bajaron cerca de una veintena de hombres, con aspecto de policías, bien vestidos en general, que rápidamente rodearon a un hombrecillo enclenque y paliducho, que vestía un largo abrigo de tono claro y llevaba su cabeza, de una calvicie incipiente, completamente al aire. Joe, que había presenciado la entrada de los coches, se dirigió con presteza hacia ese personaje y saludó, tocándose ligeramente el ala del sombrero.

—No hay novedad, jefe —dijo—; no ha venido nadie todavía. No hay que subir al edificio, pues lo he dispuesto toda allí, en aquel cenador que está a la derecha, junto a la carretera.

—¿Crees que es mejor allí, Joe? —preguntó el hombrecillo, con acento cansado.

—Creo que sí, Baxter. No hay habitaciones contiguas, ni nada de esas cosas. Los muchachos rodearán el cenador y todo irá magníficamente. Hay dispuesta una cena fría, y *whisky*, desde luego.

—Eres mi brazo derecho, Joe. ¡Qué sería de mí, sin ti! —exclamó, echando en seguimiento de su guía.

Joe se dirigió, como un capitán en funciones, a los hombres que habían bajado de los coches y que, en grupo, rodeaban a Baxter. Les dijo:

—Venid con nosotros cuatro hombres nada más. Los restantes esperadme aquí, vendré en seguida para distribuir el servicio.

El cenador era una pieza adornada con trofeos de caza, al estilo italiano del renacimiento. Tenía una buena chimenea y cómodos butacones. Baxter, con indolencia, se dejó caer en uno de ellos, sacando de uno de los bolsillos del abrigo su navajita dorada y su tarugo de madera. Enseñó la nueva talla a Joe, diciendo:

—Mira, Joe: voy a sacar de aquí una goleta española del siglo XVIII. He tenido que hacer un estudio detallado de todas sus líneas, pero creo que he captado la idea.

Empezó a sacar astillas, afanosamente. Joe le preguntó:

—¿Quién deberá estar aquí contigo, jefe, cuando llegue Dan?

—¿Aquí? —respondió Baxter, sin dejar de hacer astillitas—. ¡Nadie! Dan y yo somos muy buenos amigos. ¿Qué es lo que te figuras?

—«El Jovencito» tiene las uñas largas, Baxter; no debes olvidarlo.

—¡Bah! —respondió—. Échame una copa de *whisky* helado, haz el favor… y vete fuera. ¡Avisa cuando venga ese hombre!

El hombre esperado no tardó en hacer su aparición, por el lado opuesto de la carretera. Los coches de Dan entraron en la calzada, y Peter Greenwich, que venía acompañando al «Jovencito», fue el primero en echar pie a tierra. Dan saltó tras él, enfundado en una gabardina obscura, con el sombrero ladeado, mostrando en sus labios la eterna sonrisa de niño complacido. Divisó a Joe, que se adelantaba hacia él, y le tendió la mano. Joe se quitó el sombrero —cosa inusitada en él— como señal de respeto.

—Me agrada verle con tan buen aspecto, Dan.

—Vaya, vaya —le dijo «el Jovencito»—; ponte el sombrero y apea el tratamiento, Joe. Somos amigos antiguos, ¿no?

Los hombres de Dan se acercaron a él, pero éste los despidió con un gesto huraño.

—¡Fuera, fuera de aquí! —gritó—. ¡Idos a la cocina y bebed a mi cuenta! ¡No quiero que nadie me moleste! —Luego volvió a dirigirse a Joe—: ¿Dónde está tu hombre?

—Allí —señaló Joe—, en aquel cenador.

—¿Sigue haciendo barquitos? —preguntó Dan, de buen humor.

—Si le interesa hacer erudición, ahora está con una goleta española del siglo XVIII —contestó, y ambos interlocutores se echaron a reír.

Peter Greenwich seleccionó a tres o cuatro hombres, los cuales, a pesar de la orden de Dan, echaron a andar detrás de su jefe y del abogado.

Joe entró en el cenador para anunciar la visita. Luego salió, con aire complacido, y dijo:

—Baxter te espera, Dan.

Entonces, «el Jovencito» penetró en el cenador.

—Te apuesto veinte dólares, Baxter, a que sé lo que estás tratando de sacar de ese tarugo —dijo, plantándose a poca distancia del hombre que estaba en el cenador, empeñado, como siempre, en la tarea de hacer astillitas. Baxter no se había movido al verle entrar. Al oír aquellas inesperadas palabras del recién llegado llevó su vista a la cara de Dan, y luego al tarugo que trataba de desbastar. Replicó con una gran animación:

—¡Van!… ¡Es imposible que lo sepas, porque todavía no se ve nada!

—Yo lo veo ya, Baxter. ¡Eso tiene línea de goleta española! ¡Déjame pensar!… ¡Eso es!: goleta española del dieciocho.

La cara de Baxter se iluminó de alegría. Dejó la talla sobre la mesa y echó mano a la cartera, sacando de ella un billete de veinte dólares.

—¡Has ganado, Dan! —contestó—. ¡Eres un chico estupendo, de una gran inteligencia! ¡Siempre lo he dicho!

Dan se quitó la gabardina y el sombrero. Dio unos paseos por el cenador, sin perder de vista al que estaba sentado, y luego se volvió bruscamente:

—Bueno, ya estamos aquí, Baxter. Cara a cara, como querías.

—Tenía muchas ganas de verte, «Jovencito» —replicó Bax, recuperando su talla—. ¿Por qué no te sirves una copa?

—Porque no tengo ganas de que me envenenes —replicó Dan, y Baxter se echó a reír, con aquel acceso de risa histérica que le caracterizaba.

—Se pasa bien a tu lado, Dan, puedes estar orgulloso de ello. ¡Échate una copa y sírveme a mí!

Dan llenó las copas y las puso sobre la mesa.

—Antes, de que hablemos una palabra —dijo, tomando su copa y mirando al techo, con mirada desvaída— voy a decirte una cosa, Baxter: si Paulette no está aquí dentro de… unos minutos —aclaró

—, los precisos, porque no quiero mostrarme intransigente… Digo que si la chica no está aquí, a mi lado, no hablaré contigo una palabra. ¿Has entendido, Baxter?

El tallista, que estaba haciendo nuevamente su trabajo, de manera afanosa, no mostró la menor alteración visible; pero algo, en su aspecto, hablaba de la gran tempestad interior que lo agitaba Respondió:

—Lo lógico es hablar primero; la chica vendrá después. ¡Tienes mi palabra, Dan!

—No, no quiero tu palabra; ¡quiero que venga Paulette! Es mi condición, Baxter, y te doy tres minutos para decidir.

Las manos de Baxter se agarrotaron sobre la navaja.

—¿Por qué vienes con tantos humos Dan? Empiezas muy fuerte, ¿eh?, con arreglo a tus antiguos métodos. Pero los tiempos han cambiado, desde que hacías aquellas estupendas cosas que cimentaron tu fama. Ahora es distinto. ¿Por qué no quieres oír el consejo de un amigo leal?

—Que venga Paulette y luego hablaremos, Baxter. Ya lo he dicho.

—Está bien, voy a darte ganada la primera baza. —Baxter se levantó y se acercó a la puerta del cenador, haciendo una seña a Joe —. Dile a Browny que coja un coche y vaya por la chica. ¡Inmediatamente!

—¿Debe traerla aquí? —preguntó Joe, extrañado.

—¿Dónde te parece que la lleve, imbécil? —gritó, con gesto descompuesto.

—Un momento —exclamó Dan, acercándose a los dos hombres al tiempo que hacía una seña a Peter Greenwich—. Mi abogado irá con Browny, a recogerla, si no te parece mal. No hay necesidad de dar nuevos sustos a la muchacha.

Viendo que Baxter no asentía, ni denegaba, Joe se quedó indeciso, con la mirada fija en el rostro de su jefe. Éste, súbitamente, estalló en un acceso de cólera.

—¿Es que no estás oyendo, pedazo de idiota? ¡Vamos, vamos en seguida! ¡Doy diez minutos de tiempo!

Dan le hizo un gesto a Peter Greenwich, y éste asintió, con un movimiento de cabeza. Luego Baxter se retiró al interior del cenador, mientras Joe se alejaba en unión del abogado para cumplir

la imperativa orden de su jefe.

El tallista, sentándose de nuevo, preguntó:

—¿Quieres sentarte ahora, Dan? ¿Estás ya satisfecho?

«El Jovencito» tomó una silla y sentóse junto a Baxter.

—Convendrás conmigo, Baxter, que esto de la chica era una justa reparación que me debías, en buena lid. Ahora podremos hablar de nuestras cosas. Tengo una facturita que pasarte, Bax; poca cosa.

—¿Facturita? —preguntó el otro, sonriendo con socarronería—. Yo también tengo algo contra ti, Dan.

—No lo creo —dijo «el Jovencito»—. Estoy alejado de estos negocios hace tiempo.

—Por eso mismo.

—Bueno; explícate si quieres.

—No; quiero oír antes lo que me tengas que decir para darte explicaciones, si hay lugar a ello, naturalmente. ¡Da gusto marchar de acuerdo, Dan, cuando se trata de hombres como nosotros!

—Está bien —dijo Dan, con un gesto de resignación—; puesto que lo quieres así te diré lo que tengo entre ceja y ceja. Aquello de la Mathew's, de Chicago, fue una faena sucia, Baxter. No se le cuelga un muerto de esa naturaleza a un amigo.

Los ojillos de Baxter se clavaron con fijeza en la cara sonriente del «Jovencito».

—No entiendo una palabra de lo que dices, Dan —dijo con voz glacial—. ¡Y ya sabes que no miento!

—Bueno, como quieras —contestó Dan, encogiéndose de hombros—. Pero no tengo intenciones de hacer interminable esta discusión. ¡Dame las joyas de la Mathew's, Bax, y asunto concluido! Yo pagué por el hecho y es justo que me lucre de él. Al fin y al cabo, si me pescan otra vez seré yo quien iré a la sombra, para el resto de mis días. Eso, si no me sientan en la silla esta vez, ¿entiendes? ¡Quiero, por lo tanto, las joyas de la Mathew's!

Baxter, que había escuchado las palabras de Dan en un religioso

silencio, replicó:

—Escucha, Dan: Yo sería capaz de darte a ti las joyas de la Mathew's, y aun las de la corona real inglesa, si se te antojaran. Me conoces bien y sabes que no soy interesado. ¡No sé nada de lo de Chicago!

—¡Eres un cínico, Baxter! —exclamó «el Jovencito» con los dientes apretados.

—Voy a demostrarte que no, si quieres oírme un momento. Dime: ¿cuánto pueden valer, a tu juicio, las joyas de la joyería Mathew's, que tanto te hacen suspirar?

—Valen tiradas… veinte mil dólares —aseguró Dan.

—Yo te ofrezco… ¡tres millones! —aseguró Baxter, y Dan se quedó atónito, sin dar crédito a lo que oía.

—Tienes ganas de broma, ¿eh? —preguntó.

—Hablo completamente en serio, Dan… Tengo tres millones de dólares para ti. ¿Te convences ahora de que esa chatarra de la Mathew's no es digna de gastar saliva?

Dan se levantó de la silla e hizo una honda aspiración. Empezó a pasear, nuevamente, por la estancia, tratando de coordinar sus ideas. ¿Qué juego traería entre manos el marrullero de Baxter? ¿En qué clase de trampa o celada querría hacerle caer? Aquello no tenía visos de realidad; era tan absurdo, que su misma desproporción le había dejado perplejo y casi anonadado. Baxter le ofrecía, de golpe y porrazo, nada menos que ¡tres millones de dólares! Era para *bluff* una cosa demasiado burda. Y de tener algún fondo de realidad, ¿qué iba a exigirle a cambio? ¿Matar al presidente de la República… o hacer saltar en añicos la sede de las Naciones Unidas? Volvió a sentarse y encendió un pitillo, con parsimonia.

—¿Qué es lo que tendría que hacer para ganar… ese dinerillo? —preguntó.

—Es prematuro hablar de eso, Dan. Deberías contestarme antes si estás dispuesto a colaborar conmigo o no.

—Entramos en un círculo vicioso, Baxter. ¿Corno puedo decirte eso si no sé lo que exiges de mí?

—No quiero mucho de ti, «Jovencito». ¡Tu inteligencia nada más! Ya ves que es poco.

—¿Qué problema tendría que resolverte? ¿Estás en desacuerdo con los lecheros o con las compañías frigoríficas?

Baxter volvió a reír de nuevo, poniéndose las manos en el vientre, para evitar los retortijones.

—¡Eres un chico divertido, Dan! —exclamó—. Ya no me ocupo de esas cosas, muchacho. No me confundas con Bully-Bully, o con Jefferson, que son unos idiotas y están donde deben estar. No; no soy un mendigo, Dan.

—¡Ya lo creo que no! —exclamó Dan en tono admirativo—. Un hombre que ofrece tres millones de dólares…

—¡Y podría darte mucho más, «Jovencito», no lo dudes!, y te lo daré, si te unes a mí.

—Es una tentación muy fuerte para despreciarla, Baxter. Es la mayor cifra que he soñado en el mundo. ¿Existen, realmente, tres millones de dólares contantes y sonantes?

—Los tendrás algún día en tu bolsillo, Dan no te quepa duda.

—Bien, estoy dispuesto a escucharte con la máxima atención.

—Es mejor que cenemos antes, «Jovencito», ¿no te parece?

En una mesita lateral Joe se había preocupado de situar una serie de bandejas, con las viandas, al estilo americano.

—¿Quieres que te sirva? —preguntó Baxter, levantándose y dirigiéndose hacia aquel lugar:

—Como quieras —respondió, completamente ausente de allí.

Baxter se mostró festivo durante la comida, y se empeñó en rememorar algunas de las antiguas hazañas del «Jovencito», que fingía escucharle, tras la máscara de su eterna sonrisa.

En realidad, su imaginación estaba trabajando a muchas atmósferas, tratando de elegir una norma para la batalla que se avecinaba. La proposición de Baxter, encerraba, a no dudarlo, algún truco o misterio de naturaleza desconocida.

Dan no sabía aún si Baxter quería, verdaderamente, su colaboración para alguna empresa gigantesca, o si pretendía, sencillamente, deshacerse de él por algún procedimiento disimulado y expeditivo. Tenía que caminar con gran cautela. Aquel hombre, con su aspecto de sacristán insignificante, era un terrible felino, poderoso y audaz, temido por toda la policía metropolitana. Se arrastraba, sinuoso, vistiéndose un ropaje de cordero, para dar luego, de una manera impensada, el salto mortal. Una ventaja

llevaba sobre él, y «el Jovencito» la conocía bien: Baxter le tenía miedo. De otra manera no le hubiera ganado tan fácilmente la baza de Paulette. Debía haber otra cosa de mucha importancia detrás de aquello, para consentir en la humillación de hacer entrega de la muchacha, gratuitamente, al parecer.

Mientras Dan recapacitaba de aquella manera, Baxter seguía hablando y hablando. Empezó luego a hablar de su colección de barquitos, de su habilidad, de sus proyectos. Y estando en aquel relato se oyó en el jardín el poderoso aviso de un *claxon*. Baxter se interrumpió para decir:

—¡Ya tienes ahí a la chica!

Y era la verdad. Pocos instantes después, Paulette, con gesto asombrado, aparecía en la puerta del cenador y se precipitaba, con cierta emoción, en los brazos abiertos del «Jovencito».

## CAPÍTULO IX

### LA OPERACION «DIANA»

El teniente Flannigan, de la policía metropolitana, volvió a dar volumen al potenciómetro del aparato de radio, mientras decía, dirigiéndose al «Jovencito», que estaba fumando, tranquilamente, sentado en un cómodo butacón.

—Escucha esto, Dan, porque es muy interesante. ¡Creo que la van a atrapar por fin!

Se oyó la voz del locutor, diciendo, con cierto tono emocionado:

«Se ruega a todos los coches y vehículos, que se aparten del recinto acordonado… Repetimos: se ruega a todos los coches y vehículos que se aparten del recinto acordonado».

Casi todo el distrito de Brooklyn, desde Long Island hasta la entrada de Manhattan, había sido acordonado, en la más gigantesca y desesperada intentona para dar cacería al artefacto atómico, en movimiento por las calles de Nueva York, según los informes de los equipos técnicos. Las brigadas especiales del
F. B. I.
, auxiliadas por fuerzas de la policía, estaban empeñadas en la agobiadora tarea de encauzar los miles y miles de coches, encerrados en aquellas calles, tratando de hacer desembocar el tránsito rodado por los finales de la Quinta Avenida.

La operación había empezado a las siete de la tarde y eran ya casi las once. Pero la cosa no había hecho más que empezar. ¿Hasta cuándo se prolongaría?

Los coches largos y negros de la policía cerraban las calles y se transmitían las órdenes recibidas desde el «Bureau» central. Los

hombres de a pie ocupaban las manzanas de casas, formando un verdadero cordón a lo largo de las aceras, al objeto de que ninguno de los coches aprisionados en el gigantesco cepo pudiese refugiarse en algún hueco o garaje.

La radio seguía dando instrucciones y dirigiéndose a la «Operación Diana», que era, en cierto lugar, televisada por los equipos gubernamentales. Flannigan volvió a comentar:

—¡Ahora la cogen, Dan, no te quepa duda!

Dan hizo un gesto de duda y preguntó:

—¿Siguen acusando los detectores la presencia de la bomba en ese sector?

—Sí; la carga de uranio está en esas calles, sin duda alguna. Los coches van pasando por los controles de la Quinta Avenida, y son examinados cuidadosa, pero rápidamente, por los equipos detectores que hay allí instalados. ¡No se escapará ni una rata!

—Está bien; te apuesto lo que quieras a que todo esto termina en el más estrepitoso fracaso —aseguró Dan, con convicción.

—¿Por qué motivo? —replicó el teniente—. La bomba está localizada. No pueden escamotearla en plena calle, ya que hay que suponer que no sea una pera, precisamente. Se tardará más o menos, pero el coche o vehículo que transporta llegará al puesto de control. Entonces…

Dan volvió a sacar de su carterita la misteriosa hoja de papel de fumar, sobre la que estaba escrita la palabra «Babcob». Le dijo a Flannigan:

—He hecho algunos progresos en el revelado de esta misteriosa inscripción. ¿Qué has conseguido tú, Flannigan, que eres especialista en estas cosas?

El teniente volvió a disminuir el volumen de la radio, y contestó, sentándose al lado del «Jovencito»:

—Yo no he avanzado nada, Dan, lo confieso. He realizado una minuciosa investigación de tipo geográfico, tratando de relacionar el vocablo con algún lugar de posible origen. Las conclusiones que de esta investigación se deducen resultan un poco absurdas. No; no creo que «Babcob» esté relacionado con el origen del artefacto.

—Yo tampoco —aseguró Dan.

—Puede ser un nombre simbólico —siguió diciendo Flannigan— sin una significación especial. Algún «*slogan*» relacionado con la

patente o marca.

—Puede ser —convino Dan—; pero es precisamente lo que tratamos de averiguar. El fundamento o significación de ese *slogan*. Quiero decir, Flannigan, las razones que lo determinaron. —«El Jovencito» continuó, después de una pausa: —Creo que te expliqué una vez, Flannigan, que hubo un hombre que pudo leer una vez este «Babcob» misterioso sobre la misma superficie del artefacto. De sus manos, que ya están bajo tierra, me llegó a última hora esta hojita de papel de fumar. El desdichado no pudo completar su información, pues fue asesinado antes de que yo pudiera hablar con él Se trata del crimen cargado a la cuenta de Paulette, ya sabes. Pues bien, dándole vueltas a mi cabeza he llegado a una conclusión, excesivamente simplista tal vez y que acaso provoque tu hilaridad. ¿No vio Batanello el vocablo «Babcob» escrito sobre el artefacto atómico en letras doradas? Pues bien: creo tener la significación precisa de las dos primeras letras. ¿Sabes lo que dicen?

—No —exclamó Flannigan, verdaderamente interesado.

—Muy sencillo —replicó Dan—. Dicen: ¡Bomba atómica!

El teniente se echó a reír y luego dio un largo silbido.

—¡Eres un genio, «Jovencito»! Ya tienes la significación de las dos primeras letras. ¡Duro con las otras!… A lo mejor tienes razón, y todo se queda en un anagrama. Y a propósito, Dan: no debes dejarte ver con tanta liberalidad; ¡ya sabes que te estoy buscando para llevarte a la comisaría, al objeto de que me expliques algo sobre aquello de la joyería

Mathew’s

y nos digas también cómo te marchaste de la penitenciaría!

—¿Queréis saber todo eso? —preguntó Dan con sorna—. ¡Qué curiosos! Está bien: he prometido ir contigo y cumpliré mi palabra. ¡Pero no quiero privarme de ver en qué acaba todo esto de la bomba atómica! Después de todo, si vamos a ser «atomizados» de un momento a otro, huelgan las explicaciones. ¿No te parece?

Flannigan se rascó la cabeza y volvió a levantarse para encender el aparato de radio.

—A ver si la han pescado va —dijo, y en aquel momento llegó Peter Greenwich, acompañado de Paulette.

—¡Hay en la calle un revuelo enorme! —dijo—. ¡No se puede dar un paso!

—¿Qué ocurre? —preguntó Dan.

—¡Los detectores han empezado a fallar de nuevo!

—Explícale eso a ese teniente de policía —dijo Dan con una risita; luego se encaró con Paulette—: Me acaban de recriminar por salir mucho a la calle. Dicen que estoy acusado de robo, homicidio y quebrantamiento de prisión. Te recuerdo, querida Paulette, que a ti te buscan por haber asesinado al pobre Bambino Batanello. Si caes en el cepo te será difícil salir de él.

—Y bien —replicó airadamente la muchacha—; ¿voy a estar todavía escondiéndome como una verdadera delincuente? Habría que ir allí, Dan, y poner las cosas en claro de una vez.

—No vale la pena —respondió Dan—. ¡Vamos a ser «atomizados» de un momento a otro!

—Voy creyendo ya —comentó Paulette— que todo esto de la bomba atómica es un camelo de proporciones mayúsculas. La gente ha empezado a reaccionar normalizando su vida. No se puede vivir bajo un clima de pánico constante.

La voz del locutor se dejó oír en el aparato de radio. Todos callaron para oír sus palabras.

«Los detectores Geiger han empezado a mostrar una tendencia inestable, en relación con la firmeza que acusaban hasta hace pocos minutos. Siguen evacuando vehículos los puestos de control, pero la operación se cree que durará aún algunas horas. Se confía en localizar el artefacto, de todos modos Luego seguían las órdenes ruegos a los automovilistas:

—¡Atención, atención a todos los coches y vehículos!… ¡Atención!… Se ruega que no afluyan al sector acordonado, y en caso de absoluta necesidad, realicen su tránsito por las calles…».

—Inestabilidad de los detectores Geiger, ¿eh? —preguntó Dan.

—El distrito acordonado es muy extenso —explicó Flannigan—; y la bomba está en movimiento todavía.

—Lo mejor que pueden hacer —comentó Dori, con una trágica ironía— es hacerla estallar. Sería un buen final. ¡Adiós detectores, controles, vehículos, etcétera, etcétera!

—¡Oh, no diga eso! —exclamó Paulette, estremeciéndose—. Vuelvo a tener miedo.

Dan se disponía a replicar, cuando sonó de manera insistente el timbre del teléfono. Peter Greenwich tomó el auricular y estuvo

escuchando durante unos momentos. Luego dijo:

—Es para ti, Dan.

—¿Para mí? —preguntó este extrañado; y se levantó para acercarse al aparato.

A través del hilo «el jovencito» oyó débilmente una voz bien conocida. Era Baxter quien le hablaba.

—¿Cómo te va, Dan? —le preguntó antes que nada; y el muchacho contestó que estaba perfectamente de salud.

—Escucha, Dan —le dijo Baxter a continuación—. El otro día no llegamos a una conclusión concreta. ¿Recuerdas que te ofrecí unos cuartos?

—Sí, desde luego; perfectamente.

—Bueno; tengo aquí disponibles para ti y te haré entrega de ellos en seguida, unos cuantos dólares… ¿Qué dices?

Hubo una pequeña pausa. Dan, antes de contestar, estuvo meditando unos segundos. Flannigan, Peter Greenwich y la muchacha se habían quedado mudos y lo contemplaban con curiosidad. Preguntó con voz opaca:

—¿Cuántos dólares, Baxter?

—Unos tres millones —le respondió la voz de Baxter sin la menor alteración—. Te los daré ahora mismo si vienes a verme, Dan. Puedes traer un maletín y no debes desconfiar de mí; ven con los hombres que quieras; pero ven. ¡Necesito consultarte algo, Dan, urgentemente!

—Está bien —respondió «el Jovencito»—; voy a pensarlo durante tres minutos. Luego tomaré una decisión. Adiós —añadió, y colgó el auricular sin esperar a nuevas explicaciones de Baxter.

Se dirigió a sus amigos.

—Es Baxter otra vez —dijo—. Me ha ofrecido tres millones de dólares si voy a verlo ahora mismo.

—¡No vayas, Dan! —le aconsejó Peter Greenwich—. ¡Quiere acabar contigo!

—No lo creo —contestó «el Jovencito»—. Parecía desconcertado, cosa insólita en él. Debe estar en algún aprieto grave.

—No deberías ir, Dan —opinó Flannigan también.

—Tengo que decir —intervino Paulette— que a mí nunca me pareció Baxter el hombre terrible que ustedes aseguran. Estuve en su poder un buen número de días, y me trató con todo género de

consideraciones. Aparte de su manía por hacer barquitos de madera, parece un hombre inofensivo.

Dan se echó a reír.

—¿Recuerdas a Dillinger, Paulette?… Pues bien, Baxter tiene mucho más temperamento y es infinitamente más peligroso. ¡No le conoces!

—En ese caso no vayas, Dan —declaró la muchacha.

—¡Voy a ir! —exclamó «el Jovencito»—. ¡Y voy a ir solo, además!

—Pero eso es una temeridad, Dan —exclamó Peter Greenwich—. ¡Yo iré contigo en todo caso!

—No, no… ¿Habéis dejado el coche abajo, Paulette?

—Sí, abajo está.

—Voy a ir. Esta entrevista puede ser interesante, muy interesante.

Cuando «el Jovencito» tomaba una determinación, era inútil tratar de convencerle de lo contrario. Sus amigos optaron por callar, y Dan pasó al interior del piso para vestirse, cosa que efectuó con una inusitada rapidez. Reapareció vestido con un traje obscuro y un flexible marrón, llevando al brazo un abrigo ligero. Se dirigió a Flannigan.

—Escucha, teniente —le dijo—: si dentro de una hora no he aparecido por aquí, coge un buen número de polizontes y rodea sin contemplaciones la casa de Baxter; me iré contigo a la comisaría derechito si logras arrancarme con vida de sus garras Además de responder por todas esas cosas en que parecéis tan interesados, os daré material para que llevéis a Baxter a la silla eléctrica. ¿Hace?

—Es una buena proposición —convino Flannigan—. ¡Aceptado!

Dan estrechó la mano del teniente y de Peter Greenwich; luego dio a Paulette un cariñoso beso en la mejilla.

—Hasta la vista —agregó, saliendo rápidamente de la habitación.

* * *

Pocos momentos después estaba ante Baxter, con la mayor tranquilidad del mundo. Éste le preguntó, un poco receloso:

—¿Has venido solo, Dan?

—Completamente solo —replicó «el Jovencito»—: cuando se vienen a recoger nada menos que tres millones de dólares, no convienen las compañías. ¿Pensabas que iba a traerme una escolta?

—¡Ah, Dan, cuánto te agradezco ese gesto! —exclamó Baxter, sinceramente conmovido—. Siempre he dicho que tú y yo podríamos hacer grandes cosas. Porque me gustas mucho, Dan, y te quiero de veras.

—Está bien, está bien, Baxter —exclamó «el Jovencito» riendo—; no me abrumes, por favor, y dime en qué puedo serte útil.

—Verás.

Baxter se levantó y se dirigió a un pequeño cuadro que había en la pared; levantó la pintura hacia lo alto, a manera de persiana, y quedó descubierto una pequeña caja fuerte empotrada en la pared. Baxter sacó una llavecita de su bolsillo y abrió la cerradura, después de marcar sobre los botones acerados la combinación clave.

—Tú no necesitarías esta llave para abrir esto, ¿eh, Dan?

—Sin embargo, alguien abrió la caja de la Mathew's en Chicago, y no fui yo precisamente. ¡Estoy rabiando por saber quién fue, Baxter!

—¿Todavía andas pensando en esas tonterías, Dan? Si tú, no fuiste el que abrió aquella caja, lo haría a lo mejor algún alumno tuyo. El trabajo tenía tu escuela, convendrás en ello.

—Sí; pero no lo hice yo. Es lo que quiero decir.

—Bueno, deja eso. —Baxter había sacado de la caja un grueso envoltorio y se dirigió con él al lugar en que estaba sentado Dan. Lo puso sobre una pequeña mesita y empezó a desenvolverlo. Luego sonó el timbre del teléfono, y Baxter suspendió la operación. Dan le vio ponerse a la escucha, y decir:

—Está bien… Conformes… Dos horas más, ¿eh?… Sí, creo que sí… —A continuación colgó el aparato y acabó de desenvolver el paquete. Los ojos de Dan se desorbitaron. En billetes ele quinientos y mil dólares había allí una verdadera fortuna, algo nunca visto por él. Baxter le dijo:

—Aquí tienes… los tres millones, aproximadamente… Son para ti, Dan, como te prometí por teléfono. Pero tienes que aliarte conmigo en una gran empresa y sacarme de un pequeño aprieto…, de un gran aprieto tal vez. ¡Necesito para llevarlo adelante un

hombre como tú!

—¡Habla de una vez, Baxter! —le instó «el Jovencito» con gesto duro—. ¿Hasta cuándo vas a estar dándole vueltas en la cabeza? ¿Para qué me has llamado?

—Sí, tienes razón. Sé que eres un hombre ambicioso y que te gusta el dinero. ¡Tendrás éste y diez veces más, Dan! Podrás irte a cualquier lugar de la América del Sur en plan de virrey: palacios, yates, terrenos inmensos, joyas principescas, ¡lo que quieras!

Dan cerró los puños en una crispación.

—Te ruego que no me des más explicaciones, Baxter. ¡Di lo que quieres de mí!

—Te lo diré, te lo diré en seguida. Pero antes de oírlo oye una cosa, Dan. Si después de oído lo que te voy a decir no te unes a mí, irremediablemente habrás firmado tu sentencia de muerte.

—Está bien, está bien… ¡Habla! —volvió a decir «el Jovencito».

—Un minuto más o menos, lo mismo da. Y quiero que queden las cosas bien establecidas. Digo que ni yo mismo aunque quisiera podría hacer nada en tu favor. Después que conozcas lo que vas a oír, quedas maldecido, apestado, amarrado de siempre y por siempre a esta organización, a este pacto, por decirlo así, con el diablo. ¿Aceptas, Dan?

—¡Acepto! —exclamó «el Jovencito» con acento seguro.

—¿Aceptas las riquezas de Creso, los millones sin límite, a cambio de poner tu actividad, tu inteligencia al servicio de una causa audaz y subversiva, revolucionaria, criminal si se quiere?

—¡Acepto! —volvió a decir «el Jovencito», y su contestación tenía todo el carácter de un juramento siniestro que lo envolvía en unas redes desconocidas y turbias, negras e irrompibles—. ¿Es que necesitas algo más para hablar?

—¡No! —exclamó Baxter—. Voy a decirte lo que quiero de ti.

Y entonces el corazón de Dan se quedó casi paralizado de emoción, de alegría y de sorpresa cuando oyó decir a Baxter con una voz apagada y glacial que parecía venir de ultratumba:

—El artefacto atómico que hay en Nueva York está bajo mi control, Dan. Y ahora mismo estoy en un grave aprieto que no sé cómo salir de él. ¡La bomba atómica está ahora mismo en un coche de mi Organización, que está aprisionado en la Calle Veinticinco! Aun tardará más de dos horas en llegar al puesto de control.

Los ojos de Dan estaban velados por una niebla que ocultaba el tumultuoso torbellino de sus pensamientos. Contestó:

—Yo arreglaré eso, Baxter.

El tallista suspiró con un profundo alivio.

—¡Lo sabía! —exclamó—. ¡Sabía que la solución estaba en tu cerebro, nada más que en tu cerebro! ¡Esos técnicos! —añadió despectivamente.

—¡BABCOB! —exclamó Dan maquinalmente—. ¡Bomba Atómica Bajo Centro Organización Baxter! ¡Es ésa la solución!, ¿la significación del vocablo que está grabado sobre el artefacto? —preguntó—. Ésa es —respondió lacónicamente Baxter—. Información de Batanello, ¿no es así?

—Sí; información del desdichado Bambino Batanello —corroboró «el Jovencito». Luego preguntó—: Dame con exactitud la situación del coche que lleva la bomba, y diles a tus técnicos que pasen. ¡Vamos a discutir la situación!

* * *

Tres horas después, el último coche apresado en la gran «Operación Diana» pasaba sin novedad por los puestos de control de la Quinta Avenida. Los detectores Geiger seguían acusando la presencia de la carga atómica en aquel sector, vacío ya de toda clase de vehículos. La bomba, según los técnicos oficiales seguía allí. ¡Y en movimiento!

¡La «Operación Diana» había fracasado estrepitosamente!

# CAPÍTULO X

## EL «X-III» INFORMA

*Mr*. Hoddier llegó de mal humor a su oficina; se quitó el gabán y el sombrero, y abrió en seguida el altavoz interior.

—¿Señorita Patton? —preguntó.

—Buenos días, *Mr*. Hoddier —le contestaron—. Mándeme lo que quiera.

—¿Hay correo? —volvió a preguntar el jefe de todas las fuerzas del *Bureau* central.

—Se lo paso en seguida.

Unos instantes después la señorita Patton dio unos golpecitos a la puerta del suntuoso despacho, y recibió seguidamente la consigna que la autorizaba a entrar en el santuario, por así decirlo, del cual emanaban todas las directrices, órdenes y movimientos de los muchachos del F. B. I., una de las organizaciones más eficaces y temidas de todos los Estados Unidos.

La señorita Patton, una rubita estilizada y distinguida, depositó sobre la mesa de su jefe un verdadero montón de sobres, la mayoría de ellos de carácter netamente oficial. *Mr*. Hoddier preguntó:

—¿Es esto todo?

—No —replicó la señorita Patton, abriendo una cartera de cuero que llevaba debajo del brazo—. Hay algo más. Debe ser importante, *Mr*. Hoddier, porque está contraseñado con el «urgentísimo» y el

«reservado, personal y de alto secreto».

*Mr*. Hoddier frunció el ceño y se mordió de manera imperceptible el labio inferior, signo que en él era característico y que denotaba su profundo interés.

—¡A ver, a ver eso! —exclamó, tendiendo la mano hacia su secretaria, que le tendió un abultado sobre azul.

—¿Quién lo ha traído? —preguntó *Mr*. Hoddier.

—Era un agente, señor. Vino esta mañana, muy temprano por cierto. Encargó que se lo entregase en seguida al llegar usted al despacho.

—Está bien, señorita Patton. Puede retirarse ahora.

La rubia secretaria salió del despacho, y Míster Hoddier rasgó precipitadamente la envoltura de aquel sobre «reservado, personal y de alto secreto». Pudo comprobar en el acto que, como había supuesto, los pliegos del informe estaban escritos en clave. Y en una de las claves más reservadas y secretas de todo el F. B. I… reservada tan sólo para los altos jefes y elementos destacados del mismo.

Volvió a llamar a la secretaria y ordenó la comparecencia de Stephen, el experto en criptografía del Departamento. Stephen tardó más de una hora en llegar, y *Mr*. Hoddier estaba ya impaciente cuando por fin entró en el despacho.

—¿Cómo ha tardado tanto en venir, Stephen? —preguntó con el ceño fruncido.

—Mi despacho está a doce kilómetros de aquí, señor. Cuando recibí el aviso estaba trabajando. Lo dejé todo para acudir a su llamamiento. —*Mr*. Hoddier le alargó el informe recibido.

—Necesito esta traducción en seguida, con urgencia, Stephen. ¿Cuándo me la va a traer?

El experto tomó los pliegos y los repasó concienzudamente. Luego apretó los labios. Dijo:

—A las seis de la tarde trabajando mucho.

—¡A las seis de la tarde! —exclamó, malhumorado *Mr*. Hoddier —. ¿Está loco? Lo quiero ahora, polla mañana. ¿No se da cuenta de que es «urgentísimo»?

—Me doy cuenta, *Mr*. Hoddier; pero esto está en clave circular, que es la más laboriosa de descifrar. Y tengo que hacerlo yo sólo sin ayuda de nadie. No pienso dormirme, señor —agregó, para disculpar el plazo que había solicitado.

*Mr*. Hoddier exclamó, viendo que no había otra solución:

—Bien, hágalo como sea si no hay otro remedio. A las seis en punto quiero verle de nuevo en la puerta de este despacho.

—Haré lo posible, *Mr*. Hoddier —dijo Stephen, y se dispuso a salir, con una inclinación, después de haberse guardado el misterioso pliego en su cartera. El jefe, cuando va estaba en la puerta, le detuvo.

—¡Ah, Stephen, se me olvidaba! —exclamó, y el perito se detuvo —. No se vaya solo, ni venga luego tampoco sin una escolta de dos muchachos. Vea a Connington, que debe estar abajo, y que le nombre dos agentes.

—De acuerdo, señor.

Stephen salió. *Mr*. Hoddier se levantó entonces, llenó su pipa de tabaco rubio, y se dirigió al gran planisferio de la ciudad. Tomó una silla y sentóse junto al tablero de mandos. Luego pulsó algunos botones, y una parte del mapa urbano se iluminó. Los ojos del jefe general del *Bureau* se fijaron, con una absoluta fijeza, en el intrincado laberinto de aquellas calles iluminadas.

—Aun no me explico —murmuró para sí— *cómo* ha podido fallar esta «Operación Diana», tan *cuidadosamente* preparada. *Tenemos frente* a nosotros una poderosa inteligencia. ¡Pero la *venceré*! —Exclamó, cerrando los puños. —¡Claro *que* la *venceré*!

* * *

*Mr*. Hoddier no salió aquel día de su despacho y se hizo servir allí mismo un almuerzo ligero. Recibió innumerables visitas y despachó la correspondencia que había recibido en el correo de la mañana. A las seis menos cuarto, con alguna antelación sobre la hora prevista, se presentó Stephen con los pliegos descifrados.

—Es muy importante, señor… —murmuró—. ¡Un informe del agente «
X-III
»!

—¡Traiga, traiga! —replicó con nerviosismo—. Y espéreme en el otro despacho, Stephen, por si es precisa alguna aclaración.

Se enfrascó en el estudio de los documentos. A medida que avanzaba en la lectura del informe los ojos de *Mr*. Hoddier se

animaban, llenándose de una luz extraña. Se acompañaba una descripción detallada del misterioso «Babcob», artefacto de gran potencia, capaz de destruir toda la ciudad de Nueva York, pero *completamente inofensivo por el momento*, según palabras textuales del informe, por estar faltado, para poder provocar su explosión, del cebo de uranio activísimo y de la carga de «agua pesada». En una palabra, del «cebo» o fulminante capaz de desatar la fuerza atómica del uranio-51 que formaba el núcleo de la bomba.

> *El «Babcob» —según el informe— estaba en el interior de la ciudad bajo el control del célebre gángster Baxter, al cual se le había unido a última hora el no menos célebre «Jovencito», escapado últimamente de una penitenciaría de Chicago, después de haber asaltado con violencia los locales de la famosa joyería*
> *«Mathew's*
> *», de aquella localidad Ambos gangs se habían unido para el turbio negocio de amparar y ser custodios del terrible artefacto, en espera del momento en que este explosivo debiera hacer explosión, en cuyo momento un extranjero se presentaría en la ciudad trayendo el cebo de uranio activísimo.*

Luego seguía una explicación clara y concisa con respecto a los fracasos de las operaciones «Norma» y «Diana».

> *La primera de ellas había fracasado por estar cimentada sobre hipótesis demasiado inamovibles y rígidas, como era el concepto de que la bomba estaba escondida en cualquier lugar de Nueva York, en sólidos cimientos y con un emplazamiento permanente o poco menos. La «Operación Norma» desembocó en un rotundo fracaso por haber mantenido estos principios, y la bomba, al verse acosada por los cazadores «Geiger», solamente necesitó, para burlarlos, ponerse en movimiento. En un*

*instante dado, el «Babcob» empezó a andar, y entonces los «Geiger» se mostraron desconcertados e inútiles.*

*Mr*. Hoddier llegó finalmente a las circunstancias que explicaban el fracaso de su «Operación Diana», tan cuidadosamente preparada.

*La «Operación Diana» se había montado, al contrario de la «Operación Norma», con vistas a atrapar a un artefacto que se movía ininterrumpidamente por las calles de Nueva York. Se hizo el cepo y se colocaron controles, aprisionando a una enorme cantidad de vehículos. Los «Geiger» acusaban de manera indistinta la presencia en el sector acordonado del artefacto atómico, colocado sobre una plataforma que estaba en movimiento. Se evacuó el tráfico en una maniobra gigantesca, hacia los puestos de ojeo, desde donde habrían de hacer los cazadores «Geiger» el impacto definitivo. Pero ¿qué ocurrió? Todos los coches y camiones, autobuses, etc., fueron evacuados sin el menor resultado. ¡El artefacto siguió acusándose en la zona acordonada, en las mismas condiciones que determinaron el comienzo de la «Operación Diana»! La bomba continuaba en un sector vacío completamente de vehículos, y estaba además en movimiento.*

*«¿Qué solución se ofrecía a este problema? Considerado por partes podían establecerse dos premisas: primera, si la bomba atómica, según los "Geiger", seguía en aquel sector después de haber desaparecido los coches, es que no estaba ya en un coche, dando por bueno el informe de los detectores atómicos. Si estaba en el sector, se movía y no estaba en un coche… Conclusión: se movía sobre otra plataforma que no era un coche. Y ahora, de conclusión en conclusión, llegamos a la última deducción en este intrincado laberinto. Si la bomba estaba en una plataforma que no era un vehículo rodado pero que se movía de manera regular, está claro que esta plataforma*

*no podía ser más que… ¡un ascensor!*

*»La bomba, al verse acorralada, fue depositada en un ascensor para que su movimiento siguiera dando a los "Geiger" la misma sensación magnética que experimentaron en los momentos iniciales. Y aquí se podría levantar a la argumentación que tengo el honor de elevar a vuestra señoría, la objeción del peso y volumen del artefacto, impropio para ser removido en medio de la calle y trasladado a uno de los ascensores de los grandes rascacielos del distrito acordonado.*

*»No obstante, este inconveniente fue salvado a última hora por la oportuna intervención de un técnico al servicio del gang que controla el artefacto, el cual, en plena calle, desmontó rápidamente la carga de uranio-51, haciéndola pasar a un maletín con forro de plomo, y dejando que el vehículo, desprovisto ya de su carga radioctiva, pasase sin responsabilidad por los puestos de control de los detectores "Geiger". Luego, la carga de Uranio-51 fue depositada en uno de los ascensores, según he dicho, para mantener la agitación magnética de los referidos detectores, determinando, en resumen, el fracaso momentáneo de la "Operación Diana".*

*Mr*. Hoddier, con los codos apoyados sobre la mesa, siguió enfrascado en la lectura del alucinante informe, que continuaba:

*«El artefacto atómico fue mantenido durante tres días en su nuevo emplazamiento móvil, esto es, en uno de los ascensores que permanentemente se mueven en el casco urbano de la población. Hemos dicho el "artefacto atómico", y hemos hablado con notoria impropiedad, ya que ahora no se trataba más que de su carga radioactiva, del tamaño de una manzana, aproximadamente, separada de su envoltura metálica, o sea del cuerpo fusiforme y acerado de la bomba, que atravesó impunemente los*

*puestos de control disimulado en el chasis de un gran coche de gran turismo. Al cabo de tres días de carga atómica fue asimismo removida de su emplazamiento móvil, y actualmente…*

*»Pero antes de continuar adelante —seguía el informe — tengo el honor de informar a vuestra señoría que momentáneamente resultaría improcedente del todo determinarse a la captura del gang comprometido en el asunto, ya que esta decisión nos privaría de capturar al agente que ha de llegar con el tubo de uranio activísimo (cebo del artefacto), y cuya llegada, según los informes que poseo, es ya inminente. Resultará fácil en ese momento proceder a la captura de todos los agentes comprometidos en este turbio negocio, al tiempo que podremos completar los datos que nos faltan para hacer una reconstrucción veraz de toda la trama raíz del peligroso affaire, que ha sido confiado a nuestro celo y servicio. Ruego, por tanto, a vuestra señoría con los máximos respetos, se digne tener este informe como confidencial y secreto en tanto no se presenten nuevas circunstancias, de las que informaré, a vuestra señoría cumplidamente. No debe ser tomada ninguna medida como resultado de este informe previo, que con fecha de hoy remito también al Excmo. señor secretario general de Defensa, y al presidente de la República.*

*»Con todos los respetos —terminaba el informe— le saluda y queda a sus órdenes, señor, el agente “*
*X-III*
*.— Nueva York”.*

*Mr.* Hoddier respiró profundamente al acabar la lectura del documento. Luego sacó el pañuelo y se enjugó unas gotas de sudor que perlaban su frente. ¡Aquello era demasiado! Abrió el altavoz interior y exclamó, con tono destemplado:

—¡Una conferencia urgente con la secretaría de Defensa, señorita Patton!

—Está bien —le contestaron.

La conferencia tardó cerca de media hora, ya que no resultaba fácil obtener una comunicación directa con aquel alto organismo, ni aun para Míster Hoddier, que en su calidad de jefe superior del *Bureau* tenía categoría de ministro, y era recibido en la misma Casa Blanca con extrema facilidad.

—¡Quiero hablar con el secretario, con el secretario en persona! —pidió, una vez que le hubieron puesto con el Departamento en cuestión.

No pudo conseguir su propósito, pues el secretario estaba en el Pentágono reunido con los altos jefes militares; pero se puso al habla Fulton, el brazo derecho del Departamento y la «eminencia gris» de todo el secretariado de Defensa. Fulton era un buen amigo suyo, y se echó a reír al escuchar el tono destemplado de *Mr*. Hoddier.

—Le doy mi palabra, Hoddier —le dijo—, que ni yo mismo conozco la identidad de ese misterioso agente «
X-III
». Se trata de una designación personalísima del señor secretario.

—Pero yo como jefe de todas las fuerzas del
F. B. I.
—replicó amoscado *Mr*. Hoddier— no puedo pasar por más tiempo por este estado de cosas. ¡El que yo desconozca la identidad de uno de mis subordinados es un sarcasmo!

—Me hago cargo, Hoddier —le dijo el otro, tratando de contemporizar—; pero estas cosas del servicio son así, y usted lo sabe mejor que nadie. Además creo que no tardará en conocer la identidad de este hombre. Es decir —agregó—, creo que no tardaremos, porque yo estoy también rabiando por conocerlo y echar una parrafada con él.

—Está bien. De todos modos, Fulton, haga mi protesta al secretario.

—Lo haré, Hoddier. Recibió usted su informe, ¿no es así?

—Lo tengo encima de la mesa. Me da órdenes, poco menos. ¡A mí!

Fulton volvió reírse de nuevo.

—No, no es eso. No hay que tomar así las cosas. Es un hombre extraordinariamente capaz y acaba de hacer al país un magnífico servicio. Hoy, gracias a su intervención, podemos respirar tranquilos. Y le diré otra cosa, si es que no la conoce todavía, *Mr*. Hoddier: las supuestas bombas de Boston y de Chicago son inexistentes. Podemos estar tranquilos. No hay más artefacto que el de Nueva York, y ése no tardará en estar en nuestras manos. Naturalmente, usted tendrá que dar la batida final…

—¡Naturalmente! —respondió *Mr*. Hoddier, de mal humor, y luego colgó el auricular después de una despedida formularia.

# CAPÍTULO XI

## SALDO PARCIAL

Flannigan entró sin previo anuncio y se plantó en jarras delante de la reunión íntima, en el piso particular de Peter Greenwich.

—Traigo malas noticias para ti, «Jovencito» —exclamó, frunciendo los labios.

—De un, polizonte nunca puede esperarse nada bueno —respondió Dan filosóficamente—. ¿Qué hueso se te ha roto?

—Lo de esta señorita anda mal.

Paulette se sobresaltó.

—¿Trata de meterse conmigo, teniente? —preguntó.

—Me temo que sí. Tengo orden de llevarla a la comisaría, en un plazo de cuarenta y ocho horas, sin excusa ni pretexto. No quisiera jugarme la carrera, ya lo comprenderán.

—¡La carrera! —exclamó malhumorado Peter Greenwich—. ¿De qué les sirve a ustedes la carrera? ¿Por qué no se dedican a cazar a los asesinos de Bambino Batanello, en lugar de tratar desconsideradamente a mujeres inocentes?

—¡Las evidencias, señor abogado; las evidencias! En aquella casa de Manhattan había una mujer que jura y perjura haber visto cómo Paulette ametrallaba a Batanello.

—Pero ¡eso es una infamia! —gimió Paulette.

Dan intervino.

—Tú sabes que no fue Paulette Flannigan. ¿Por qué no lo informas así?

El teniente dio un hondo suspiro, y exclamó:

—A veces no suelen tomar en la Jefatura, al pie de la letra, las

cosas que uno dice en sus informes.

¡Qué más quisiera yo! Hace falta escribir papeles, nombrar jurados y defensores. Mucha gente come de eso. Greenwich, y se lo digo a usted porque usted sabe mejor que nadie. En fin —agregó—, no me miren todos con esos ojos asesinos. ¡Yo no soy el padre de la criatura, al fin y al cabo!

Dan sonrió.

—Siéntate y echa un trago, Flannigan —dijo. Luego se dirigió a Paulette—: Anda, sírvele algo a este sabueso, que viene tratando de meterte entre rejas. Hay que devolver bien por mal.

La muchacha se levantó, de mala gana, y compuso un refresco para el policía.

—No me eche mucho veneno, Paulette —le dijo éste, y ella desarrugó el ceño, con una sonrisa.

—Se merecía eso y mucho más —comentó, al traerle el vaso de ponche.

Dan suplicó a sus amigos que le dejaran solo, y Peter Greenwich salió de la estancia, en compañía de Paulette. Entonces Dan, después de una pausa, exclamó:

—Quiero ayudarte en ese servicio del caso Batanello —dijo— v Bambino era un excelente amigo y aliado, que perdió la vida por ayudarme. Yo puedo decirte, Flannigan, quiénes eran los hombres que lo mataron, y dónde podrás encontrarlos.

El rostro de Flannigan se iluminó.

—¿De veras que harás eso, Dan? —exclamó con entusiasmo, aproximando su silla a la que ocupaba el «Jovencito».

—No me resultaba práctico, en estos instantes, darte esa información, teniente; pero quiero que Paulette pueda dormir tranquila, aunque te advierto una cosa: no te será fácil hacer cantar a aquellos tipos, si logras capturarlos.

—Eso corre de mi cuenta, Dan.

—Y deberás hilar muy delgado —añadió—; todos ellos llevan la pistola ametralladora debajo del sobaco y saben sacarla a tiempo, puedes creerme.

—Bueno; si me voy al otro barrio me mandas unas flores, con una bonita cinta morada que diga «Recuerdo de Dan». ¡No tengo niños que me lloren, ni siquiera una mujercita que me haga por las tardes una taza de té! De modo que desembucha, que estoy

impaciente.

—Verás —le dijo el «Jovencito»—: convendría ir por partes, inventando algo que pusiese a cubierto mi buena reputación. Quiero decir con Baxter, que es un viejo zorro. El otro día no llegamos a ponernos de acuerdo, en el asunto de las compañías frigoríficas, y debo cuidarme para que no sospeche de mí. Esto podría determinar el estallido de sus furores y no estoy para camorras, Flannigan, puedes creerme.

—¿Es que le tienes miedo a Baxter, «Jovencito»? —preguntó Flannigan con sorna, y Dan le dijo que sí, que le tenía miedo, porque estimaba en mucho su actual tranquilidad.

—¿Cómo haremos entonces? —volvió a preguntar el policía, intrigado.

—Ahora lo verás.

Dan se levantó, fue al teléfono y marcó el número de Baxter. El jefe no estaba en casa y el «Jovencito» se congratuló de ello.

—Dime si puedo hablar con Joe, Ralf —le dijo al que había tomado el aparato—. Es urgente.

Poco después, el mismo Joe vino al aparato y le hizo un saludo cordial, en plan de camaradería, que Dan recibió con disimulo, procurando que el teniente no se diera cuenta de aquella familiaridad.

—Escucha, Joe —le dijo, alto ahora para que el teniente se enterara bien—: No vayas esta noche al «Gallo de Plata». Ni tus amigos tampoco. Ya te explicaré por qué. —Dan hizo unos gestos con la cabeza, y luego añadió—: Sí, sí; desde luego… Hay malos vientos, Joe… Está bien; yo cumplo con avisarte… —Luego colgó el aparato y se encaró nuevamente con el policía—: Ya está —dijo—. Esta noche tienes que ir al «Gallo de Plata» y armar un poco de alboroto. Llévate unos cuantos guardias, saca las armas y cachea a la gente. En fin, todas esas cosas que tenéis tan bien aprendidas. Luego, al irte, o antes si lo prefieres, pregunta por Joe, por Sam y por Alexis, los tres inseparables amiguitas de la casa «Baxter y C. o». Di que van allí todas las noches y que no deben esconderlos. Regístralo todo, haz una pequeña comedia y luego te largas con viento fresco. Nada más.

El teniente, que había escuchado en silencio todo el discurso de Dan, comentó:

—¿Y no sería mejor pescarlos allí, vivitos y coleando? ¿Cuál es tu juego, Dan, si puede saberse?

—Quiero actuar de ángel protector, Flannigan. ¿Es que no te das cuenta? Mañana, los tres amiguitos y el mismo Baxter me estarán altamente reconocidos por el servicio. Verán que soy un hombre leal, en este terreno, y cuando les eches la zarpa, no sospecharán de mí. Diplomacia, así se llama esta figura. Hay que obrar muy diplomáticamente, Flannigan. —Luego el «Jovencito» agregó—: Haz lo que te digo y todo irá bien.

—De acuerdo —dijo el teniente, levantándose para salir.

Dan agregó todavía:

—¡Ah, escucha! Di en la oficina que dejen tranquila a Paulette, si no quieren que vaya allí con la atómica en el bolsillo y la haga estallar en el despacho del jefazo.

El teniente se echó a reír.

—¿Qué hay de eso? —preguntó—. ¿Por dónde anda el misterioso artilugio? ¿Se mueve? ¿Está quieto? ¿Qué nueva «operación» preparan las huestes de *Mr*. Hoddier?

—Tú sabrás —contestó Dan, riendo—. A mí no me lo han dicho.

Dan se preparó para salir y le rogó a Peter que fuera por el coche.

—Vamos a ver si cobramos esta pequeña factura, Peter —le dijo —. No quiero que el pobre Batanello diga, desde el otro mundo, que el «Jovencito» le dejó sin una revancha justa.

—¿Sabes, con seguridad, quiénes fueron los autores de su muerte? —preguntó el abogado.

—Con absoluta seguridad, Peter. ¡Como que me lo contaron ellos mismos! —respondió Dan, riendo.

Al salir, en unión de Peter, gastó a Paulette una broma trágica.

—Vamos a comprarte ropa de reglamento, para tu larga internada en la Penitenciaria. La que dan allí es muy mala —le dijo, apretándole la barbilla. Ella hizo un mohín delicioso, y Peter Greenwich añadió:

—No te preocupes mucho, a pesar de todo, porque tendrás un buen abogado.

—¿Dónde vamos? —preguntó Greenwich, que se puso al volante.

—A ver a Baxter. Tengo que pulsar la situación, minuto a

minuto.

El prodigioso tallista estaba empeñado en una obra de gran envergadura y tamaño; nada menos que un acorazado moderno, con sus torres, sus baterías pesadas y todo su imponente aparato.

—¡Cielos! —exclamó Dan, fingiéndose asombrado—. ¡No podía imaginarme que te atrevieses con esto!

—¡Bah! —exclamó Bax despectivamente—. ¡He ahí la ignorancia en cuestiones de arte! A todos los profanos os asusta el tamaño, ¿eh? Sin embargo, esto es mucho más fácil que un barquito pequeño, de estilo antiguo.

—¿De veras? —preguntó Dan, poniendo cara de asombro.

—¡Claro! Es la línea lo verdaderamente difícil. Conseguir la línea del navío, he ahí el secreto. Y estas líneas modernas son sencillísimas, si las comparas con las antiguas.

—Vaya, vaya. Creo que tendré que empezar a practicar, cuando esté por allá, en mis posesiones de la Argentina o de Chile.

—Y te gustará, «Jovencito», no lo dudes ¡Es apasionante!

—Lo comprendo —replicó Dan, y luego preguntó, sin transición —: ¿Han salido esos tres? Me refiero a Joe y compañía. Les avisé de algo hace poco tiempo, y venía a completar mi información. Tú no estabas aquí.

—Ya estoy enterado, Dan —contestó Baxter, sin dejar de hacer astillas—. Los hombres no están, pero dime lo que ha ocurrido, porque me interesa mucho.

El «Jovencito» miró con disimulo a su amigo, haciendo ver que su atención estaba concentrada en la talla del acorazado; en realidad, estaba tratando de escudriñar aquellos ojos pequeños y vivos, en los que creía adivinar una peligrosa luz de desconfianza.

—La información viene de Peter Greenwich, mi abogado, que como sabes es un hombre que se mete por los juzgados y por las oficinas de la «poli». Ayer tuvo que asistir a un careo, en un caso de estupefacientes que tiene entre manos. Y, para no alargar más la cosa, pudo saber que hoy habría una visita al «Gallo de Plata», en busca de tres sujetos. La información se la dio, en el terreno confidencial, uno de los agentes designados para tal servicio Peter, como es costumbre en él, sonsacó al policía por pura casualidad, y se enteró, al fin, de que iban tras los hombres del caso Batanello. Tienen las fichas de los tres y buscan, concretamente, a Joe, a Sam

y a Alexis. ¿No fueron ésos los hombres que hicieron aquel servicio?

—Es muy extraño todo eso, Dan —dijo Baxter, con la voz velada.

—Lo comprendo —convino Dan—. Yo avisé en seguida al propio Joe, para que esta noche se abstuviese de ir por allí. Habrá que esperar a ver lo que pasa.

—Sí; habrá que esperar —respondió Baxter, y siguió haciendo astillas para perfilar su acorazado.

Dan se levantó, con ánimo de marcharse.

—Bueno —dijo—, si no me necesitas para nada…

—¿Es que te marchas, Dan? —preguntó Baxter, al verle en disposición de salir.

—No quiero interrumpir tu trabajo.

—No, no, quédate —le dijo el tallista—; no me molestas en absoluto. Y tenemos que hablar. Aquello salió el otro día mejor de lo que yo me figuraba, y quiero darte las gracias. ¡Siempre dije que tienes un gran talento, Dan! ¡Un gran talento!

—Vaya, no hay que darle tanta importancia a la cosa —aseguró, con indiferencia, el «Jovencito»—. Después de todo fue una solución sencilla.

—Sencilla después de ser expuesta por ti, Dan; pero todos esos técnicos, que se las dan de sabios, estaban hechos un verdadero lío. Y yo era el que tenía que decidir, en última instancia. ¡Qué sé yo de energía atómica ni de cosas de ese estilo! Te digo la verdad, estoy deseando salir de esto.

—Salida catastrófica y dantesca, ¿eh, Baxter? —exclamó el «Jovencito»—. Esta urbe grandiosa, que ha sido escenario de nuestros mejores triunfos, reducida a cenizas. Esos rascacielos ingentes, orgullo del orbe, esa vida, esa civilización que tan bien hemos sabido aprovechar y que nos ha rendido tantos y tantos provechos, atomizada de pronto. Nuestro «Babcob» se encargará de ello.

—Nosotros huiremos a tiempo —dijo Baxter—. Pondremos tierra por medio.

—Sí, nosotros pondremos tierra por medio, pero muchas mujeres y muchos niños americanos perecerán. Convertiremos esta metrópoli en un gran infierno.

—¡Oye, oye, Dan! —exclamó Baxter, preocupado—: ¿Es que vas

a ponerte sentimental a última hora? ¿Qué te importan a ti las mujeres y los niños? ¿Te importaron alguna vez? El mundo es de los más fuertes y audaces, ya lo sabes. Los precariamente dotados no tienen derecho a la vida. ¡Éste es mi lema de siempre! Nosotros nos iremos a tierras del Sur, y los que perezcan aquí, después de todo, no habrán hecho más que adelantar un poco su hora final, cosa que al fin y al cabo no tiene demasiada importancia. Además, ¿qué me quieres decir? Supongo que tú sabías lo que era una bomba atómica, cuando aceptaste el pacto a cambio de unos millones de dólares, ¿no es así, Dan?

Dan se echó a reír de manera franca y abierta.

—¡Pues claro que sí, Baxter! —le dijo, dándole una palmada cariñosa en el hombro—. ¿Es que te has creído que hablaba en un tono de sinceridad? —Baxter fue a replicar, y el «Jovencito» continuó—: ¡Oh, no, querido! Te estaba hablando con el tono que emplearía un moralista pusilánime e imbécil, porque ya me imagino el lenguaje de la prensa, si es que queda alguien en pie para comentar el hecho. No creo que vayas a suponerme capaz de lloriquear como una jovenzuela, por unos ladrillos derruidos y unos miles de muertos. Al contrario, ¡me gustan esos platos de fuerte sabor!

Baxter se tranquilizó, y volvió a tomar su navaja y su tarugo de madera. Preguntó:

—Y dime, Dan: ¿Crees que el «Babcob» está ahora seguro donde lo tenemos?

—Segurísimo; la solución de alejar la carga de uranio-51 de la capital ha sido una gran idea. Los detectores «Geiger» no dan ahora indicaciones precisas, y todos podemos estar tranquilos. Los sabuesos del
F. B. I.
han perdido la pista. Cuando venga la porción de uranio activísimo que ha de servir de cebo, entonces, en un plazo de veinticuatro horas, puede quedar todo ultimado para la explosión. Un mecanismo de relojería puede montarse para provocar el estallido seis horas después de haber salido nosotros en avión hacia el Sur.

—Sí; ése es el plan —convino Baxter—. Nos iremos en avión, aunque supongo que todavía tendremos que esperar a la instalación de artefactos en otros lugares del país.

—¿Crees que habrá que instalar más bombas? —preguntó Dan, intrigado.

—Lo menos, seis más. Estamos esperando las piezas del segundo «Babcob» y necesitaré de ti. Las cargas explosivas no vendrán hasta el final, al aproximarse la hora «H», prevista para mediados de invierno. Y ahora quiero pedirte un favor, Dan, antes de que te vayas. Es el siguiente: Me molesta que mis hombres anden huyendo, cuando no hay pruebas contra ellos de ninguna especie. Voy a ordenar a Alexis y a los otros dos que vayan esta noche al «Gallo de Plata» y den la cara a la policía, como hombres inocentes que no tienen nada que temer.

Si andan huyendo, será peor, ¿no comprendes?, y se acusarán ellos mismos.

—Bien —convino Dan—; tú dispones las cosas como creas mejor. Yo he avisado.

—Sí; van a ir. ¡Y tú irás, con ellos, Dan, si no tienes inconveniente! —agregó Baxter, tratando de sonreír, pero con los labios contraídos.

—¿Yo? —preguntó Dan, extrañado—. ¿Con qué objeto?

—Para que los defiendas, en caso de fregado.

—¿Te olvidas que yo estoy casi sentado en la «silla», después de mi huida de Chicago? ¿Qué es lo que te propones?

—Así no te dejarás coger, «Jovencito», y dispararás con gana. ¡Anda, Dan, hazme caso y acompaña a esos chicos!

Dan se puso serio al ver que el otro continuaba envarado y le hablaba en un tono feo.

—Escucha, Baxter —le dijo—: Yo me he unido a ti para llevar adelante el asunto del «Babcob». Nada más. No formo parte de tu «gang», ni admito órdenes como un simple soldado raso. Y ahora me voy. —Se levantó—. Cuando me necesites para algo relacionada con el asuntó de los artefactos atómicos, me llamas. ¡Adiós!

Salió, sin volver la cara, en uno de sus gestos de audacia. A cada _paso que daba por la habitación, antes de llegar a la puerta, estuvo esperando la descarga de Baxter por la espalda, cosa en la que estaba éste altamente especializado. Sin embargo, Baxter no disparó.

Peter Greenwich, que le estaba esperando en el volante del coche, le vio llegar algo pálida. Le preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Hay algo de particular?

El «Jovencito» se sentó al lado de su amigo y le hizo un gesto para que arrancase con el coche. Luego dijo:

—Me temo haber jugado mal esta carta del «saldo parcial», Peter. Las cuentas, que no se te olvide esto, deben siempre cobrarse en su totalidad. Es mal negocio querer reintegrarse de algo en plazos parciales.

—Pero ¿qué ocurre? —volvió a preguntar el abogado—. ¿Es que estás en mala postura con Baxter? ¿Sabe algo?

—Yo no sé lo que sabe Baxter —dijo el «Jovencito»—, y en cambio, él sabe bien lo que sé yo. Y esto, en si, ya es una mala postura, ¡muy mala postura! Pero creo que todo podrá arreglarse. —Luego agregó—: ¡Pisa el acelerador, que tengo ganas de llegar a casa!

# CAPÍTULO XII

## EL DESQUITE DE BAMBINO BATANELLO

A las diez de la noche, Dan, el «Jovencito», temible y famoso *gángster* reclamado por el robo, con homicidio, en la «Joyería Mathew's», de Chicago, y cooperador en las actividades clandestinas para dar custodia, en Nueva York, a los artefactos atómicos que amenazaban la vida del país entero, se vistió de prisa un traje obscuro, de buen corte, y antes de ponerse la americana, se puso al hombro su correaje corto, como en los mejores tiempos de su actividad. Luego rebuscó entre sus armas y eligió una pistola pequeña, del siete treinta y cinco, que introdujo con cuidado en la funda de cuero, después de cargarla hasta el completo, dejando una bala en la recámara.

Terminó de cenar, contento al parecer, y gastó algunas bromas a Paulette, que parecía lúgubre en vista de tales preparativos.

—Parece que me han quitado esta noche diez o doce años de encima —comentó.

—¿Puede saberse dónde vas? —preguntó por tercera o cuarta vez Peter Greenwich.

—A cumplir las órdenes de mi jefe —replicó, sonriendo—; para eso me paga, y muy espléndidamente por cierto.

—No querrás decir que intentas visitar «El Gallo de Plata».

—Sí; allí voy a ir precisamente. ¿Por qué no?

—Porque me parece una temeridad estúpida —objetó Peter Greenwich.

—Pero Baxter quiere que yo vaya.

—¡Naturalmente! Baxter quiere que la policía te haga un agujero en la piel, o, en el mejor caso, que te ponga una buena temporada a la sombra. Lo que no me explico es que tú quieras darle ese gusto.

—Todo tiene una explicación en este mundo, aunque no la veamos en ciertos momentos, querido Peter. En fin —agregó luego, terminando de tomar su postre de helado—, si me atrapan otra vez tendrás que echar mano a tus argumentos y filosofías… ¡Vete preparándolos!

Paulette se quedó de mal humor. Sentía por Dan un afecto especial y, desde algún tiempo atrás, había empezado a sentirse afectada de una manera alarmante con todas las incidencias que día a día se presentaban en la vida de aquel personaje. Ni a ella ni al mismo Peter Greenwich había Dan revelado la naturaleza de relaciones que le unían momentáneamente a Baxter. De haberlas conocido, es bien seguro que Paulette, al menos, habría desfallecido de angustia y de temor al ver embrolladas las actividades y la seguridad de su amigo de aquella manera tan lamentable.

Dan salió a pie, y aunque Peter Greenwich quiso acompañarlo durante un rato, el muchacho no lo consintió. Flannigan y los suyos estarían en aquella hora planeando la redada. Una redada que, según se había planeado anteriormente, debía terminar en fracaso. Pero ahora era distinto. Si los hombres de Baxter acudían a la trampa, haríanlo ya prevenidos. Habría jaleo gordo. Todo cogería de sorpresa a Flannigan, que estaba esperando otra cosa en virtud de sus informes. El teniente fuera en este caso el «desprevenido». Y para que la cosa resultara normal y nunca pudiera el policía hacerle reproches, estaba en la obligación de hacerle conocer el cambio de programa.

Se metió en un bar y pidió una ficha para el aparato de teléfonos. Luego marcó el número de la Comisaría. Flannigan no estaba, y el sargento de guardia no sabía nada de nada, ni aunque lo supiera hubiese dicho una palabra por teléfono. Llamó a su hotel, con el mismo resultado negativo. Aquello era peor. Dejó las cosas para última hora, y ahora no hallaba manera de evitar la sorpresa.

Regresó a su casa. Paulette, al verle, creyó que todo iría a quedarse en agua de borrajas, pero no fue así.

—Vístete, Peter, si quieres hacerme un favor —le dijo al abogado, que ya se había puesto su batín y estaba enfrascado en la

lectura de una novela—. Te necesito.

El abogado no se hizo repetir la orden, ya que le gustaba hacer de ángel guardián del «Jovencito», y siempre le consideraba más a salvo yendo a su lado que cuando se lanzaba sólo a sus aventuras y andanzas.

—¡Voy en seguida! —replicó—. ¡Un minuto!

La muchacha también se quedó mucho más tranquila al ver que los dos amigos salían juntos.

—Mira —le dijo Dan a su amigo, al llegar a la calle—; necesito que cojas un coche y trates de localizar a Flannigan, antes de que aterricen en el «Gallo de Plata». He llamado por teléfono, pero no está en la Comisaría ni en su casa. Le dirás que los hombres de Baxter están allí, porque el jefe les dio orden de acudir al sitio y disparar, si era preciso. Acaso estará alguien más. ¡Y yo con ellos, desde luego! Avísalo a Flannigan para que sepa a qué atenerse.

—¡Esto va a acabar mal, Dan! —susurró, temblando, Peter Greenwich—. Tu presencia allí es lo que no me explico.

—Quiero darle una lección a Baxter, que desconfía de mí. ¿Es que no lo entiendes? Baxter cree que yo he *cantado* lo del asunto Batanello, por formar desquite, ya que aquello fue, después de todo, contra mí. Bambino era uno de los míos, un excelente muchacho por cierto, y ellos lo mataren. Es lógico que yo quiera saldar esa cuenta parcial, como te dije esta mañana. Pero mis cálculos salieron mal, porque Baxter es más listo de lo que parece. A las primeras palabras se dio cuenta del juego. Se imaginó que yo había dado el soplo a la policía y que estaba preparando un «cepo», para que los asesinas de Batanello cayeran en él, tarde o temprano. En realidad, es así. Baxter no está equivocado, ya que yo quise engañarle y fracasé. Y ahora no tengo más remedio que continuar esta partida, so pena de perderlo todo, cosa que de momento no me conviene. Si yo no voy esta noche al «Gallo de Plata», Baxter dará por hecho que todo es cosa mía. ¡Tengo que hacer frente a la situación, oponiendo mi astucia a la suya! No tiene seguridad de que sus sospechas sean ciertas y quiere probarme. Pues bien: ¡voy a darle una lección!

Peter Greenwich meneó la cabeza.

—Todo eso está muy bien —dijo—; pero si los hombres de Flannigan te meten una bala en el pecho, la lección será para ti, y bien amarga, por cierto.

—De todos modos, tú avísale a Flannigan, como sea, de lo que ocurre.

—Lo procuraré. Si no lo consigo me apostaré en las proximidades del establecimiento, esperando su llegada.

Dan le dio a su amigo una palmada en el hombro, y luego se separó de él con un cariñoso, y optimista «Hasta luego». Tomó un taxi y se hizo conducir al «Gallo de Plata», que era un club equívoco de la periferia, frecuentado por gentes de muy dudosa condición.

Dan había estado alguna vez en aquel establecimiento, pero hacía bastantes años que no iba por allí. Al llegar tuvo la satisfacción de ver que no se apreciaba alteración notable, y que incluso la gerencia y la mayoría de los servicios estaban en manos de las mismas personas. Nadie le reconoció, y se alegró por ello.

—¿Han venido los muchachos de Baxter? —le preguntó al camarero, que le había traído la carta para la cena. Agregando—: Y no voy a cenar. Quiero una taza de café, nada más.

—Los muchachos de Baxter… —repitió maquinalmente el camarero—; no caigo.

—Busco a un hombre que se llama Joe, y a otros que se llaman Alexis y Sam —exclamó Dan—. ¡Vienen todas las noches!

—¡Ah, sí, señor; claro que sí! —dijo el camarero, cayendo en la cuenta—. Son tres buenos parroquianos. Pero no han venido; no, señor.

—Si vienen haga el favor de avisarme.

Luego se levantó y fue al teléfono para pedir una comunicación con Baxter, en persona. Éste se emocionó mucho, al parecer, cuando oyó de labios del «Jovencito», que estaba en el «Gallo de Plata», cumpliendo sus órdenes.

—¿Pero?, ¡Dan! —le oyó decir—. ¿Cómo has hecho eso? Fue una estupidez mía, créeme, y lo comprendí en seguida que te fuiste. ¡No, no debes estar ahí, Dan! ¡Márchate ahora mismo, antes de que llegue nadie!

Dan se echó a reír.

—¿Cómo es eso? —respondió—. ¿Crees que voy a dejar solos a los muchachos?

—Pero… pero los muchachos no irán tampoco, Dan —le oyó decir a Baxter—; lo pensé mejor, lo pensé bien. ¿No te he dicho que me di cuenta, al verte salir, de que había obrado de ligero? ¡Sal de

ahí en seguida, «Jovencito»!

—No, Baxter; ahora tengo encargada la cena y voy a cenar tranquilamente —le mintió—. Dudaste de mí esta mañana y me pusiste en entredicho; si vienen por mí, ya me las arreglaré.

—¡No hagas eso, Dan, por favor! —le oyó decir, y pudo comprobar que Baxter estaba verdaderamente disgustado—. Tú estás en mala postura, Dan, y ahora me haces mucha falta.

—Pero esta mañana no lo pensaste así.

—¿No te he dado ya explicaciones? ¿Es que no te basta? ¿O es que quieres que vaya por ti en persona?

—No, no —le contestó Dan; riendo—; ahora soy yo el que te ruega que no hagas tonterías.

—Entonces, tendamos la fiesta en paz. ¡Vete de ahí!

—Está bien. ¡Tú ganas!

—¡Ah, qué testarudo eres! —le oyó decir todavía, antes de colgar el auricular.

Volvió satisfecho a su sitio. Baxter había dado «marcha atrás» y la batalla parecía ganada por el momento; pero había mucho camino que recorrer. Si él supiera, en aquellos instantes, en qué escondrijo estaban los asesinos de Bambino Batanello, les lanzaría a Flannigan con todas sus huestes, ahora con toda impunidad. Pero no era fácil dar con tales pájaros, una vez prevenidos por él mismo de que debían esconderse.

Se bebió con parsimonia su taza de café y se dedicó a observar el abigarrado y cambiante público que entraba y salía en el club. Conocía a muchos de los que llegaban, y se complacía en mantenerse en el incógnito, desde su rincón, como un parroquiano insignificante, desconocido y vulgar.

Muchos de aquellos que entraban y salían, de haberle reconocido, habrían ido a saludarle con grandes aspavientos, honrados y gozosos de estrechar una vez más la mano de un hombre que fue poderoso y célebre en aquel mundo del hampa. Creyendo revivir tiempos pasados, vendrían a prestarle pleitesía y sumisión, deslumbrados aun por la fama de su nombre y el eco de las últimas hazañas. Pero las cosas habían cambiado mucho para él.

Se sentía tan alejado de todo aquello, que fue su mundo, como si tal mundo se hubiese desplazado a otro planeta. Ya no era el mismo. No sentía atracción por la aventura violenta, ni

ambicionaba las cosas que antes le habían atraído: el dinero, las mujeres hermosas, las joyas. Veía todo eso con indiferencia, y no se explicaba cómo había podido por tales cosas exponer tanto como había expuesto en otros tiempos.

Ahora, el mundo se le presentaba bajo otros aspectos, y había cosas sencillas y tiernas, que no se explicaba cómo habían podido pasarle desapercibidas; una butaca cómoda, una chimenea, un buen libro… y una mujer comprensiva y buena, con quien charlar de cosas intrascendentes y hacer proyectos para el próximo veraneo. Todo aquello valía para él más que los asaltos, las noches en claro y las rivalidades del *gang*. Sin embargo, antes de entregarse a sus nuevos ensueños había algo que resolver.

Pagó la taza de café y salió otra vez a la calle. No quería que la llegada de Flannigan le sorprendiera allí, para que el muchacho no se sintiera embarazado. Que armara su jaleo correspondiente, para dejar las cosas en su punto; nada más.

Empezó a caminar despacio, sumido en sus pasadas meditaciones. La boca del metro más próxima estaba a un centenar de pasos, y Dan se dirigió hacia ella con ánimo de regresar al centro aprovechando los trenes descendentes, que en aquella hora no iban completamente abarrotados, como de costumbre. No se dio cuenta, al empezar a andar, que un hombre había echado tras él, a paso vivo y con las manos metidas en los bolsillos. Luego, ya casi en la esquina, otro hombre se le aproximó, para pedirle una cerilla. Contestó que no, maquinalmente, pero cuando volvió a la realidad, ya era demasiado tarde, pues tenía una pistola apoyada en la espalda, al tiempo que una voz fuerte e imperativa le decía:

—¡No se mueva, Dan, si le tiene algún apego a la vida! ¡Está detenido!

Tenía enfrente a otro hombre —el que le había pedido lumbre —, que ahora le miraba con fijeza.

—De modo que es usted el «Jovencito», ¿eh? —dijo—. ¡El famoso «Jovencito»!

—Bien —preguntó Dan por preguntar algo, consciente de que había caído en una estúpida celada—. ¿Qué hay contra mí?

—¡Casi nada! —contestó el hombre que tenía ante sí, sacando unas esposas del bolsillo—. ¡Cargos bastantes para llevarle a la silla eléctrica! ¡Vamos andando!

—Un momento —suplicó Dan—. ¿Son de la policía?

—¡Somos del
F. B. I.
! ¿Por quién nos ha tomado? Está en manos del «Bureau» Federal, que tiene también algunas quejas contra usted. Cuando nosotros acabemos, puede empezar la policía.

Dan tendió las manos para que el agente le pusiera las esposas, ya que el cañón de la pistola del hombre que estaba a su espalda continuaba haciendo presión en sus costillas.

—Bien —respondió, resignado al parecer.

Pero en aquel mismo instante ocurrió algo imprevisto. Empezaron a sonar las sirenas de la policía. Por ambos lados de la calle se vieron los resplandores de los coches, que se acercaban a buena marcha. El que estaba dispuesto a esposarle volvió la cara, con curiosidad. Y Dan, que sabía el valor de las milésimas de segundo, cuando estas fracciones de tiempo saben aprovecharse debidamente, se agachó con la agilidad dé un boxeador profesional y, a la media vuelta, golpeó al que le amenazaba por detrás en el vientre, haciéndole lanzar un «ay» de dolor. Luego echó a correr, desapareciendo por la boca del metro como una exhalación.

Los del
F. B. I.
dispararon con sus pistolas. Después echaron a correr, con ánimo de emprender la persecución del «Jovencito»; pero al ruido de las detonaciones habían detenido los coches de la policía y varios hombres, uniformados estaban en la calle, pistola en mano, dispuestos a intervenir en la disputa. Al ver que los del F. B. I, disparaban contra la boca del metro creyeron que la agresión iba dirigida a ellos, y empezaron a disparar a su vez contra los hombres del «Bureau». Éstos tuvieron que echarse al suelo al tiempo que empezaban a gritar, en son de paz. Al fin, uno de ellos se levantó, con las manos en alto, y trató de avanzar hasta una de las avanzadillas de la policía, de la cual se destacó inmediatamente el teniente Flannigan, que no cesaba de empuñar su automática.

—¡Alto! —gritó, enojado, el del «Bureau»—. ¡Somos agentes del
F. B. I.
! ¡Y buena la ha hecho usted, teniente! —agregó, reconociendo al jefe de los polizontes—. ¡Estábamos a punto de realizar uno de los

más grandes servicios de los últimos años! Le íbamos a poner las esposas nada menos que al célebre «Jovencito», aunque acaso no lo crea… ¡Ahora todo se ha estropeado!

La cara de Flannigan se iluminó. Avanzó hasta el agente del «Bureau» y examinó con meticulosidad su documentación. Luego se incorporó el segundo agente, que aun continuaba tendido en el suelo, para capotear el temporal.

—Lo siento —contestó el teniente, íntimamente satisfecho y regocijado—. Les vi disparando en plena calle y contra nosotros, el del «Bureau» ¡«El Jovencito» se metió por ahí!

—¡Tirábamos a la boca del metro! —se excusó.

—No soy adivino, sino teniente de la policía —volvió a replicar Flannigan—. Ha sido todo una lamentable coincidencia. ¡Buenas noches!

Hizo una seña a su gente para que se reagrupase y volviese a ocupar los coches; pero, de pronto, tuvo Flannigan una de esas intuiciones geniales, que son en muchas ocasiones la clave de nuestros mayores éxitos. Volvió sobre sus pasos y alcanzó otra vez a los del
F. B. I.
, cuando ya éstos se disponían, de mal humor, a tomar también el coche que tenían parado en una bocacalle transversal.

—¡Oigan, oigan…! —les gritó, y los otros dos volvieron la cabeza, sorprendidos, al verle llegar.

—Se me olvidaba algo —le dijo, sonriendo y tratando ahora de aparecer amable—. Al fin y al cabo, tanto ustedes como nosotros estamos al servicio de la Nación, y no debemos estorbarnos en nuestras funciones, sino favorecernos y ayudarnos, siempre que sea posible. Vuelvo a decirles que lamento más que nadie lo ocurrido —se adelantó, al ver que los del «Bureau» estaban dispuestos a protestar de nuevo—; no he podido evitarlo. El caso es que ustedes, involuntariamente desde luego, también me han estropeado a mí el servicio que yo venía a realizar. La caza, después del tiroteo habido en la calle, voló del nido.

—Lo sentimos, igualmente —respondió uno de los agentes del
F. B. I.
—; ambos hemos estropeado, con el incidente, nuestra oportunidad.

—Está bien —volvió a decir Flannigan, tratando de encontrar el

punto vulnerable para su ataque—. Ustedes andaban a la captura del «Jovencito», y es una buena pieza, desde luego; pero yo voy detrás de alguien que también tiene mucha importancia y cierta relación, tal vez, con este peligroso «Jovencito». Se me ha ocurrido que, la presencia del citado *gángster* aquí podría estar relacionada con el servicio que yo traigo entre manos. Y les hago un trato: información por información. Si ustedes me comunican en qué forma les llegó la confidencia de que Dan se hallaba por estos contornos, yo les diré algo en relación con el mismo Dan. ¡Algo que podría llevarles otra vez a sus proximidades! ¿No les gustaría echarle da mano encima, después de lo que ha ocurrido ahora?

—¡Desde luego que sí! —respondió el hombre que había recibido el puñetazo en el vientre.

—Entonces ustedes tienen la palabra. ¿Cómo llegaron a saber que Dan rondaba estos alrededores?

Los dos hombres se consultaron con la mirada.

—Entre autoridades —dijo Flannigan— estos informes son casi protocolarios. —¡Tenemos obligación de ayudarnos mutuamente!

—Tiene razón —respondió, al fin, uno de los agentes del «Bureau»—. Y no hay inconveniente en que lo sepa. Bueno; el inspector Connington recibió una llamada telefónica a las siete y media de esta tarde…

—Eran más de las siete y media… —rectificó el otro—. ¡Lo menos las nueve!

—Eso es lo de menos —contestó Flannigan—. ¿Desde dónde le llamaron?

—Desde el Casino de Artesanos, en Bronx.

—¿Quién dio la confidencia?

—No quiso dar su nombre —siguió explicando el agente—. Dijo que Dan vendría a cenar al «Gallo de Plata».

—¡Perfectamente! —exclamó el teniente, apuntando con rapidez los datos suministrados—. Ahora, fíjense en mi información. «El Jovencito» tiene una novia en los «Grandes Almacenes Norton». Si; una muchacha morena, bajita, muy linda por cierto. Algunas tardes, a la salida del trabajo, va a recogerla y se marcha con ella al «Cine Avenida». Si andan listos, pueden hacer ese servicio que les interesa… Y ahora ya no les detengo más —terminó—. ¡Hasta la vista!

Los agentes, al ver que se alejaba sin más ni más, le gritaron:

—¡Oiga, teniente, un momento! ¿Quién le dio la información, por favor?

—Una persona —contestó éste, volviéndose ligeramente.

—Pero ¿qué persona?

—No sé —concluyó Flannigan, definitivamente—. La confidencia fue hecha también por teléfono. ¡Y tampoco quisieron dar el nombre!

* * *

Algunos hombres de Baxter estaban en el Casino de Artesanos, en Bronx, y se dedicaban a jugar su interminable partida de *póker* en uno de los saloncitos del interior. Entre ellos estaban nuestros amigos, Alexis, Sam y Joe, que por una noche habían dejado de acudir a su habitual refugio del «Gallo de Plata», por indicación expresa del jefe. El nuevo amigo del *gang*, Dan. «El Jovencito», había dado la confidencia de la visita policíaca. Aquella oficiosidad de Dan era para los hombres interesados altamente sospechosa. De la noche a la mañana, Dan, que era un mortal enemigo, se convertía en un ángel guardián, celoso de la seguridad personal de las tres amiguitas.

Para Joe —autor material de la muerte de Batanello— y para los otros dos aquella actitud de «el Jovencito» no estaba clara. La policía no tenía nada contra ellos, y el crimen, por contra, estaba cargado a la cuenta de la amiga de «el Jovencito», la linda Paulette, huésped de Baxter durante una buena temporada, y graciosamente liberada en virtud de aquel pacto de última hora. No; para los asesinos de Batanello aquello no estaba claro, ni mucho menos. Tampoco el jefe debía ver las cosas claras cuando había ordenado a Dan que fuera, en persona, a repeler la acción de la policía contra el «Gallo de Plata». Ellos también hubieran ido, de buena gana, dispuestos a armar jaleo; pero Baxter se lo había prohibido a última hora.

Hacia la caída de la noche, después de comentar ampliamente los detalles de todo aquello, Sam —que era el hombre de las grandes ideas— tuvo un destello luminoso y genial.

—«El Jovencito» —dijo— irá esta noche al «Gallo de Plata», ¿no

es así?

—No; no irá —le respondió Joe—. ¡Dijo que no iría, de manera terminante, y Baxter se tragó la negativa! ¡Le tiene miedo!

—Pero yo, no —siguió diciendo Sam—. Y voy a hacer una cosa: voy a llamar a Connington, al cuartelillo, y le voy a dar la confidencia de que Dan debe aterrizar esta noche por el «Gallo de Plata». Si la policía no va por allí, irán, en cambio, los muchachos del «Bureau». Estoy seguro.

—Pero el jefe puede disgustarse, si a Dan le ocurre algo —objetó Alexis, que no había emitido hasta entonces su opinión.

—¿Disgustarse? —repitió Sam—. No, no lo creo. Espero que nos lo agradecerá, más bien, si llega a enterarse. Que tampoco hay necesidad, si tenéis la lengua quieta, como corresponde.

—No es cosa que nos incumba, lo que le pase o le deje de pasar a «el Jovencito» —contestaron los otros.

—De acuerdo —convino Sam, y agregó—: Nosotros, creedlo, estaremos más a gusto y nos moveremos con más libertad, si ponen a Dan a la sombra. ¡Voy a hacer lo que digo! Si Dan no va al «Gallo de Plata», tanto mejor para él; pero si tiene la ocurrencia de ir, me voy a reír mucho mañana por la mañana.

El golpe estaba bien planeado, pero tuvo efectos completamente opuestos a los que Sam esperaba de él. A las doce de la noche, minuto más o menos, Flannigan y los suyos rodearon el Casino de Artesanos y entraron en su interior pistola en mano. Los hombres de Baxter no tuvieron tiempo de huir y tiraron de pistola, viendo que la cosa se ponía mal. Alexis y Joe resultaron heridos de consideración y cayeron en manos de la gente uniformada, mientras Sam lograba escapar, tocado también en una pierna, por la red del alcantarillado.

Y a la mañana siguiente no eran los asesinos de Batanello los que estaban eufóricos y muertos de risa, sino el propio Dan, al que un milagro del Cielo acababa de regalarle en bandeja, por decirlo así, el cobro de su famoso «Saldo Parcial».

—¡Esto está bien! —exclamó, después de leer la amplia información de los periódicos—. Joe tiene un gravísimo balazo en el pecho y dos perforaciones intestinales. ¡No saldrá de ellas! El pobre Bambino tiene su desquite, y yo voy a ver mi papel con Baxter elevado a una gran altura.

—Son estas todas tus reivindicaciones, ¿no es así, Dan? —le preguntó Paulette, que tomaba el desayuno a su lado.

—Éstas son tuyas también, pequeña —le contestó «el Jovencito», sonriendo—. Y de lo demás, ya queda poco. —Y agregó, al ver que ella ponía cara de extrañeza—: No te preocupes. ¡Estamos a la espera de un telegrama! Bien poca cosa, ya lo ves: ¡un simple telegrama!

# CAPÍTULO XIII

## EL «X-III» INFORMA DE NUEVO

El clima de pánico había cedido algo en la ciudad al difundir los diarios de una manera repetida la importante nueva de que el artefacto atómico que existía en la clandestinidad era poco menos que «inofensivo», en tanto no tuviera a punto su carga-cebo de uranio activísimo. Aquella carga-cebo no entraría jamás en los Estados Unidos, pues estaban tomadas todas las medidas pertinentes para el caso. Además, el artefacto-carga, en sí mismo, no tardaría en caer en manos de los agentes federales, que lo tenían perfectamente localizado y a punto de ser capturado, con los elementos complicados en el gravísimo *affaire*, tan pronto como se juzgase oportuno.

Así era el tono de la prensa, en general, y Baxter, que acababa de leerse uno de aquellos periódicos, se lo alargó a Dan para que éste diera su opinión.

—Fanfarronadas —dijo «el Jovencito»—; tienen que mantener la moral de las gentes, pero están a obscuras, completamente a obscuras.

—¿Crees tú que están así?

—¡Estoy seguro, Baxter! ¿Te figuras que no le habrían echado mano a tu «Babcob» si supieran por dónde anda? Eso del «cebo» y del «artefacto-carga» son especulaciones lógicas de los especialistas atómicos. Los hay muy notables en este país, ya te harás cargo. Es difícil que ningún aspecto de este problema les pase desapercibido.

—Sí, es natural —convino Baxter, que echó mano a su nuevo trabajo, consistente esta vez en un yate de recreo.

—Además, ya que hablamos de esto, quiero hacerte una advertencia, Baxter; una seria advertencia. Este delicado asunto de los «Babcob» no se puede prolongar indefinidamente. Hay que resolverlo con rapidez. Cuando consentí en prestarte mi colaboración me hice a la idea de que todo sería cuestión de cuarenta y ocho horas. De haber conocido los detalles, no hubiese entrado en tratos por todos los millones del «Banco Federal». Terminarán por colgarnos a todos si no andamos listos. ¿A qué se espera?



—No lo sé, Dan —contestó Baxter—, y yo estoy tan impaciente y disgustado como tú.

—Ten en cuenta —siguió explicando «el Jovencito»— que los detectores «Geiger» están cada vez más difundidos y popularizados, hasta el punto de que ya los poseen un gran número de particulares. Puedes comprar uno a plazos, si quieres, en cualquier bazar de radio. Llegará un momento, si la fiebre y el miedo continúan, en que cada ciudadano tenga su «Geiger» particular. ¿Y qué ocurrirá entonces? Será completamente imposible mantener un artefacto con carga atómica en la clandestinidad. En cualquier lugar que lo sitúes, llamará al auricular del «Geiger» con su zumbido característico. No —terminó—; ¡esto no se puede prolongar indefinidamente!

—Yo creo, Dan, que esto es cosa de muy poco tiempo ya. Cosa de horas, tal vez.

Baxter lanzó una ojeada hacia la puerta, y, luego, dijo a Dan:

—Echa un vistazo allí y mira a ver si hay alguien en el cuarto de al lado. Si hay algún muchacho, qué se vaya. Luego, cierra con llave y ven aquí. Tengo que decirte algo.

Dan hizo lo que se le ordenaba. Abrió, y pudo comprobar que en la estancia continua no había nadie. Luego cerró con llave y regresó al lado de su amigo, que estaba muy empeñado en perfilar la quilla de su nueva embarcación.

—Y bien —dijo—; habla sin miedo.

—Escucha, Dan —empezó el otro, con voz velada—; no es mi norma hablar de las cosas antes de tiempo, pero estoy algo preocupado y necesito tu consejo. Verás. He recibido un despacho cifrado y…

Baxter se enfrascó en una larga y detallada explicación. «El Jovencito» le escuchó, sin hacer el menor comentario y sin que su rostro denotase la menor alteración. Pero aquello no era más que una máscara perfectamente lograda, porgue en el fondo de su glacial indiferencia se escondía una de las más agitadas e intensas emociones de su larga vida aventurera.

* * *

El jefe del Departamento de Criptografía y Perlustración del «Bureau» Federal, *Mr.* Stephen, entregó puntualmente a *Mr.*

Hoddier, a las siete de la tarde, el segundo informe «secreto, personal y reservado», firmado por el misterioso agente «
X-III
», que trabajaba bajo la inspiración del «Bureau», como funcionario a sus órdenes, pero cuya identidad le era todavía desconocida al jefe, por obedecer el nombramiento del tal agente a una designación directa y secreta de la Secretaría de Defensa.

*Mr*. Hoddier se sentía defraudado y furioso desde que recibiera el informe anterior, y por su gusto ya hubiera actuado, siguiendo las directrices de aquel informe, deteniendo a todos los componentes del *gang*, acusado de la turbia maniobra. Pero se le había prohibido de manera terminante toda clase de actuación que estuviera basada en los dudosos datos suministrados por el «
X-III
», so pena de dar al traste con todo el armazón del servicio.

Resentido en cierto modo, había movilizado a todos sus inspectores, acuciándoles para que llegasen a una solución, por sus propios medios, solución que ni el secretario ni nadie podría escamotearle, si con la misma se descifraba el terrible misterio de los artefactos atómicos.

Sin embargo, sus inspectores y agentes fracasaban una y otra vez. Después de la «Operación Diana», un gran desánimo había cundido entre las filas de los muchachos del «Bureau». Y él, *Mr*. Hoddier, estaba maniatado, impotente, incapaz de iluminar a sus huestes con datos decisivos, que no eran suyos después de todo, y acerca de los cuales debía mostrarse discreto en grado sumo.

Unas horas antes, sin ir más lejos, el inspector Connington había estado a punto de poner las esposas al temible «Jovencito», uno de los elementos señalados por el «
X-III
» como complicado en el delicado *affaire*. La captura de aquel *gángster* le hubiese facilitado, quizá, el camino de un triunfo personal y directo, logrado en, buena ley, sin hacer uso de los datos que el agente secreto había dejado a su discreción.

Pero «el Jovencito» había escapado en el último instante, a causa de un estúpido e inesperado incidente habido con la policía oficial. Se había perdido la oportunidad. J ahora, el «
X-III

» le enviaba un nuevo informe. ¿Con qué objeto? ¿Para ponerle en ascuas, como anteriormente? ¿Para ilustrarle sobre aspectos del asunto que él, posteriormente, no podría utilizar?

Rompió nerviosamente el sobre que *Mr*. Stephen había dejado sobre su mesa y desdobló el pliego descifrado. Como el anterior, contenía alucinantes detalles, que embargaron la atención de *Mr*. Hoddier durante un buen lapso de tiempo.

*«Se acerca el final —decía el informe del “*
*X-III*
*”— de la peligrosa y grave maquinación de los artefactos atómicos en clandestinidad, idea de un enemigo que nos odia a muerte y que día a día va concibiendo nuevos sistemas de ataque y destrucción contra el pueblo de los Estados Unidos».*

*Después de mi informe anterior, en el que trataba de explicar las causas que determinaron el fracaso de la «Operación Diana», perfectamente concebida y realizada con toda precisión y celo por los agentes y autoridades encargadas de llevarla a efecto, las cosas no han variado de una manera substancial. Confirmo mi dictamen anterior de que no existe más que una sola bomba en el país, por el momento, y en que el artefacto no constituye un peligro, hoy por hoy, ya que se halla desprovisto de su carga-cebo, sin la cual la explosión del mismo es totalmente imposible.*

*«La carga explosiva del “Babcob” existente en Nueva York continúa desmontada o separada de su armazón o mecanismo explosivo, y ha sido llevada fuera de la ciudad para evitar el acoso de los detectores “Geiger”. Se proyecta acoplarla nuevamente a su armadura al llegar la hora H, instante elegido para provocar el estallido, y que, como es lógico, debe coincidir con la llegada a la ciudad del cebo o*

*porción de uranio activísimo, al objeto de que los tres elementos precisos (carga-aparato-cebo) coincidan en tan fatídico y dramático instante»…*

*«Los elementos que controlan la sucia y criminal maniobra no reparan ante nada y se sienten indiferentes, por más que la mayoría de ellos sean americanos, aunque indignos de ese nacimiento y de ese nombre, ante la idea de la destrucción total de nuestra metrópoli, orgullo del mundo. Es difícil imaginar cómo pueden moldearse en el seno de una sociedad civilizada conciencias tan desalmadas y de tal potencia criminal. Pero el hecho evidente es que estamos frente a elementos de esa clase, que tienen el proyecto de huir hacia tierras del Sur tan pronto dejen el catastrófico "Babcob" a punto de explosión mediante un simple mecanismo de relojería. La partida de tales elementos está prevista en avión, como es lógico, y debe efectuarse sin precipitación y de manera escalonada».*

*Mr*. Hoddier se revolvió, impaciente, en su sillón. Luego, continuó febrilmente la lectura. Lo más substancioso de ella venía a continuación.

*«Según mis informes de última hora —leyó, la pequeñísima porción de uranio activísimo deberá entrar en el país el próximo sábado, día 16, exactamente a la llegada del "Clipper" vía Lisboa-Azores, y debe ser introducida por un hombre al que provisionalmente se ha designado con el apelativo de "El hombre de la corbata verde". Ignoro de qué medios y en qué forma proyecta este agente introducir la pequeña porción de uranio-cebo, fácil de ocultar por dos razones fundamentales: primera, por tener un peso insignificante, que no llega, según mis informes, al gramo; segunda, por no acusar reacción en los*

*detectores "Geiger". Deberá montarse un escrupuloso servició para tratar de impedir que "El hombre de la corbata verde", bajo las condiciones apuntadas, pueda introducir en el país su carga de uranio-cebo, y personalmente tendré el gusto de informar a su señoría acerca de las medidas que estime más pertinentes y que someteré a su conocimiento y aprobación a la vista de los nuevos elementos de juicio que hasta aquel instante puedan presentarse».*

*«El hombre de la corbata verde» es portador, según mis informes, no solamente de la carga de uranio-cebo para el "Babcob" existente en nuestra ciudad, sino de instrucciones y referencias que hacen alusión a la inmediata entrada en los Estados Unidos de nuevas unidades atómicas, destinadas a ocupar emplazamientos secretos en los principales centros fabriles de la nación. Los supuestos artefactos de Boston y Chicago, por lo tanto, no son, de momento, una realidad, pero sí un proyecto que estará próximo a realizarse y que la captura de "El hombre de la corbata verde" ha de poner al descubierto, en todos sus detalles y circunstancias.*

*«No puedo, de momento, mostrarme más explícito, y adelanto a su señoría que cinco horas antes del momento señalado para la realización del trascendental servicio, recabaré de su atención las fuerzas necesarias para llevar a cabo el mismo, con detalles, que enviaré adjuntos, acerca del número de agentes necesarios, técnicos, emplazamientos que deben ocupar, plan trazado para la realización del servicio, etc».*

*«Del presente informe traslado copia a la Secretaria de Defensa y Presidencia de la República. Respetuosamente».*

*«El agente*
*X-III*
*».*

*Mr*. Hoddier terminó de leer el nuevo informe de su agente secreto, y se levantó de su asiento, comenzando a recorrer a grandes zancadas el amplio salón que ocupaba su despacho. Fuese quien fuese, aquel misterioso «
X-III
» debía ser un hombre extraordinario, teniendo a su disposición insólitos y desconocidos recursos. ¿Cómo operaba? ¿Con qué asistencias? ¿En qué condiciones?… Un hombre sólo se mostraba más eficaz que toda su organización, con su enjambre de agentes, inspectores, armas, archivos, etc. ¡Era extraordinario! Si aquellos informes resultaban ciertos; si aquel agente lograba consumar el trascendental servicio que se le había encomendado, la Secretaría de Defensa se apuntaría un triunfo ruidoso, al tiempo que él tendría que presentar, acto seguido, su dimisión.

Volvió a su mesa de despacho y desconectó el altavoz interior.

—¡Señorita Patton! —llamó, con voz algo alterada—. ¿Están ahí los inspectores?

—Hace media hora que esperan, *Mr*. Hoddier.

—¡Que pasen!

Poco tiempo después, la puerta del despacho se abrió, y los inspectores de distrito de las fuerzas del «Bureau» empezaron a entrar, con gesto grave, como si presintieran que en aquella conferencia fuesen a recibir de su alto jefe consignas y órdenes del más extraordinario interés.

Y, por una vez, aquellos hombres no se equivocaban.

## Capítulo XIV

### «EL Hombre DE LA Corbata Verde»

Rawa Sichelberg (Waldo), seco y macilento como un caballero de la Edad Media, salió de la Embajada Americana en Lisboa, después de haber visado bastante rápidamente, por cierto, su pasaporte diplomático de miembro en la
O. N. U.
de una delegación de la Europa oriental. Se levantó el cuello del impermeable, pues llovía con bastante violencia, y se detuvo bajo un arco, tratando de conseguir un taxi. Logrólo, al fin, y le dio orden al chófer de conducirle, lo más aprisa posible, al «Hotel Rocío», situado en la plaza del mismo nombre.

Al llegar al hotel se metió en la cabina telefónica y marcó un número. Estuvo hablando unos minutos, con alguna persona, y luego pidió una conferencia con Nueva York, encargando en el despacho que se la pasasen a su habitación, tan pronto estuviese preparada, pues no pensaba salir en toda la tarde.

Waldo Rawa ocupaba una de las habitaciones de la primera planta, con balcón a la plaza y cuarto de baño anexo. Todo su equipaje se reducía a dos grandes maletas de cuero y dos maletines pequeños, de cuero también, provistos todos ellos de su correspondiente tarjeta de identidad, metida dentro de una funda de materia plástica y fuertemente sujeta al asa. Las maletas estaban preparadas y dispuestas para una marcha inmediata.

El diplomático lanzó una ojeada alrededor y rebuscó en el cajón de la mesita y en los del tocador, para comprobar que no se había dejado nada en ellos. Luego sentóse en el escritorio y empezó a

escribir unas letras, en un panel que llevaba el membrete del hotel.

Llevaba ya unos diez minutos escribiendo, cuando le llamaron desde abajo.

—Acaba de llegar un caballero que pregunta por usted —le dijeron—. Dice que es el notario señor Da Silva.

—¡Bajo en seguida! —respondió, y colgó el aparato; luego se arrepintió y volvió a descolgar, para rogar que un «botones» le acompañase a su habitación, exactamente diez minutos después.

Se metió en el cuarto de baño, llevándose una de las maletas que ya estaban cerradas. Allí se desnudó, sacó un nuevo traje, y se vistió otra vez, poniéndose una camisa blanca y una llamativa corbata de un verde satinado y brillante. Salió de nuevo a su habitación; sentóse y se puso a ojear una revista. Unos momentos después, sonaron unos golpecitos en la puerta de la habitación, y el extranjero exclamó:

—¡Adelante!

Entró un hombre joven, con cara de niño inocente, llevando una gruesa cartera bajo el brazo y el hongo en la mano.

—Buenas tardes, señor Rawa —dijo—. Soy el notario Da Silva, y traigo preparado su testamento.

—Siéntese, por favor —le indicó el diplomático.

Da Silva comenzó a destrenzar las correas de su cartera, pero Waldo Rawa le preguntó:

—¿Está incluido el codicilo 177?

—Y el 215 —respondió, tranquilamente, Da Silva.

—¿Cuántos folios tiene?

—Sesenta y dos.

—¿A qué hora se ejecuta?

—A las dos y quince.

Waldo Rawa se levantó y se dirigió a uno de sus maletines.

—¿Quiere leerme eso? —preguntó, al tiempo de levantarse.

Entonces Da Silva metió la mano en su cartera y sacó unos papeles. Entre aquellos papeles había un sobre, del cual sacó el notario medio billete de banco, de un dólar. Waldo Rawa volvía ya con el otro medio, pudiendo comprobar que las numeraciones eran correspondientes.

—El jefe le envía sus saludos —dijo entonces Da Silva, poniéndose en pie—. Quiere saber si todo está dispuesto para

pasado mañana.

—Todo está dispuesto —replicó el diplomático, y se quedó mirando a Da Silva con una fijeza casi cegadora—. Voy a hablar ahora mismo con Nuevas York para anunciar mi llegada.

—Hay que esperar una minuciosa inspección en el aeródromo; me encargó el jefe que se lo hiciera constar así.

—Gracias. Ya lo había supuesto.

La entrevista estaba terminada y el notario Da Silva se retiró seguidamente.

Cuarenta y ocho horas después, «El hombre de la corbata verde» embarcaba en el famoso trasatlántico aéreo, camino de Nueva York.

* * *

Dan se levantó más temprano que de costumbre, y encargó a Paulette que le preparase un desayuno fuerte, a base de huevos y jamón en dulce, pues sentíase con un apetito desusado. Mientras tomaba el baño empezó a cantar una canción de moda. Luego, al salir, trató de hacer reír a la muchacha contándole los últimos chistes del día. Pero Peter Greenwich, que lo conocía bien, comprendió que, tras aquella aparente frivolidad, «el Jovencito» no hacía más que disimular su preocupación y su inquietud.

Se despidió de la muchacha, besándola en la mejilla, Paulette, le preguntó:

—¿Dónde vas tan temprano?

—A dar un paseo con Peter. Estoy a punto de comprar una preciosa casa para pasar el fin de semana. Es una visita preliminar, y quiero que Peter la vea, ya que él entiende de estas cosas. Luego, mañana o pasado, irás tú, si es que la compra se pone a tiro.

Al salir a la calle, le dijo al abogado:

—Hoy es el gran día, Peter, y voy a darte instrucciones. Tengo confianza en que las cumplirás.

—Cuenta con ello, Dan.

—En primer lugar, en el cajón de la mesa de mi despacho, en el cajón central, hay un paquete lacrado, con una dirección. Hay que llevar ese paquete a su destino.

Peter asintió. Dan, siguió hablando:

—En ese cajón, además, hay un talonario de cheques, con uno

de estos firmado en blanco. Tengo en cuenta unos miles de dólares, pocos, pero ese dinero quiero que sea para Paulette y para ti, por partes iguales. Lo retirarás y harás la partición, como yo te digo.

—Pero… —empezó a decir el abogado.

—¡Como yo te digo! —repitió Dan, con sequedad. Luego, continuó—: En un sobrecito azul que está en el cajón de mi mesita de noche, dentro de un tomito de poesías, existen ciertas instrucciones para que sepas lo que has de hacer con las demás cosas de impropiedad: el automóvil, los muebles, las alhajas, etc. ¿Entendido?

—Entendido —repitió Peter Greenwich, al que aquella especie de, testamento no le hacía la menor gracia.

—Pues esto es todo; bien poca cosa, como podrás apreciar. Soy un hombre con poco lastre, dispuesto a volar a regiones más aireadas y puras.

—¡Está bien, está bien, Dan! —exclamó, de mal humor, el abogado—. ¡Me estás poniendo nervioso con ese canto fúnebre! ¿Por qué no me dices otras cosas? ¿Por qué no me dices dónde está la gente de Baxter, qué es lo que vas a hacer, si me vas a llevar contigo, cómo se van a desarrollar los acontecimientos, con qué fuerzas cuentas…?

—¡Eh, alto ahí, alto ahí, querido! —le atajo Dan, riendo—. ¿Crees que soy capaz de retener toda esa sarta de preguntas?

—Te las haré una por una.

—Lo siento, Peter; pero me temo que no podré contestarte a la mayoría de ellas. ¡Secreto de Estado!

—¿Hasta para mí?

—Hasta para ti. Pero no te impacientes, porque ya no vas a tardar en salir de dudas. Y ahora me voy, porque mi «jefe» estará dándose a todos los demonios al ver que me retraso.

Hizo señas a un autobús que pasaba; pero antes de saltar a él, le dijo todavía a Peter Greenwich:

—¡Ah, escucha! Llama a Flannigan y dile que todo está en marcha; ¡nada más!

El abogado se quedó cabizbajo y malhumorado al verle desaparecer en el interior del vehículo. Luego se metió en el bar más cercano y marcó el número de la Comisaría Central.

* * *

El rostro de Baxter, al ver entrar a «el Jovencito», se iluminó. Estaba, como un general en jefe, rodeado de casi todos sus hombres, con el auricular en la mano, muy pegado al oído. De cuando en cuando su rostro se contraía, se arrugaba en un rictus de rabia y desagrado. Al fin colgó el aparato, con un gruñido. Se dirigió a Dan.

—¡Ya era hora de que vinieras, Dan! —exclamó—. El avión ha tomado tierra hace veinte minutos; pero pasa algo en el aeródromo.

—¿Que pasa algo? —preguntó Dan, alarmado—. ¿Y qué puede pasar?

—No sé… —Levantó la vista hacia sus hombres, que casi le asfixiaban. Gritó—: ¡Salid! ¡Salid todos! ¡No se puede respirar, ni hablar, ni moverse casi!

Los hombres se apartaron, respetuosamente. Pero Baxter tuvo que ponerse en pie, como un papá enfurecido, para que cumplieran la orden. Luego se dejó caer otra vez en el butacón y respiró hondamente.

—Están haciendo un registro mucho más minucioso que de ordinario. Esto me escama, Dan —aseguró.

—¡Bah!… —contestó «el Jovencito», tratando de animarle—. Es natural. Están con la mosca detrás de la oreja. Pero es igual. ¿Quién está allí, esperando?

He mandado a Browny y Tony, lo mejorcito que tenemos.

—Estarán aquí dentro de poco.

—¡Ojalá aciertes, «Jovencito»! Y mañana, a primera hora, tendremos que salir nosotros para dejar instalados cuatro aparatos más. ¡Y se acabó, Dan, yo te lo aseguro! Después, que hagan lo que quieran, pero nosotros nos largaremos con viento fresco.

—Es lo que hay que hacer —convino «el Jovencito»—. Ya te lo he dicho.

—¿Está montado el «Babcob»?

—Está listo, para hacerlo estallar tan pronto llegue «El hombre de la corbata verde». ¡Esta misma noche, si quieren!

—Corremos un gran peligro, Baxter. Los «Geiger» estarán aquí encima dentro de dos horas. La policía recorre todas las calles de la ciudad con el auricular pegado al oído.

—Ya lo sé —replicó Baxter, airadamente—. ¡Pero no les va a dar

tiempo! Voy a ver.

Baxter, algo nervioso, volvió a marcar un número en su teléfono. Estuvo escuchando durante un buen rato, y, luego, replicó:

—Entonces, ya no cabe duda. ¡Habrá que mandarle escolta! Y sería mejor que no viniera directamente… Bien; ya veremos lo que decido.

Se volvió otra vez hacia Dan.

—Están acosando a ese hombre —dijo—. Su equipaje está siendo registrado costura a costura.

—Es natural —volvió a decir Dan—. ¡No lograrán nada!

—O sí.

—No —repitió «el Jovencito», con seguridad—. ¡Ya lo verás!

«El hombre de la corbata verde», en verdad, estaba pasando, en la oficina aduanera por una serie de pruebas e interrogaciones completamente inesperadas. Primero, fue el examen de sus documentos, que fueron sometidos a un riguroso estudio, pasando de mano en mano, a diferentes peritos, que efectuaron con ellos una interminable serie de comprobaciones y los confrontaron con numerosos papeles y escritos efe los archivos oficiales. Luego, empezó el interrogatorio agotador, por lo desconcertante.

—¿A qué hora salió de Lisboa?

—A las cuatro y diez de la mañana.

—¿En qué hotel se hospedó?

—«Hotel Rocío».

—¿De qué color era la bañera de la habitación?

—Azul claro.

—¿Llovía en Lisboa los días que estuvo en ella?

—Llovió una de las tardes, con bastante violencia.

—¿Quién le visitó en el hotel?

—Nadie.

—Piense bien.

—¡He dicho que no me visitó nadie!

—¿Cuánto dinero sacó de su país de origen?

—Cien dólares.

—¿En moneda americana?

—En moneda americana.

—¿Qué cargo ocupa en su Delegación?

—Lo especifica, mi pasaporte.

—¿Luchó en la pasada guerra?

—Como todo el mundo en edad militar.

—Usted fue herido en el paso del Po, en Italia, ¿no es así?

—No; fui herido en África, a las órdenes de Rommel.

—¿Llevaba esa corbata verde en Lisboa?

—No me preocupo mucho del color de mis corbatas.

—Acaso le extrañen todas estas preguntas, señor Rawa, pero los Estados Unidos están luchando en estos momentos contra una maquinación turbia. ¿La conoce?

—No.

—¿No lee la prensa?

—Sí.

—Hay un enemigo que ha introducido un artefacto atómico en el país.

—He oído algo; quiero decir que he leído algo, en algún periódico de mi país. Siempre lo creí una fábula.

—No es una fábula. Es una triste realidad.

—Lo lamento.

Luego pasaron a examinar sus maletas, ropas y efectos. Le hicieron desnudarse en un gabinete de reconocimiento médico y fue examinado con rayos X. Se desmontaron sus maletas.

Al fin, el oficial que llevaba la investigación, ordenó:

—Puede vestirse de nuevo. Parece que todo está en regla.

Waldo Rawa, sin dar muestras de ninguna índole en su rostro de rasgos inalterables, empezó a hacer lo que se le indicaba. Pero en aquel momento un nuevo personaje entró en escena, provisto de poderes especiales, al parecer. El teniente Flannigan, de la policía metropolitana, se presentó en la oficina y enseñó sus credenciales al jefe de la misma. El pasajero pasó inmediatamente a su jurisdicción.

—Me temo mucho, señor Rawa —dijo—, que me voy a ver obligado a causarle algunas molestias imprescindibles. Según nuestras últimas informaciones, procede usted de una región en la cual se había declarado, en el momento de salir usted de allí, una epidemia de peste.

—No tengo la menor idea —contestó el diplomático, encogiéndose de hombros.

—Pues es así —aseguró el teniente Flannigan—. Y nuestras leyes sanitarias son altamente rigurosas, porque queremos mantener

nuestro alto nivel de salubridad, conseguido a fuerza de muchos sacrificios. En estas condiciones, es de rigor… En fin —terminó—: ¿quiere decirme en cuánto valora usted la totalidad de su equipaje y efectos, aparte, claro está, los documentos oficiales?

—¿Qué quiere eso decir? —inquirió, con extrañeza, el forastero.

—Quiere decir que su equipaje va a ser destruido. Enviado al crematorio. Y que voy a darle un cheque para que reponga todos los efectos, incluidos libros, alhajas, etc. ¿Quiere indicarme la cifra?… —agregó Flannigan, sacando un talonario de cheques.

—¿Van a ser destruidas mis maletas?

—Completamente —corroboró el teniente, sin mirarle siquiera—. Y tendrá que desnudarse otra vez. El traje que lleva puesto deberá quedarse también en la Aduana.

—Naturalmente, me quejaré a mi representante y al presidente de las Naciones Unidas.

—Naturalmente —aprobó Flannigan—; usted es muy dueño de tomar las, medidas que crea oportunas.

Sin opción posible, el extranjero fue obligado a desnudarse y vestirse un traje y la ropa interior que, provisionalmente, le fue presentada. Luego se procedió al examen minucioso de todos sus papeles particulares. Le fue incautado el reloj, la pluma estilográfica y una sortija de oro, con una gran piedra.

—Me niego a dar cifra alguna, porque tal cosa equivaldría a mostrarme conforme con esta arbitraria medida —aseguró, muy digno.

—En ese caso —respondió Flannigan—, nuestros peritos harán una tasación escrupulosa, que será elevada en un cien por cien, como compensación a esta molestia que no nos ha sido posible evitar, y que lamentamos grandemente.

Una hora después, Waldo Rawa, vistiendo el traje facilitado por la policía y sin más equipo que su cartera de documentos, abandonaba la Aduana.

Baxter, que estaba a la escucha de alguien que, de cuando en cuando, le iba suministrando información, respiró hondo y colgó el auricular. Se dirigió a Dan, que estaba a su lado, mirándole con gesto de impaciencia, y le dijo:

—¡Ha salido de la Aduana!

—Ya te lo decía yo… —le respondió «el Jovencito»,

palideciendo ligeramente.

—Le han requisado todo el equipaje. Esto puede sernos fatal, si es que la mercancía estaba en alguna parte.

—Sí, es natural —convino Baxter—; pero no creo que sea tan cándido, sobre todo después de estar avisado. ¿Se le previno en Lisboa?

—Desde luego —exclamó Baxter—; pero nadie iba a pensar que las cosas iban a ponerse así. ¡Y con un diplomático! Tienen que saber algo, Dan, no te quepa duda.

«El Jovencito» se encogió de hombros.

—¿A dónde se dirige ahora?

—Viene para acá, seguramente.

—Sería peligroso. Hay que destacar a alguien para que lo intercepte en el camino. Que se lo lleve al hotel. ¡Yo mismo iré, si hay un coche disponible!

—¡Es muy buena idea, Dan, y te lo agradezco mucho! —exclamó Baxter—. ¡En ti confío! Llévalo al hotel, o donde quieras, y dame en seguida la información, pues estaré impaciente. Ya sabes que viene con Browny y los muchachos. ¿Conocerás los coches?

—¡Claro que sí! —exclamó Dan, ya desde la puerta—. ¡Y sé dónde esperarlos, no te preocupes!

Luego salió, dando un portazo.

# CAPÍTULO XV

## LA MEJOR MEDICINA

Cuatro horas después de los acontecimientos relatados en el capítulo anterior, *Mr*. Hoddier, el jefe natural de todas las fuerzas del «Bureau», daba a sus hombres las últimas instrucciones, arengándolos, como un general a sus soldados momentos antes de la batalla final.

Los inspectores del
F. B. I.
tomaban notas y hacían apuntaciones referentes al cometido de sus respectivos pelotones de agentes, que habrían de moverse con arreglo a un plan, en busca del triunfo definitivo en aquella batalla para capturar el terrible artefacto atómico que amenazaba la vida de la ciudad.

El «
X-III
» había lanzado su SOS, su llamada final, requiriendo la ayuda del
F. B. I.
para la realización del servicio más trascendental del siglo. Y tanta importancia tenía aquel servicio, que el mismo Míster Hoddier, en persona, tomaba parte en la operación, al mando de todas sus fuerzas. Las últimas palabras del jefe fueron éstas:

—Ahora —dijo—, vamos a cumplir con nuestro deber. No quiero ni puedo ocultaros la gravedad y el peligro que encierra esta operación, en la cual podemos perecer todos, y, con nosotros, la población entera de esta inmensa ciudad de Nueva York. El enemigo, al verse acorralado y perdido, puede hacer saltar ese

volcán que tiene oculto bajo nuestros pies. El terrible «Babcob» atómico tiene ya su carga de uranio activísimo y está pronto para la explosión. Se trata de coger esa mina diabólica, cuya mecha arde ya, con nuestras propias manos y a riesgo de nuestra vida. Si lo conseguimos, ¿qué mayor premio o satisfacción que el logro de tan extraordinaria empresa? Y si, por el contrario, fracasamos, que Dios nos tenga en cuenta este último gesto a la hora de nuestro ajuste de cuentas final. ¡Hombres del
F. B. I.
—terminó Míster Hoddier, con voz vibrante—, ni un solo paso atrás! Por los Estados Unidos, por cuanto somos y representamos en el mundo, ¡en marcha!

De dos en dos, para no llamar la atención, los inspectores fueron saliendo, con un intervalo de diez minutos. Luego salió *Mr.* Hoddier.

En aquel mismo instante, Peter Greenwich estaba al habla, desde el teléfono particular de «el Jovencito», con el teniente Flannigan, de la policía metropolitana.

—Acaba de salir —le dijo—. ¡No se ha conseguido nada! Dan asegura que lleva en su poder la carga-cebo.

—Se equivoca, señor Greenwich —le contestó el teniente—. ¡Es imposible! Se le ha desnudado y se le ha examinado a radioscopia.

—Dan me encargó decirle que, a pesar de todo, él está convencido de que lleva la carga-cebo.

—Vamos a echarlo todo a rodar —comentó Flannigan—. En fin, si han salido para allá, ¿cuánto tiempo hace?

—Apenas quince minutos.

—Está bien. ¡Ya veremos en qué acaba esto! —Y colgó el aparato, dejando al abogado con ganas de charlar media hora más.

* * *

También Paulette se sentía defraudada y molesta, pues no habían querido informarla de nada, y presentía, con lógica, que todas aquellas llamadas, visitas, idas y venidas, encerraban un hondo y trascendental significado. Habían tenido hospedado a Waldo Rawa durante unas horas, y aunque Peter aseguró que se trataba de un antiguo amigo suyo, de Europa, Paulette no se tragó

el anzuelo, y anduvo todo el tiempo mirando con el rabillo del ojo al enigmático y mal encarado huésped.

Para Dan, que corría en aquel instante, hacia la guarida de Baxter, llevando a su lado, en el asiento del volante, al «hombre de la corbata verde», la tensión y nerviosidad interior se hacían poco menos que intolerables. Sus manos se aferraban al volante, mientras sus labios se apretaban, en un rictus, tratando de disimular su turbación. Había tratado de sonsacar a Waldo Rawa, pero sus intentos habían fracasado.

El extranjero permanecía hierático y serio, sin querer dar la menor explicación a ninguna persona que no fuera el jefe de aquella organización. Si el extranjero hubiese hablado, si hubiese puesto de manifiesto que la carga-cebo estaba en su poder, las cosas se hubiesen facilitado grandemente; pero desde el primer instante se obstinó en callar, a pesar de que Dan se presentó como lugarteniente de Baxter en posesión de todas las contraseñas y claves establecidas. Y ahora, pasadas unas horas de la llegada, iban a reunirse con Baxter.

Si Rawa traía la carga-cebo, el «Babcob», que estaba montado y dispuesto, podría hacer explosión en cualquier instante. Cada rodada del coche, cada milla en dirección a la guarida de Baxter, era un riesgo, un peligro inminente y gravísimo, ya que la carga-cebo se aproximaba también a su complemento. Pero para Dan no había otra opción, aunque su inteligencia había batallado poderosamente, durante aquellas horas, tratando de encontrarla.

—¿Tienen el aparato a punto? —preguntó Waldo Rawa, y Dan tuvo la impresión de que ya había con testado a tal pregunta tres veces por lo menos.

—Sí —respondió, maquinalmente—. ¡Desde luego!

El extranjero no volvió a desplegar los labios, sino para preguntar, poco tiempo después:

—¿Nos queda mucho?

—No. Estamos llegando —respondió «el Jovencito», de un humor de mil diablos.

Delante de Baxter tuvo que hacer de tripas corazón y sonreír, al presentar al «hombre de la corbata verde», que ahora llevaba una amarilla, y de un tono muy llamativo por cierto, facilitada por el propio Dan, de su vestuario particular.

Los hombres de Baxter celebraron la llegada d aquel enviado, que venía cargado de millones de dólares, para repartir entre todos los que habían colaborado en la arriesgada empresa. Luego, los jefes se reunieron en conferencia secreta.

—Lamento lo ocurrido en la Aduana, señor Rawa. —Empezó diciendo Baxter, que había abandonado, en honor del recién llegado, sus trabajos de talla—. Estábamos angustiados y violentos al no saber…, quiero decir, por la incautación del equipaje.

El extranjero sonrió. Tenía una sonrisa fría, casi glacial, que helaba la sangre en las venas. Miraba de una manera rara, con brillo metálico, que costaba trabajo sostener y contemplar de manera abierta. Dan se había estado preguntando toda la mañana de qué naturaleza era aquella mirada extraña, y aquellos ojos.

Lo mismo Baxter que «el Jovencito» estaban pendientes de las inminentes palabras del diplomático. Pero éste tardaba en despegar los labios. Preguntó, al fin:

—Lo tienen todo dispuesto, ¿no es así?

—Desde luego —le explicó Baxter—; aunque los planes de último momento dependerán de su información.

—Mi información es muy escueta —aseguró Waldo Rawa, y volvió a mirar a sus interlocutores con aquella mirada siniestra—. ¿Tienen también la retirada prevista?

—Sí; todo está previsto —respondió Dan, «el Jovencito».

—Necesitaremos a los técnicos —dijo todavía el extranjero.

—Están esperando órdenes, señor Rawa.

—Bueno —aseguró—; espero que todo saldrá bien. Hemos de obrar de prisa. Hay otros dos aparatos en camino, pero conviene arreglar esto cuánto antes, dejarlo todo a punto, si es posible hoy mismo.

—¿Hoy mismo? —preguntó Dan, con el corazón lleno de angustia.

—No hoy mismo, sino ahora mismo. ¡En este instante! ¿Dónde está el «Babcob»?

—En el sótano —explicó Baxter, algo nervioso también.

—Hay que ir allí.

Dan, instintivamente, se palpó con el brazo izquierdo el bulto de su automática, colocada en su funda, bajo el sobaco. Había confiado hasta aquel momento en algo imprevisto, impresionado por la

incautación del equipaje de Rawa. Al acompañar al extranjero al cuartel general de Baxter, alimentó en su interior la esperanza de que las circunstancias le hicieran ganar de aquel modo un tiempo precioso, al tiempo que le proporcionaban la información que tanto deseaba y que durante todo el día había perseguido inútilmente. Ahora, sin embargo, todas aquellas esperanzas parecían derrumbarse.

Waldo Rawa se mostraba seguro de sí mismo y tenía ganas de enfrentarse con el «Babcob», reclamando la intervención de los técnicos… ¿Para qué? ¿Había aquel hombre logrado, de algún modo, introducir en la nación la terrible carga-cebo de uranio activísimo? ¿Cómo era posible? ¿En qué sitio la ocultaba? El extranjero había sido sometido a un reconocimiento casi brutal, examinado a pantalla en sus intestinos y partes blandas, incautado hasta el traje que vestía. La carga-cebo era insignificante, ciertamente, pero las medidas adoptadas habían estado en consonancia con tal pequeñez. Y ahora…

Baxter se levantó, dispuesto a conducir al extranjero a los sótanos, donde estaba escondido y depositado el «Babcob» famoso, terror de los habitantes de Nueva York, estático otra vez, después de su agitada odisea a través de las calles de la ciudad, y perfectamente acoplado a su carga atómica. Listo para funcionar, en una palabra. Los detectores «Geiger» podrían estar allí en cualquier momento, para la realización de una segunda «Operación Norma»; pero esta vez no les daría tiempo, porque la alimaña estaba a punto de tender sus garras mortíferas y se volvería contra todo y contra todos en una pavorosa y catastrófica reacción, en el más descomunal y bárbaro sabotaje de todas las edades.

Dan se estremeció, al oír la voz de Baxter que decía:

—Cuando usted quiera.

—¡Un momento! —exclamó, tratando de ganar un tiempo precioso—. ¿Y nuestra retirada?

—He preguntado antes si estaba prevista —dijo, secamente, el extranjero.

—Está prevista, desde luego —confirmó Baxter.

—¿Cuánto tiempo tendremos por delante? —volvió a preguntar Dan—. Yo tengo familia y algún amigo, a los que habré de recoger.

Waldo Rawa consultó su reloj, el nuevo reloj suministrado

provisionalmente por la gentileza de Dan, ya que el suyo se había quedado también entre las manos del teniente Flannigan.

—Pongamos una hora —dijo.

—Pongamos dos —pidió «el Jovencito»— si queremos movernos con cierta soltura.

—Lo lamento —volvió a decir Rawa—; tendremos una hora, a partir del instante en que el «Babcob» quede cebado y el mecanismo de relojería sea puesto en marcha. —Y agregó, con tono destemplado—: ¡Todo esto debía estar preparado y previsto!

Dan dio un suspiro hondo. Su cabeza trabajaba a una intensidad vertiginosa, y mil ideas encontradas le salían al paso. Fallaban sus cálculos y sus previsiones. Ocurría algo anormal, desagradable, obscuro…

—¿Qué te ocurre, Dan? —le preguntó Baxter, que había puesto los ojos en él.

—Nada —replicó, con rapidez—; tengo que hacer muchas cosas antes de poder coger ese avión. Ir al Banco, retirar unos valores, recoger mis papeles, preparar a Paulette…

—¡Ah, es Paulette! —exclamó Baxter, sonriendo, y Dan volvió a respirar hondo al comprobar que había logrado desorientarlo—. Tendrás tiempo de todo, no te preocupes —agregó—. ¡Estoy deseando salir de esto!

—Bien —dijo otra vez el extranjero—; entonces, cuando quieran.

—¡Vamos!

Se dirigieron hacia la puerta. Ya no había remedio. Baxter abrió la puerta y llamó a uno de sus hombres, que hacía guardia en la antesala.

—Vete abajo en seguida, Tommy —le dijo—, y avisa a…

Pero la frase quedó cortada en sus labios. En la puerta de la casa había sonado una detonación; luego, sin transición, siguió otra, y otra. Al fin se dejó oír el tableteo seco e inconfundible de una ráfaga de pistola ametralladora.

Waldo Rawa estaba lívido. Baxter, exclamó:

—¡Maldición! ¡Nos han traicionado!

Dan, con un gesto rapidísimo, sacó su pistola y le gritó al hombre que estaba de guardia:

—¡Pronto! ¡Todas las puertas cerradas! ¡Todo el mundo a sus

puestos! ¡Que suban los hombres y ocupen en la, parte alta sus emplazamientos!

En la calle seguían los disparos, y casi inmediatamente llegaron al jefe las primeras informaciones. Browny vino del patio, jadeando, con la pistola en la mano. Explicó:

—¡Estamos cercados, jefe! ¡Un verdadero enjambre de sabuesos! Por todos lados, por arriba, por detrás de la casa, por la cerca…

Baxter apretó los labios, en su gesto habitual de dureza.

—¡Vamos allá! —exclamó, y salió, como un general en jefe, para dirigir la grave y trascendental batalla.

* * *

El asalto a la fortaleza de Baxter tenía mucha mayor trascendencia de lo que en un principio se había supuesto. Armados con toda clase de armas, que iban desde la ametralladora ligera a la bomba de mano, el

F. B. I.

en masa, secundado por fuerzas de la policía metropolitana, habían cercado la fortaleza de Baxter, dispuestos a expugnarla a toda costa. Los defensores, justo es decirlo, se batieron denodadamente, durante más de tres horas, rechazando de manera sistemática todas las intimaciones a la rendición. Dan «el Jovencito» había ocupado una de las ventanas del piso bajo, y, con su fusil ametrallador, mantenía a raya a las numerosas fuerzas que atacaban por aquel lado. A su izquierda, combatiendo también con verdadera fiereza, estaba Waldo Rawa, haciendo gala de sus excepcionales dotes de tirador. Con el gesto imponente y contraído, aprovechaba las municiones, causando estragos entre las filas de los esforzados muchachos de la policía federal, al tiempo que repetía, en un monótono y continuado sonsonete:

—¡Éste es un pueblo de traidores! ¡De asquerosos traidores! ¡De cochinos y criminales traidores!

Dan le oía repetir una y otra vez aquel estribillo, al tiempo que le contemplaba con el rabillo del ojo, sin cesar de disparar a su vez. Baxter estaba en todas partes, como un buen jefe, animando a sus muchachos, curando a los heridos y retirando a los muertos al interior. No hablaba; pero su gesto y sus ademanes eran harto

elocuentes y significativos.

De pronto, hirieron a Dan. Fue como un trallazo, como un palo seco recibido en la clavícula derecha. Se agachó y se llevó la mano al pecho, retirándola llena de sangre.

—¿Qué es eso? —le preguntó Waldo Rawa, al verle un poco contraído—. ¿Le han dado?

—Creo que no tiene importancia —aseguró Dan, pero en su rostro se adivinaba el intenso sufrimiento que le causaba la herida.

—¡Váyase dentro! —rugió Waldo Rawa—. Estos cerdos no conocen el número final de su espectáculo —rugió—. ¡No nos cogerán vivos! ¡Pero ellos nos van a acompañar en nuestro viaje eterno! ¡Voy a hacer explotar el «Babcob», para que les sirva de lección!

Dan se horrorizó. Con la mano en el pecho, para contener la hemorragia, preguntó a Waldo:

—Entonces, ¿tiene usted… el cebo?

—¡Claro que lo tengo! —bramó Waldo Rawa—. Y no voy a esperar más, ¿me oyes? Esto está perdido, completamente perdido. Nos van a coger a todos, como a ratones, para torturarnos y llevarnos luego a esa bonita silla eléctrica en la que suelen sentar a los amigos. ¡De ningún modo!

Los ojos de Dan se encontraron otra vez con la mirada dura y fría del extranjero. Tuvo una intuición, un presagio, una de esas ideas extrañas que parecen venirnos del exterior, como susurradas en el oído por una persona invisible.

—¿El… ojo? —preguntó, vacilante.

—¡El ojo! —bramó el otro, y luego se echó a reír, con descaro, groseramente—. ¡Un ojo que valdrá por toda esta inmunda y asquerosa ciudad de Nueva York! ¡Vamos!

Dan le vio incorporarse para dirigirse a la puerta de salida. Se sentía débil y la sangre le empapaba toda la camisa; pero hizo acopio de fuerzas, para gritar:

—¡No! ¡Espere!

El otro se volvió, ya casi en el umbral de la puerta. Estaban solos en la pequeña sala, defendiendo aquel hueco que daba al jardín, totalmente ocupado por los muchachos del
F. B. I.

—Espere… —volvió a decir Dan, y comenzó a moverse hacia

Waldo Rawa.

—¿Qué le ocurre? —preguntó éste, con siniestra frialdad, y luego, a medida que Dan se le acercaba, rastreando, su cara empezó a transfigurarse—. Me parece que voy entendiendo —musitó—. Usted… usted no quiere que yo…, ¿eh?… Usted… —Dan llegó a sus proximidades. Llevaba en su mano la humeante pistola. Waldo Rawa le decía en aquel momento—: ¡Usted es el traidor, el espía que nos ha vendido, el criminal inmundo…!

Pero no tuvo tiempo de terminar. «El Jovencito», que estaba a punto de desmayarse, apretó el gatillo en el último instante y le atravesó el corazón.

Waldo Rawa se desplomó como un fardo. Entonces empezaron a nublarse los ojos de Dan, pero en su último y desesperado esfuerzo se arrastró hasta el extranjero y hundió sus dedos en uno de aquellos ojos fríos y glaciales, que tanto le habían impresionado… Al perder el conocimiento, por virtud del síncope, su mano apretada guardaba, con su terrible secreto, un ojo de cristal…

* * *

Cuando abrió los ojos estaba rodeado de varias personas, entre las que distinguió en seguida la carita acongojada de Paulette. Luego, vio a Peter Greenwich, que le sonreía, y a varios hombres más.

Entre ellos estaba *Mr.* Hoddier, el jefe de todas las fuerzas del «Bureau».

—¿Va bien eso, Dan? —preguntó, y «el Jovencito» hizo un mohín.

—Ahora hay que dejarlo solo —dijo la voz del doctor.

—Querrá usted decir, doctor, en mi compañía —protestó Paulette, y el doctor se encogió de hombros.

Los periodistas estaban fuera, con sus cámaras y tomavistas. Abordaron a *Mr.* Hoddier.

—¿Podemos completar esa información, señor? —preguntaron.

—Ha sido un extraordinario servicio de nuestro agente «
X-III
». El artefacto atómico ha sido capturado, con su carga-cebo, que el agente enemigo había logrado introducir, por fin, en el hueco de su

ojo, de cristal. En dicho hueco se encerraban también, en ultramicrofotografía, las instrucciones para la introducción de nuevos aparatos atómicos. El país puede respirar tranquilo, porque, gracias al excepcional servicio de nuestro agente secreto, toda la trama de la siniestra organización ha sido descubierta. ¿Quieren algo más? Creo que esto es bastante y que ustedes sabrán «hincharlo» a su gusto, como de costumbre.

—¿Desde cuándo pertenece «el Jovencito» al servicio secreto, *Mr*. Hoddier?

—Desde la época de la guerra.

—Entonces, su hazaña de la «Joyería

Mathew's

» y su evasión…

*Mr*. Hoddier se echó a reír.

—Preguntan ustedes demasiado —dijo—. Puede que la Secretaría de Defensa quieran decirles algo más. Yo, no estoy autorizado.

Luego, sin contemplaciones, se abrió paso a codazos.

En la habitación del herido, Paulette, inclinada con amor sobre la cabecera, preguntaba, con voz velada:

—¡Oh, Dan, cuánto he sufrido! De modo que todo era una comedia, y yo sin saber una palabra. ¿Por qué no me lo dijiste, Dan?

El muchacho sonrió.

—¿Te sientes mejor? —volvió a inquirir la graciosa enfermera.

—Claro… —Dibujaron los labios entreabiertos de Dan.

—Creo que estarás pronto restablecido.

—Depende…

—¿De qué? —preguntó ella, intrigada.

—De la medicina.

—¿Qué medicina? —exclamó Paulette, con curiosidad. Y luego se echó a reír al oír la débil respuesta de «el Jovencito»:

—Un beso…

FIN



Alberto Luis Pérez. Escritor y periodista español natural de Valencia. Ha sido un activo colaborador en numerosas revistas culturales, traductor de escritores anglosajones y alemanes, y autor, bajo los seudónimo (Alex Wilkie, John Starwell y H. Enbergde), de más de veinte novelas policíacas. Entre sus títulos, cabe destacar los poemarios Ponólogo obsesivo (El Crucificado y yo) (1973) y novelas como El valle de las siete sabidurías (1960).